

EJERCICIOS ESPIRITUALES 2004

NUESTRA PRESENCIA EN EL MUNDO

Objetivo: Iluminar la tercera opción global de los Agustinos de América Latina (ver Doc. *Espíritu nuevo*, pp. 20-21): “Un estilo de presencia en el mundo que responda, desde nuestro carisma, al desafío de los signos de los tiempos y lugares, como signo e instrumento de comunión con la humanidad”.

Temario

Introducción: EL MOMENTO ACTUAL DEL PROYECTO HIPONA

Primera Parte: EL MUNDO EN QUE VIVIMOS.- DESAFÍOS E INTERROGANTES

(VER : Intento de aproximación a la realidad actual del mundo y de América Latina)

- 1.- EL MUNDO, PORTADOR DE LOS SIGNOS Y LLAMADAS DEL ESPÍRITU
- 2.- EL MUNDO DE LA SECULARIDAD
- 3.- EL MUNDO DEL LIBERALISMO
- 4.- EL MUNDO DE LAS RELIGIONES CONFRONTADAS

Segunda Parte: NUESTRA PRESENCIA EN EL MUNDO

(JUZGAR : Desde la misión de la Iglesia y la vida religiosa en el mundo actual)

- 5.- COMO TESTIGOS Y TRANSMISORES DEL EVANGELIO («BUENA NUEVA»)
- 6.- COMO IGLESIA
- 7.- COMO RELIGIOSOS AGUSTINOS
- 8.- EN COMUNIÓN CON LOS LAICOS
- DÍA PENITENCIAL (DESIERTO)
- 9.- FUNDAMENTACIÓN BÍBLICA Y AGUSTINIANA

Tercera Parte: NUESTRA PRESENCIA Y ALGUNOS TEMAS ESPECÍFICOS

(ACTUAR : Compromisos concretos como oferta y alternativa)

- 10.- ALGUNOS PROBLEMAS MÁS URGENTES
- 11.- CAMPOS DE ACCIÓN PASTORAL Y SENTIDO COMUNITARIO
- 12.- APLICACIÓN A LOS NIVELES DE ACCIÓN

BIBLIOGRAFIA

- En Camino con San Agustín, Fraternidades agustinianas seculares, Publicazione Agostiniane, Roma, 2001.
- Madera, I., Signos del presente y vida religiosa en América Latina, Ed. Paulinas, Bogotá, 2002.
- Cavadi, A., Ser profetas hoy. La dimensión profética de la experiencia cristiana, Sal Terrae, Santander, 1998.
- Boff, L., Fundamentalismo. La globalización y el futuro de la humanidad, Sal Terrae, Santander, 2003.
- Espiritualidad agustiniana y vida laical, Publicazioni Agostiniane, Roma, 1999.
- Davey, A., Cristianismo urbano y globalización, Sal Terrae, Santander, 2003.
- Globalización y economía solidaria, Revista Medellín, nº 107, septiembre de 2001.
- Espiritualidad latinoamericana, Revista Medellín, nº 112, diciembre 2002.
- Elementos de una formación agustiniana, Publicazioni Agostiniane, Roma, 2001.
- Mardonés, J. M., Postmodernidad y cristianismo, Sal Terrae, Santander 1995.
- Mardonés, J. M., Postmodernidad y neoconservadurismo, Verbo Divino, Madrid 1995.

NOTA .- El Temario, como siempre, es fruto de un equipo de trabajo y está a disposición de todos los hermanos, pero NO DEBE SER PUBLICADO en cada Circunscripción antes de realizarse el retiro o ejercicios.

Es conveniente tener presente como hilo conductor la perspectiva teológico-pastoral de la *Gaudium et spes*, cuidar la dimensión espiritual para no caer en simple serie de conferencias (para eso será importante también preparar la liturgia), y esforzarse por conectar el Temario con la realidad de la propia Circunscripción, añadiendo datos o situaciones del país en la Primera Parte y desarrollando la Tercera en forma participada y con metodología más activa (breve introducción, reflexión personal, grupos y plenario o presentación en la celebración).

Puede ayudar el compartir alguno de los medios prácticos que se ofrecen en “*Hacia la santidad comunitaria*”.

Algunos materiales complementarios o alternativos se ofrecen en los ANEXOS

- **Introducción: EL MOMENTO ACTUAL DEL PROYECTO HIPONA Y NUESTRA PRESENCIA EN EL MUNDO.**

Etapa operativa, esperanza de cambio, no sólo “hacia adentro”. Es importante lo que *somos*, lo que *hacemos* y lo que *parecemos/testimoniamos...* Opciones concretas, personales y comunitarias.

A) Nuestro Proceso de Revitalización fue diseñado siguiendo el esquema del «VER-JUZGAR-ACTUAR»:

= **VER:** Diagnóstico de nuestra realidad como Agustinos en la actualidad. (1996-1999)

= **JUZGAR:** Formulación de los modelos ideales que definen lo que estamos urgidos a ser, para responder a los interrogantes y desafíos de nuestro tiempo.(1999-2001).

= **ACTUAR:** Opciones concretas que habremos de asumir para encarnar esos modelos ideales.(2001-2007).

Estamos ahora empeñados en esta última etapa, sin duda la más decisiva y difícil: Tomar decisiones concretas y realizar los cambios pertinentes, en siete áreas específicas de nuestro vivir agustiniano:

1.- Vida interna de la comunidad.

2.- Apostolado de la Comunidad: pastoral parroquial, educativa y otros.

3.- Servicios específicos de la formación: Formación inicial y permanente.

4.- Estructuras de gobierno: capítulos, consejos, asambleas.

5.- Servicio de la espiritualidad comunitaria y formación permanente.

6.- Administración de bienes

En 1996 en la Asamblea realizada en la Casa Hipona en Moroleón, México, los agustinos en América Latina hicimos tres opciones desde las cuales decidimos desarrollar un proyecto de renovación de nuestra vida religiosa agustiniana. Durante nuestro Proceso, los temarios de Ejercicios se han centrado sobre todo en lo que somos y en lo que hemos de aspirar a ser, en mirada enfática hacia adentro. Pero tenemos una irrenunciable misión hacia el mundo en que vivimos, y por ello no sólo es importante lo que somos, sino también lo que **«parecemos ser»**. Necesitamos dejarnos cuestionar por el mundo que hemos de evangelizar. Porque, si nada significamos para el mundo de nuestro tiempo, por más que nuestro modelo de vida siga teniendo valor para nosotros, nuestra identidad cristiana-religiosa-agustiniana entrará en inevitable crisis. Si el mundo no nos entiende, habremos de revisar nuestra expresión, nuestro lenguaje y simbologías, nuestros modelos de vida y nuestro cuadro de valores para hacernos inteligibles, so pena de anular el mandato de Cristo: “*Id y evangelizad...*”; y sed luz, sal y fermento en el mundo.

Por eso, sí como en años anteriores hemos reflexionado juntos con todos los agustinos de América Latina sobre las primeras dos opciones, en los ejercicios espirituales de este año nos corresponde profundizar la tercera:

Optamos por un estilo de presencia en el mundo que responda, desde nuestro carisma, al desafío de los signos de los tiempos y lugares, como signo e instrumento de comunión con la humanidad.

La Realidad Actual

- El mundo actual está perdiendo el sentido de Dios (autonomía autosuficiente, subjetivismo moral, búsqueda de sentido por caminos cerrados a la trascendencia) y el sentido del “otro”- persona, grupo o pueblo - por lo que necesita redescubrir las exigencias éticas fundamentales para una convivencia realmente humana.

- El mundo actual camina, por las comunicaciones, hacia ser la “aldea global” (RM 37), aunque entendida como una globalización insolidaria: en un mundo así, la Iglesia está llamada a ser sacramento, signo e instrumento de unidad y comunión (LG 1). La vida religiosa está llamada a ser signo de los bienes futuros compartidos por todos (LG 44). Y la comunidad agustiniana, siempre en tensión entre el ideal y la realidad, tiene sin duda la responsabilidad de ofrecer modelos de compartir la vida, la fe y el compromiso en el mundo (cf. CGI 1992, La comunidad agustiniana entre el ideal y la realidad)

- El mundo es “lugar teológico” en el que escuchar la voz de Dios (GS 2, 4, 11, 44) y la lectura en la fe de los signos de los tiempos es un deber de todo el pueblo de Dios, especialmente de los pastores y doctores (GS 44)

Por tanto, nosotros queremos discernir los signos de los tiempos para caminar en todo momento en sintonía con la humanidad, compartiendo sus gozos y esperanzas (GS 1), siendo para cuantos nos rodean signo e instrumento de comunión.

Optamos por ser “signo” con nuestra vida personal y comunitaria de lo que el mundo - y la Iglesia en él - ha alcanzado y vive del misterio de comunión que Dios ha querido compartir con la humanidad, a la vez que denuncia de lo que aún no vive y está llamado a vivir.

Optamos por ser signo que, por lo tanto, se hace “instrumento” del plan de Dios en el mundo, aportando nuestra experiencia testimonial de sentido comunitario:

- a los *laicos* (que comparten una misma vocación cristiana con nosotros y están llamados a responsabilizarse de la “consagración del mundo” en su ámbito propio del orden temporal),
- a la *familia* (célula de la sociedad y base de la maduración y la humanización de las personas),
- a la *educación* (entendida como la formación integral de las personas para la construcción de una sociedad más justa, más fraterna y más humana),
- al ecumenismo,
- a los *medios de comunicación social*.

Esto implica y exige:

- desde el punto de vista **antropológico o humano**: tratar de vivir y promover una cultura de comunicación, de participación y dialogo, de solidaridad y corresponsabilidad, de fraternidad y comunicación de bienes entre personas, generaciones, razas, culturas, religiones, géneros...

- desde el punto de vista **teológico o de la fe**: tratar de vivir y promover, dentro y fuera de nuestra comunidad, relaciones de fe, esperanza y caridad; ser una “Iglesia doméstica”, imagen de la comunión trinitaria, que es el horizonte último de todas las relaciones humanas, interpersonales y sociales, en el amor y la verdad (GS 24; De Trin.)

- desde el punto de vista **profético e histórico**: tratar de vivir y secundar el plan de Dios ya en marcha en el mundo, saber leer los signos de los tiempos, promover la renovación del mundo que esa lectura implica (GS 4, 11, 44), así como la renovación y revitalización constante de la misma Iglesia y de la Orden

B) Para ayudarnos a situarnos en el momento actual del Proyecto Hipona – Corazón Nuevo, iniciado en 1996, tengamos presente la conferencia del Prior General, Roberto Prevost, a la Asamblea Vida Sempre Nova, realizada en Sao Paulo, Brasil, en mayo de 2003. La conferencia se titula **EL FUTURO DE LA ORDEN EN AMÉRICA LATINA y EL CARIBE**, y con la ayuda del siguiente esquema será más fácil su durante la lectura personal. Les animo meditarla como una llamada a la conversión más que una presentación seca. Para poder vivir estos ejercicios de modo más pleno, nos conviene ubicarnos dentro del proyecto de revitalización, que es un proyecto de espiritualidad más que de actividades o de estructuras (*ver texto completo en ANEXO 1*)

ESQUEMA

Introducción

La **perspectiva cristiana** es siempre una perspectiva de futuro. La perspectiva de futuro en América Latina, exige leer los signos de los tiempos. El desafío principal por eso me parece que es, en este sentido, aceptar que **la vida y la acción de la Orden en América Latina debe plantearse consciente y coherentemente con perspectiva de futuro**. Seguramente, **es la hora de hacer un buen examen de conciencia, personal y colectivo**, a este respecto.

Las urgencias principales

Las urgencias principales o líneas básicas de cara al futuro de la Orden en América Latina:

I. LA CONVERSIÓN

- conversión PERSONAL
- conversión COMUNITARIA
- conversión PASTORAL

II. LA OPCIÓN PREFERENCIAL POR LOS POBRES

III. LA FORMACIÓN

Este es otro punto clave, tantas veces comentado, y de especial urgencia ante la realidad latinoamericana. No es exagerado decir que el futuro de la Orden en el Continente depende en gran parte de este aspecto formativo:

- **La Formación INICIAL**
- **La Formación PERMANENTE**

III. LA COLABORACIÓN

Constituye una de las mayores muestras de falta de perspectiva de futuro que afecta a no pocos hermanos en América Latina.

A modo de conclusión

Este encuentro nos brinda la oportunidad de preguntarnos qué podemos y debemos hacer por el futuro de la Orden en América Latina. Y nos urge a trabajar para lograr pasos muy concretos, con proyectos factibles y eficaces, para fortalecer nuestra identidad, nuestra presencia y nuestro servicio en la Orden y la Iglesia.

¿Cuál de las urgencias principales identificadas por el Prior General te parece prioritario para nuestra circunscripción (o identifica otra urgencia no contemplada por el Prior General)

¿En qué aspecto de nuestra vida religiosa y de nuestra vida apostólica se detectan cambios positivos en los últimos 10 años?

C) Reflexionemos también sobre:

LOS PRINCIPIOS Y LA ENCARNACIÓN DE LOS PRINCIPIOS

Quizá no sean los Ejercicios Espirituales el momento de definir comunitariamente los cambios y opciones concretas que hemos de llevar a cabo. Pero sí el momento de prepararnos interiormente para afrontarlos. No encontramos, de ordinario, particulares problemas cuando de sentar principios, formular ideales y marcar utopías se trata; No ocurre lo mismo cuando intentamos dar el paso a la concreción de esos principios en decisiones, cambios y opciones puntuales: una milenaria tradición nos ha configurado y sentimos que cualquier innovación importante nos desinstala y amenaza con desmoronar el edificio cuya construcción necesitó siglos. Nos es fácil transitar por caminos ya trillados, aun cuando estemos convencidos que no conducen ya a ninguna parte. No nos es tan fácil roturar caminos nuevos, que implican aventura y riesgo y conllevan un “éxodo”, con la explicable añoranza de las “cebollas de Egipto”. Y no obstante, es éste el gran desafío que nos planteó ya el Vaticano II, bajo el lema de «Renovación», y sigue haciendo inaplazable la realidad del mundo actual.

LAS IMPLICACIONES DE UNA VERDADERA RENOVACIÓN

Existe la convicción generalizada de que algo importante y decisivo tiene que cambiar, tanto en la Iglesia como en la Vida Religiosa, si queremos despejar la oscuridad de su futuro. De ahí que el apremio a una

«Renovación», formulado por el Vaticano II, haya sido el tema céntrico de encuentros, asambleas, sínodos, escritos y publicaciones, en las cuatro últimas décadas; con evidentes avanzadas, pero no sin fricciones y aun retrocesos. En la búsqueda de una legítima renovación se ha acuñado un listado de sinónimos, cada uno de los cuales apunta a un aspecto de esa renovación, pero ninguno de ellos la agota:

- a) **El Concilio habló de la “vuelta a los orígenes”.** Lo que significa un reconocimiento de que nos hemos apartado de los mismos; sea del espíritu fundacional en la V.R., o del Evangelio de Jesucristo, en la religiosidad cristiana. Pero no se trata ya de repetir o imitar los orígenes, pues el Evangelio ha de encarnarse de manera diferente en cada circunstancia histórica. Juan Pablo II habla, por ello, de “*fidelidad creativa al carisma*”, en referencia a la Vida Religiosa; en la Iglesia y la religiosidad en general, habrá de ser “fidelidad creativa al Evangelio”. Y la creatividad implica innovación y cambios.
- b) **En nuestro contexto agustiniano de A.L., hablamos de “revitalización”.**- En toda vida humana hay, en efecto, un cuerpo y un alma. Un «cuerpo» de estructuras, tradiciones, normas y rutinas, que ha de estar animado por un espíritu: el de Cristo. Y reconocemos que, aun manteniendo fuerte ese cuerpo, el espíritu ha declinado. Urge revitalizar ese cuerpo.
- c) **Se ha hablado también de “refundación”.**- Que no significa necesariamente inventar o crear otros fundamentos diferentes de los del pasado; sino que, de hecho, fuimos quizás inventando o creando, en el pasado, unos fundamentos distintos de los del Evangelio, y es preciso rescatar éstos. La historia de la Vida Religiosa ha sido una larga serie de «refundaciones». Y ha ocurrido algo similar con la Iglesia: No siempre acertó a construir sobre los fundamentos o valores céntricos del Evangelio, en cuyo caso resultó una religiosidad cristiana “excéntrica”.
= Un ejemplo: Cristo dejó bien en claro que su misión y la de sus seguidores ha de desarrollarse en clave de servicio al mundo, no de poder sobre el mundo. Con el tiempo, la Iglesia, y aun la V.R., se clasificaron entre los poderes de este mundo, incluso con territorio y ejército propios. Y al Papa se le consideró, en nombre de Cristo Rey, dueño de los territorios conquistados a los indios de América. Este clave del poder, o los poderes, pesó excesivamente también sobre la vida de los creyentes. La Iglesia ha necesitado “refundarse”: volver a los genuinos fundamentos evangélicos.
- d) **Hemos hablado también de “actualización”.**- El Evangelio es un espíritu; una actitud ante la vida, una particular visión de Dios y una particular visión a apreciación del hombre. Pero ese espíritu ha de encarnarse y concretarse en la realidad concreta. Tiene mucho que ver con la “inculturación”, en su sentido no restringido: lenguajes, simbologías, experiencias, cuadros de valores e interrogantes de cada grupo humano y de cada momento histórico. Cristo trasmittió un mensaje “inculturado” en el medio en que se desenvolvió. El Evangelio -Buena Nueva, Feliz Noticia-, necesita actualizarse de continuo, en el diálogo «evangelio-mundo», para que no pierda su novedad.

En estos Ejercicios, queremos reflexionar sobre los criterios de vuelta a los orígenes, revitalización, refundación y actualización, en lo que se refiere al sentido y calidad de nuestra presencia en el mundo, a la luz del Evangelio, de los documentos de la Iglesia, particularmente la «Gaudium et Spes», y de la visión agustiniana.

Primera parte.- EL MUNDO EN QUE VIVIMOS.- DESAFÍOS E INTERROGANTES

Tema 1.- EL MUNDO, PORTADOR DE LOS SIGNOS Y LLAMADAS DEL ESPÍRITU

1.- LA RELIGIÓN Y EL MUNDO

Definimos el mundo, en su sentido amplio, como el conjunto de los seres creados. Pero comúnmente restringimos su significado a la vida humana global. A él nos referimos cuando hablamos de «**La Vida**»: familia y trabajo, relación en concordia o en discordia; lucha por superarse a sí mismo; éxitos y fracasos; placeres y sufrimientos; pobreza o riqueza; amores o rechazos, ilusiones y desencantos; salud y enfermedad, juventud y vejez y algún día muerte. Y es así mismo preocupaciones económicas, sociales y políticas; tecnología y progreso, justicia o injusticia, convivencia pacífica o guerras. Es «**La Vida**».

Está claro lo que entendemos por «el mundo». Pero **¿qué es la religión?** Aquí la cosa se complica. Porque está, por una parte, el contenido que quieren darle los teólogos y especialistas; la fe y experiencia religiosas profundas y coherentes de notables minorías; la que insinúan o expresan los actuales documentos de la Iglesia. Y está por otra parte la observada en lo que hacen habitualmente la globalidad de los creyentes en el templo o actos religiosos, y la imagen de la religión que se ha ido formando el hombre secular de nuestro tiempo. Porque son estas últimas las que comprometen seriamente la adecuada relación «religión-mundo». Y hablamos aquí de «la religión», sin calificativos. Porque el hombre común de nuestro tiempo sólo ve dos cosas: La religión y el mundo secular. Apenas cuentan para él las diferencias religiosas y sí la percepción de que, en la globalidad de las religiones, **“el lenguaje religioso se ha convertido en una torre de Babel”** (Jean Chevalier, Diccionario de las religiones, 1976).

Esta imagen de la globalidad de los creyentes y del hombre secular coinciden básicamente, pienso, con la definición que ofrecen los diversos diccionarios. He aquí algunas de ellas:

- = **“Conjunto de creencias y dogmas acerca de la divinidad, de sentimientos de veneración y temor hacia ella, de normas morales para la conducta individual y social y de prácticas rituales, principalmente la oración y el sacrificio para darle culto”**. (Diccionario Académico de la Lengua).
- = : **“Conjunto de creencias sobre Dios y sobre lo que espera al hombre después de la muerte, y de los cultos y prácticas relacionados con esas creencias”** (Diccionario de la Lengua Española, María Moliner)
- = **“Un sistema solidario de creencias y de prácticas religiosas relativas a las cosas sagradas”** (Paul Poupart, Diccionario de las Religiones, 1987).
- = **“Virtud moral que nos liga a Dios para que podamos pagarle lo que le debemos, mediante todos los actos de que somos capaces para con él: oración, adoración y obsequios, ofrendas, sacrificios, etc.”** (Diccionario del Cristianismo, Herder, 1974).

Estas definiciones insinúan una frontera divisoria bien marcada entre el hombre religioso y el hombre secular:

- = El hombre religioso se interesa en servir a Dios y cumplir con Él, para ganarse la salvación eterna.
- = El hombre secular se centra en servir al mundo y a sus objetivos humanos.

No se ve relación alguna entre religión y mundo. Ambos parecen constituir dos mundos independientes, cada uno de los cuales con sus objetivos y medios propios: El mundo centrado en construir la vida acá, la temporal; la religión ocupada en asegurarse la vida allá, la eterna. El primero, en su más positivo sentido, busca «servir al hombre» y construir una vida humana más digna; la religión ha buscado «servir a Dios» y cumplir con Él para asegurarse la vida eterna. Sobre este supuesto, religión y mundo han avanzado históricamente, en

ocasiones paralelamente y sin encontrarse; otras veces con mutua interferencia y confusión;; y muchas otras en fricción y enfrentamiento, expresados en términos diversos:

= **La religión judaica** acuñó la expresión «**judíos y gentiles**», entendiendo por «judíos» los miembros del pueblo de Dios frente a aquellos que nada tienen que ver con Él. Y aun dentro del pueblo creyente marcó una frontera bien definida entre «**lo sagrado**» (lo directamente relacionado con Dios) y «**lo profano**» («profanum»: lo que está fuera o más allá del templo y es ajeno a Dios).

= **El cristianismo** (al igual que ayer y hoy los musulmanes) habló de «fieles y paganos», como también de «**fieles e infieles**», motivando las «guerras santas». Y anatematizó como irreconciliables enemigos del alma “el mundo, el demonio y la carne”, sentando los viejos dualismos que hoy tratamos de superar: cuerpo y alma; naturaleza y gracia; lo temporal y lo eterno; fe y razón; lo divino y lo humano, con manifiesto menospicio y aun condenación de los primeros términos.

= **En la Iglesia actual hablamos de «religión y secularidad»**, evidentemente confrontados, y pese a los esfuerzos, cada vez más distanciados. Y hemos de preguntarnos si no somos nosotros mismos los que estamos manteniendo esa confrontación.

El problema no es la distinción en sí, que es justa y necesaria. Sino la ausencia de una expresa relación entre religión y mundo; entre religión y vida,, que sí existe, como veremos, en el anuncio y testimonio de Cristo. Esto explica que, en el binomio «Religión-La Vida», la que está en minusvaloración y descrédito crecientes es la Religión. No sólo para el hombre secular y profano, sino también para la globalidad de los creyentes; más aún, hemos de reconocerlo, para los mismos religiosos consagrados:

= Para buena mayoría de creyentes, la religión es algo que conviene cumplir, pero al menor costo posible: oyen misa dominical, asisten a bautizos, bodas y funerales y demás, pero más bien pasivos y un tanto ajenos a lo que se hace en la iglesia. Desean brevedad, porque les atrae lo de fuera.

= Los religiosos seguimos siendo más o menos fieles a nuestros rezos, a nuestra eucaristía y actos religiosos. Pero ya no se disimula (sobre todo en los países de Europa) que estos sean lo más breves posible, sobre todo las homilías. Queremos cumplir con ellos, pero en realidad lo que nos atrae y en lo que nos sentimos «realizados» es en nuestras ocupaciones en el mundo; y cuando se trata de elaborar un programa escolar, de organizar reuniones, de preparar nuestras clases y ejercer nuestra profesión, no importa ocuparnos en ello dos horas o cuatro. Porque vivimos su valor y su sentido, y vivimos el hecho de que merece la pena.. Sigue existiendo una brecha entre lo religioso y lo humano; no hay, de hecho, continuidad sino corte entre ambos.

Hoy admitimos que “hay que cumplir con Dios (religión) y **también** con el mundo (compromiso humano)”. Pero un «también» como algo diferente, independiente, aparte, complementario y en segundo lugar. Los creyentes en general no atinan a ver relación de continuidad entre fe y compromiso humano; entre religión y mundo; de ahí el frecuente rechazo a que la Iglesia, los sacerdotes, los religiosos incidan en política o asuntos sociales.

2.- EL DIOS DE LA FE, REVELADO EN JESUCRISTO, Y EL DIOS DE LA RELIGIÓN

La disociación «religión y mundo» tiene hoy muy graves consecuencias: Si la religión sigue funcionando aparte del mundo, el mundo terminará más y más apartado de la religión. Si religión y vida son vistas como alternativas disociadas, cada vez serán más los que opten por la vida y no por la religión. Si la religión y el mundo se enfrentan, la que saldrá perdiendo es la religión. Pero aclaremos:

Si la religión es lo que indican definiciones como las apuntadas, entonces – concluyen algunos teólogos- el Cristianismo no es primordialmente una religión. Religión es “*el esfuerzo humano por llegar a Dios*”: hacerse valer ante Él, conquistarle, ponerle de nuestra parte, merecer su benevolencia con nuestros rezos, ofrendas y sacrificios. El Dios de la fe, revelado en Jesucristo, en cambio, es el Dios, Amor gratuito, que hace valer al hombre; le ama, no porque se lo merezca, o en la medida de sus merecimientos, sino porque es su hijo, y más que esperar su servicio, es Dios mismo el que está al servicio de sus hijos humanos. La fe no es simple «creencia», sino experiencia-encuentro-acogida. Teólogos como Barth y Bonhoeffer, llevaron esta distinción a la radicalidad. Y así Barth afirma: la religión es “*una desvergonzada presunción por dominar a Dios*”. Y “*la fe debe condensar como sacrílega a la religión*”. El mismo Barth más tarde rectificó su radicalismo. Bonhoeffer,

por su parte, busca un “cristianismo sin religión para una edad no religiosa como la nuestra” (cit., en Conceptos fundamentales de Pastoral, Casiano Floristán y J.J. Tamayo, 1983).

Sin ese radicalismo, el teólogo católico Francés François Varone, mantiene la distinción entre religión y fe-encuentro-experiencia religiosa-acogida: “*El Dios que se revela en la fe es completamente distinto del que separa natural y espontáneamente la religión humana. Existe ruptura entre religión y fe. El Dios de la religión es una proyección del hombre, pero no el de la fe*”... “*Lo que Dios espera del hombre es que acoja, que nunca deje de acoger, de <reconocer> y que para ello <se acuerde> sin cesar de esa relación nueva, diferente. El primero en actuar es Dios; el hombre reacciona, acoge y reconoce. Ya no es el hombre el que se hace valer delante de Dios. Es Dios quien hace valer al hombre, sin consideración alguna del pasado, al mérito o demérito del hombre*”.- Fracois Varone, El Dios Ausente, p. 19 y 25). Sin embargo, la fe necesita la religión, la genera espontáneamente; “*la institución <religión> es a la fe lo que el cuerpo es al alma*”.- (Ibid. p. 21).

Otros teólogos, como Marcel Legaut,, apuntan a lo mismo distinguiendo entre «**religiones de autoridad y religiones de llamada**», clasificando al cristianismo entre estas últimas. Las religiones de autoridad han asumido el poder y los poderes, en nombre de Dios, y esperan que el hombre «pida». La religión de llamada "se esfuerza por despertar al hombre a sí mismo, más allá del conocimiento que espontáneamente puede tener de sí... Lo conduce especialmente hacia el encuentro de sí mismo. Le ayuda a poner en acto todo lo que es, él mismo, en potencia... Con este fin, ajusta el mensaje a lo que el hombre puede acoger porque ya está pujando por nacer en él; a lo que es más auténtico y profundo en él.... Las religiones de autoridad exigen obediencia. La religión de llamada apremia a la fidelidad. Las primeras tienen por referente la autoridad: obediencia a la autoridad. La religión de llamada tiene por referente el espíritu: la fidelidad a lo mejor y más noble que hay en uno mismo. La obediencia exige cumplimiento, sin que importen la propia comprensión, convicciones y autenticidad; la fidelidad presupone convicción, autenticidad y vivencia personales. La obediencia implica imposición exterior; la fidelidad apremio interior. La obediencia se motiva con sanciones externas; la fidelidad teme a la propia frustración. ... "La preponderancia de la autoridad sobre la llamada en el cristianismo amenaza su misma existencia ".-(Marcel Legaut, Creer en la Iglesia..., p. 48 y 79).

3.- JESUCRISTO Y EL MUNDO

La confrontación de Jesús con la religión judaica es una constante en su vida y mensaje. Precisamente en este aspecto de su visión y actitud ante el mundo. Es bien significativo que el Evangelio nos diga tan poco de cómo Jesús vivió su religiosidad en el templo, mientras todo él es un testimonio de cómo la vivió en la calle: en su solidaridad con los pobres y marginados; en su ayuda a los enfermos; en su acercamiento valorativo y cordial a no creyentes como la cananea y el centurión romano; en su misión de reencaminar a los descarriados, como la Magdalena, la adúltera y Zaqueo; en su insistencia en instaurar una relación interhumana basada en el amor mutuo y en la solidaridad con los desvalidos, sin discriminaciones, como enseña en la parábola del buen samaritano; en la superación de leyes inhumanas, por religiosas que sean, como la de apedrear las adúlteras o no atender a los enfermos en sábado. Y ante el escándalo de los profesionales de la religiosidad, justifica su conducta: “**Yo no he venido para condenar al mundo, sino para salvarlo**” (Jn. 12, 47). ¿Nada más enseñándole a rezar y dar culto a Dios? Nada tan sagrado, para la religiosidad judaica, como la observancia del Sábado; y nada tan profano como curar el cuerpo de los enfermos, en día de sábado. Sin embargo Cristo declaró: “**No ha sido hecho el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre**”. De seguro, si Jesús se hubiera limitado a enseñar a rezar, alabar y dar culto a Dios, hubiera vivido noventa o más años.

El concepto generalizado de «religión», que refleja también el principio y fundamento ignaciano: “*El hombre ha sido creado a alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante ello, salvar su ánima*”, tiene sentido en una concepción de Dios en categorías de Poder-Señorío-Majestad, pero no en el Dios Amor y Padre, revelado en Jesucristo: ¿Cómo sonaría afirmar de un buen padre de la tierra que trae sus hijos al mundo para que le alaben, hagan reverencia y sirvan, y mediante ello ganarse la herencia?

El compromiso de Jesús con el mundo socava el orden instituido de la religiosidad judía, radicalmente alérgica a cuanto pueda contaminar su pureza sagrada. Cabría pensar que si Dios hubiera pretendido que su

Hijo se encarnara para reavivar la religión, mejor que hubiera sido Sumo Sacerdote. Pero fue un laico e instituyó en sí mismo un nuevo sacerdocio, y con él una nueva línea de religiosidad: una religiosidad inmersa en el mundo. San Juan captó muy bien el espíritu de Cristo y escribe: “**Tanto amó Dios al mundo, que le envió a su Hijo Primogénito**” (Jn. 3,16). Y San Pablo entiende que Cristo acabó con esas fronteras divisorias entre judíos y gentiles, lo religioso y lo profano, religión y mundo: “*El ha hecho de judíos y no judíos una sola cosa, derribando el muro que los separaba y anulando en su propio cuerpo la enemistad que existía*” (Ef. 2, 14). “*Ya no importa ser judío o griego, esclavo o libre, hombre o mujer, porque en Cristo Jesús todos sois uno solo*” (Gal. 3, 28).

Es notable que Cristo mismo distinga entre fe y creencias religiosas (religión). Y ambas pueden darse independientemente: : De una cananea pagana declara: “**Oh mujer, grande es tu fe**” (Mt. 15,28). De un centurión pagano afirmó: “**De verdad os digo que no he encontrado tanta fe en Israel**” (Mt. 5,10). Las creencias definen la religión; la fe es experiencia y acogida internas. En todo caso, si quisieramos definir la religión desde la perspectiva de Jesús, habríamos de decir, más o menos: “**Es el reconocimiento y acogida gozosos del hombre de su filiación de Dios y de la fraternidad consecuente con todos los seres humanos**”. El Evangelio se centra en dos grandes lecciones: Enseñarnos a ser hijos y enseñarnos a ser hermanos. En la perspectiva bíblica, cuya clave es la «Alianza», la religión podría definirse: “*La alianza «Dios-El Hombre», para llevar a feliz término el Proyecto Creador y Humano de Dios*” (que no se agota en el ámbito de lo religioso).

Nuestra religiosidad sigue estructurada, no tanto para mirar al mundo desde Dios, cuanto para mirar a Dios, de espaldas al mundo; no tanto para evaluar y programar nuestra acción en el mundo a la luz de Dios y de su Proyecto Humano, cuanto para dar culto a Dios; no tanto para comprometernos delante de Dios a ser luz, sal y fermento, sino para pedir que El se comprometa. Todos conocemos y sabemos muy bien el sonsonete de nuestras liturgias: Elaboramos nuestras preces enumerando lo que deseamos «pedir» a Dios y todos clamamos: «**te lo pedimos, Señor**». No he conocido todavía unas preces que sean la enumeración de lo que Dios está pidiendo y esperando de nosotros, mientras todos contestemos: «**Nos comprometemos, Señor**». Varios teólogos actuales están abogando, por ello, por una reforma radical de nuestras simbologías litúrgicas.

Ojalá fuera esto lo que hacemos los seguidores de Jesucristo en el templo y en nuestros actos religiosos:

- a) Celebrar el gozo de nuestra condición de hijos (no de siervos atemorizados),
- b) Consolidar más y más nuestro compromiso y solidaridad de hermanos. No como simple complemento de lo anterior, sino como consecuencia lógica e insoslayable.

4.- LA IGLESIA ANTE EL MUNDO

Se ha afirmado que la novedad quizá más significativa y relevante del Concilio Vaticano II es la **conversión de la Iglesia al mundo**. En un doble aspecto:

- = Desde una actitud tradicional de menoscabo y condena del mundo, a una actitud positiva y valorativa de los aportes del mundo al mejoramiento de la comunidad humana;
- = Desde una actitud dogmática en la convicción de poseer la Verdad, toda la Verdad y sólo ella la Verdad, con el consiguiente apremio a que el mundo se convierta a la Iglesia, a una conversión de la Iglesia al mundo, reconociendo sus valores y comprometiéndose con ellos.

La Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual (Gaudium et Spes), comienza definiendo esta nueva actitud:

“**Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo... La Iglesia, por ello, se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia**” (GS,1).

La Iglesia comienza a mirar al mundo con nuevos ojos. Y dirige su palabra constructiva no sólo ya a los creyentes, o a los no creyentes para que crean, sino a todos los hombres: “*No sólo a los hijos de la Iglesia católica y a cuantos invocan a Cristo, sino a todos los hombres, con el deseo de anunciar a todos cómo entiende la presencia y la acción de la Iglesia en el mundo actual*” (GS 2). Y esta presencia consiste, en síntesis, en ofrecer su colaboración y aporte para el logro de un objetivo común: «**la fraternidad universal**», que responde a la vocación fundamental de todo ser humano, no ya desde ambición alguna por parte de la Iglesia, sino desde el espíritu de servicio, testimoniado y proclamado por Cristo (GS 3).

De las viejas condenaciones sistemáticas del mundo, la Iglesia da el paso decidido al diálogo, tomando importantes iniciativas:

= **Declara la justa autonomía de las realidades terrenas:** Por voluntad del Creador “*las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco*” (GS 36). “Los cristianos, lejos de pensar que las conquistas logradas por el hombre se oponen al poder de Dios, están por el contrario persuadidos de que las victorias del hombre son signo de la grandeza de Dios y consecuencia de su inefable designio” (GS 34).

= **Reconoce gozosamente los logros alcanzados por la secularidad,** en la cultura, la ciencia, el progreso y el humanismo. Y asume esos valores como parte del Proyecto Creador de Dios: los aspectos positivos de los cambios y la evolución del mundo (GS 6-7); las aspiraciones profundas de los hombres de nuestro tiempo “*sedientos de una vida plena y de una vida libre, digna del hombre...* Las naciones, por otra parte, se esfuerzan cada vez más por formar una comunidad universal” (GS 9); el sentido de la dignidad de cada ser humano: todo ha de ordenarse en función del ser humano (GS 12); la grandeza de la libertad (GS 17); el reconocimiento de la igualdad esencial entre los hombres y la justicia social (GS 29); la proclamación de la igualdad y emancipación de la mujer (Mensaje del Concilio a la Humanidad; a las mujeres, 2); la libertad de conciencia y libertad religiosa (Declaración sobre la libertad religiosa, 1), etc.

La Iglesia que por larga tradición centró su interés en «*las almas*», entiende ahora que el objetivo de su misión es «*el hombre*»: “*El hombre, todo él, cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad*” (GS 3). Eso sí, desde una clave específica de visión y apreciación: la de Cristo. Y es esta visión de cosas la que marca su diferencia de las demás entidades del mundo. Seguirá sosteniendo que su misión es ciertamente «*religiosa*», pero entendida en su sentido más profundo: como «*vinculación del hombre con Dios*»; enraizamiento en sus fuentes y respuesta a la pregunta sobre el fundamento, sentido y meta última de su existencia. “*La misión de la Iglesia es religiosa y, por eso, plenamente humana*” (GS 11).

En definitiva, todas las entidades humanas, incluida la Iglesia, inciden en el mismo objetivo, desde perspectivas diferentes: «*El hombre*». Cabe entonces preguntarse, -y la Iglesia lo reclama-:

¿Por qué en las actuales democracias, que proclaman la libertad de expresión y de opinión, se acepta, se escucha y se respeta la palabra de las diversas entidades sociales, políticas, económicas o educativas, sobre la orientación de la sociedad, mientras se rechaza generalizadamente que la Iglesia incida en la misma?

La respuesta es clara y constituye un serio desafío para la Iglesia y los creyentes: Se parte del supuesto de que la misión de la Iglesia, y de la religión en general, es ocuparse de “*lo que espera al hombre en la otra vida*” (según la definición del diccionario), y enseñar a rezar, alabar y dar culto a Dios. No le toca, en consecuencia, nada de lo que se refiere a esta vida. Es la imagen que la Iglesia y los creyentes proyectamos durante siglos, y ahora nos cuesta desmontarla.

Más aún, todavía hoy la religiosidad está diseñada enfáticamente para servir, alabar y dar culto y cumplir con Dios, y no tanto de cara al hombre desde Dios. Es una religiosidad de ofrendas a Dios y no tanto de compromiso con la Causa de Dios, que es la Causa del hombre. Y si se admite ya generalizadamente el compromiso de la religión con el mundo, se ve como algo complementario, después de y al margen de lo religioso, no como continuidad y consecuencia lógica de lo religioso. Y aún suena a herejía afirmar que debiera ser al revés: Que el objetivo central de la misión cristiana es servir al hombre y a la humanidad desde los altos valores del Evangelio, y la religión o lo religioso no es la meta, sino el medio para llevar a cabo en plenitud dicho objetivo.

5.- EL MUNDO PORTADOR DE LOS SIGNOS DEL ESPÍRITU

Aspecto determinante del Evangelio es la revelación del «Dios Espíritu Santo», que ya no es posible ubicar en lo más alto de los cielos (Dios sobre nosotros), ni encerrar en el templo, entre los creyentes, o en el «Santo de los Santos», pues Él está presente y actuante en el interior de cada hombre y en la vida misma y “*llena la faz de la tierra*” (Sap 1,7; Is. 6,3). Por eso, “*La creación entera gime, como con dolores de parto, aguardando ansiosa la manifestación de los hijos de Dios*” (Rom. 8, 22).

No es posible ya encerrar a Dios en ningún lugar determinado, ni en ningún grupo de creyentes, pues, en expresión de San Agustín “*La creación entera está grávida del espíritu de Cristo*”; y, por eso, “*en medio de los paganos hay hijos de la Iglesia, y dentro de la Iglesia hay falsos cristianos*” (De Civ. Dei, I, 35, título).

El Vaticano II amonestó a estar atentos a “los signos de los tiempos”, porque en muchos aspectos son “signos del Espíritu” (Decreto sobre Ecumenismo, 4); tanto en el mundo secular como entre las religiones no cristianas. Frase que repite y amplifica el Documento de Puebla (12,420,473,653...). El Dios cristiano es un Dios de mediaciones, y no discrimina la selección de las mismas. Han sido muchas, en la historia, las llamadas, desde el mundo, que golpearon a la Iglesia, que al fin reconoció eran llamadas del Espíritu de Dios. A modo de ejemplo:

= Del mundo (el modernismo) procedió el primer clamor por la liberación de la mujer. Y Pio IX clamó condenatoriamente: “Muchos, maestros del error, se atreven a decir con mayor audacia que es una indignidad la servidumbre de un cónyuge para con el otro; que son iguales los derechos de ambos cónyuges, defendiendo presuntuosísimamente que por violarse estos derechos..., se debe llegar a conseguir una cierta «emancipación de la mujer»” (Casti Connubii, 45). El Vaticano II reconoce ese mismo clamor como movimiento del Espíritu (GS 9 y 29).

= El mismo modernismo reclamó el respeto a la libertad y a los derechos humanos, así como la libertad de conciencia y culto. León XIII condena drásticamente dichas pretensiones, considerándolas “dañosas y deplorables novedades” (Inmortale Dei, 31 y 42). Y Pio IX proclama abiertamente: “Entre los principiares errores de nuestra época está éste: «Todo hombre es libre de abrazar y profesar la religión que, guiado por la luz de su razón, juzgue verdadera»” (Syllabus, XV). El Vaticano II asume decididamente esas interpellaciones de la secularidad como llamadas del Espíritu (GS 26; D.H., 2).

Las religiones en general, y el cristianismo en particular, han caido en el error de utilizar como único criterio de valoración, la referencia expresa a lo religioso, con la calificación despectiva del: «Eso es puramente natural y humano y no vale nada ante Dios». De esa forma muchas veces nos hemos empeñado en ver solamente maldades aun valores humanos evidentes, por el hecho de que se dan fuera del ámbito religioso. La Iglesia misma ha cambiado de visión de cosas, proclamando, en referencia a otras religiones, como también en referencia al mundo: “*La Iglesia Católica nada rechaza de lo que en otras religiones hay de verdadero y santo..., que no pocas veces reflejan el destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres*” (Nostra Aetate, 2). Puebla añade: “*La acción del Espíritu Santo llega aun a aquellos que no conocen a Jesucristo*” (n. 208). Y “*tal acción de Dios se da también en el corazón de hombres que viven fuera del ámbito perceptible de la Iglesia*” (n. 226).

La consecuencia inmediata es el cambio de actitud de una Iglesia meramente «Docente» a una Iglesia también «Discente»: No sólo está para enseñar al mundo; ha de estar siempre dispuesta a aprender del mundo, detectando en él los signos y apremios del Espíritu.

6.- CONVERSIÓN DE SAN AGUSTÍN AL MUNDO

San Agustín se convirtió del mundo y vida mundana a la fe cristiana. Y, en sus entusiasmos de neófito, acuñó su ideal: “*Vivir en armoniosa concordia (con sus amigos) para buscar el conocimiento de Dios y del alma*” (Sol. I, 12,20). Con este anhelo y objetivo funda su primera comunidad monástica, en Tagaste, de orientación contemplativa. El, que había vivido tantos años de espaldas a Dios y de cara al mundo, ahora quiere vivir de espaldas al mundo y de cara a Dios.

Sabemos que un hecho imprevisto trastocó sus planes y modificó su orientación de vida: El pueblo le arrastra ante el obispo para que sea ordenado sacerdote y algo después obispo. Y como tal, se verá envuelto, muy a su pesar, no sólo en los quehaceres de su ministerio pastoral, sino también en los asuntos del mundo: Tiene que escuchar y buscar respuesta, como juez de conciencia, a los múltiples problemas conyugales y de relación que le presentan cada día; debe asumir la responsabilidad de tantos y tantos que entran en su iglesia, acogiéndose al derecho de asilo; ha de frecuentar los tribunales abogando por los injustamente oprimidos; escribe cartas dirigidas a los constituidos en el poder para suplicar humanismo, y no venganza, con los ajusticiados; no puede ser insensible a los numerosos pobres que suplican ayuda a la puerta de su iglesia; ni a la venta despiadada de niños y mayores como esclavos, en el puerto de Hipona; etc., etc.

Agustín añora muchas veces la paz del monasterio; pero asume sin titubeos sus nuevas responsabilidades. Y para ello redefine su ideal: “*Nadie debe estar tan libre de ocupaciones que no piense, en medio de su ocio, en la utilidad del prójimo; ni tan ocupado que ya no busque la contemplación. El amor a la Verdad busca el ocio santo; y la urgencia de la caridad acepta la debida ocupación*” (De Civ. Dei, XIX, 19).

El paso del ideal contemplativo al compromiso con el mundo es uno de los cambios más drásticos en la vida de Agustín.

Tema 2.- EL MUNDO DE LA SECULARIDAD

En la relación «Religión-Mundo» manejamos hoy el término de «**La Secularidad**». Sinónimo de «el mundo», es un concepto surgido en el ámbito religioso como contrapuesto a lo eclesial o religioso. Define las realidades terrenales, el rumbo que lleva el mundo, sus sensibilidades, sus valores céntricos y sus tendencias; sus objetivos, sus medios y sus logros. No es igual que «**secularismo**», que implica una absolutización, distorsión o corrupción de los valores de la secularidad, lo mismo que el «**espiritualismo**» es una distorsión de la auténtica religiosidad.

La renovación urgida por el Vaticano II ha implicado una larga búsqueda, que se mantiene, de cómo responder, desde el Evangelio, a los grandes desafíos de nuestro tiempo; en concreto, de la secularizad. Desafíos que son de doble color:

= **Por una parte, las negatividades**, desequilibrios y contravalores que presenta el mundo de hoy y nos llevan a interrogarnos cuál habrá de ser nuestro aporte, desde la fe cristiana, y ser luz, sal y fermento para humanizar cristianamente al mundo.

= **Por otra parte, son también desafío sus positividades**: las nuevas sensibilidades y valores (sentido de la dignidad y de la libertad de la persona humana; clamor por la justicia y la igualdad de oportunidades; anhelo de una convivencia pacífica en pluralismo, respeto y solidaridad; respeto a los derechos humanos; ecología; rechazo de toda violencia y promoción del diálogo, etc.); los logros alcanzados en bienestar humano y en humanidad; el compromiso en la construcción de una sociedad cada vez con menos fronteras y más puentes.

En la secularidad hay valores y contravalores; hoy honestidades y corrupciones; virtudes y vicios. Y este mismo hecho constituye un vigoroso desafío para los seguidores de Jesucristo, convencidos de que en Él encontramos la clave para instaurar un “Hombre Nuevo” y una “Nueva Humanidad”. Porque la secularizad puede señalar, tanto en la historia como en la actualidad cristiana, similar mezcolanza de valores y contravalores, honestidades y corrupciones, virtudes y vicios. Y no vale ya la doble mensura: Cuando del mundo se trata enfatizamos el pecado del mundo, minusvalorando sus valores; cuando de la Iglesia y de la religión se trata, ensalzamos sus valores y reconocemos que la iglesia es «santa y pecadora», y no hay que extrañarse que haya escándalos. Si queremos comprensión, miremos comprensivamente.

1.- EL DESAFÍO FUNDAMENTAL DE LA SECULARIDAD

Ha sido tendencia generalizada en las religiones pensar que aquellos que no creen son «los malos»: los inhonestos, los resentidos, los de mala voluntad. Hoy resulta ya demasiado relevante el hecho de que, entre los que viven al margen de toda religión, hay personas ejemplarmente honestas, sinceras y de recta conciencia; hombres íntegros y respetables por su humanismo y comprometidos en la causa de una sociedad humana más justa y una vida humana mejor. No faltan incluso figuras de alto relieve que viven y promueven, un sentido religioso profundo y leemos sus libros como un manual de espiritualidad, pero desinteresados de toda religión institucionalizada. Tales son, por ejemplo, un Jiddu Chrisnamurti, un Erich Fromm, un Abraham Maslow. Otros muchos, Como el Mahatma Gandhi, proclaman: “Creo en Dios – o creo en Jesucristo-, pero no en los cristianos”. ¿Por qué?

El desafío fundamental que hoy nos plantea la secularización es el abandono masivo y creciente de la religión por parte de tantos que nacieron y vivieron como cristianos:

= El año 1969, el escritor José M^a Gironella (-Cien españoles y Dios-), preguntó a cien españoles famosos si creían en Dios. Todos respondieron afirmativamente. Pero a la segunda pregunta: «Si habían tenido en su vida alguna experiencia religiosa significativa, todos respondieron que no.

Veinticinco años después (1995), volvió a hacer las mismas preguntas a otros cien españoles famosos. A la primera, aproximadamente la mitad respondieron que creían en Dios, y la otra mitad que no. En cambio, casi todos los que se declararon creyentes, respondieron que no habían tenido ninguna experiencia religiosa significativa. J.M. Aznar, católico reconocido, añadió: “*Tampoco la espero, ni experimento deseо alguno de ella*”.

La conclusión es clara: Por una parte, hay muchos que sólo conocen «la religión»; pero ignoran la «fe-experiencias», características del Evangelio. Por otra parte, la religión está en descrédito; y muchos simplemente la abandonan; otros siguen practicándola, pero con una religiosidad de baja calidad, que difícilmente resistirá a los embates de un secularismo creciente, como la misma encuesta ya insinúa. Karl Rahner escribió: “*El cristiano del futuro, o será un «místico», es decir, una persona que ha «experimentado» algo, o no será cristiano*” (Rahner, Espiritualidad antigua y actual).

En el mes de Julio del 2003, el Ministerio de Educación español, decretó la enseñanza de la religión, más en concreto del «hecho religioso» en todas las escuelas, al mismo plano y nivel que todas las demás materias, aunque sin exámenes. De inmediato se suscitó una acalorada polémica en el país, por el profundo rechazo de muchos de tal disposición.

El reto es para la religión, y en concreto el cristianismo, pues nos encontramos ante una paradoja: Por una parte admitimos (lo hace el Concilio) que el hombre de hoy se caracteriza por su anhelo de una sociedad mejor, más justa, más solidaria, más humana. Y los cristianos estamos convencidos de tener la clave en Cristo, para instaurar un “Hombre Nuevo”(Ef. 2,15), y una “Nueva Tierra” (2Pe 3,13; Apoc. 21,1). ¿Por qué no convencemos, si estamos ofreciendo lo que más se desea y se busca? ¿O es que, en realidad, no lo estamos ofreciendo adecuadamente?

= En 1989 una Fundación española -la Fundación Santa María-, hizo una encuesta entre jóvenes preguntando: **¿Oye usted en la iglesia algo verdaderamente importante para orientar su vida?**

=Sólo el **16%** de los encuestados respondieron que sí, contra el **84%** que afirmaron no encontrar en ella nada verdaderamente significativo y válido para vivir auténticamente su vida.

=Cinco años después (1994) se repitió la encuesta, y esta vez sólo respondieron sí el **7.5%**.

= Otros cinco años más tarde (1999), se repite la encuesta, y ahora los que respondieron afirmativamente fueron sólo el **2.7%**.

La sensación que nos queda de estos datos es que en algo estamos fallando. Nuestros actos y celebraciones religiosas se centran enfáticamente en «hacer religión», y ésta pone su interés en la «salvación eterna». Y marginamos demasiado lo más original del Evangelio: la animación de la «fe-encuentro-experiencia» con un Dios Amor y Padre, cuyo anhelo es ver a todos sus hijos aunados y solidarios en su fraternidad, en todas las áreas del vivir humano. Esto sí orienta la vida «de acá» de los seres humanos.

En otro nivel de cosas, la Iglesia y particularmente los religiosos, contamos hoy, más que nunca, con grupos juveniles vitales, idealistas, dinámicos y comprometidos. Muchos de estos jóvenes están dispuestos a

alistarse fácilmente para pasar sus vacaciones de verano en poblaciones marginadas o indígenas, prestando su colaboración religiosa y humana. Sin embargo, son cada vez menos los sensibles a una llamada vocacional, para abrazar el sacerdocio o la Vida Religiosa. Parecieran estar diciéndonos: «Ustedes centran su vida en lo religioso, y complementariamente en lo humano; nosotros preferimos centrarnos en lo humano, sin abandonar lo religioso. Y queda patente la eterna brecha entre lo religioso y lo humano.

2.- VALORES CRISTIANOS Y VALORES HUMANOS

Seguimos distinguiendo, cuando no contraponiendo, entre valores religiosos, o cristianos, y valores humanos. En una convivencia de jóvenes, encomendamos la siguiente tarea, a realizar por grupos:

= 1º.- Elaborar una lista de lo que consideramos «valores humanos», y sus contravalores.

= 2º.- Elaborar una lista de los valores que predica Jesucristo, y sus contravalores.

He aquí las respuestas más concordes de los grupos:

Valores humanos	Contravalores
- La solidaridad	- La violencia
- La ayuda mutua	- Las divisiones
- El humanismo	- La mentira
- La comprensión	- La explotación
- La compasión	- La corrupción
- La honestidad	- La venganza
- La veracidad	- El egoísmo
- La sinceridad	- El robo
- La justicia	- La injusticia
- La paz	- La inmisericordia
- El perdón	- La crítica
- La generosidad	- Las torturas
- El respeto a lo ajeno	- El divorcio
- La sensibilidad por los que sufren	- El aborto
- La amabilidad con todos	- La delincuencia
- Hacer algo por quien lo necesita	- La discriminación
- La unidad entre todos	- El odio
- El amor sincero	- Las guerras

Valores que predica Jesucristo (2ª pregunta):

Aquí los grupos manifiestan un manifiesto desconcierto. Algunos presentaron una pequeña lista de valores tales como: «amarnos unos a otros»; «amar al enemigo»; «perdonar al ofensor»; «ayudar al necesitado»; «ser justos con los demás»; «vivir unidos»; «servirse unos a otros»; «vivir como hermanos»; «ser pacíficos»; «ser limpios de corazón» y algunos más. Pero cayeron en la cuenta de que, en realidad estaban diciendo lo mismo que en la primera lista, con palabras diferentes. Otros grupos se limitaron a contestar la segunda pregunta, diciendo: «lo mismo».

Y es que, en realidad, los valores son los mismos. Los valores son «valores», y punto. Lo que ocurre es que hay un »**visión cristiana**» de esos valores y una visión simplemente humana. En otras palabras, una visión de los valores desde Dios, y otra muy distinta, sin referencia alguna a Dios. El dinero es un valor; pero una es la visión y apreciación que del dinero tiene el capitalismo liberal, y otra muy distinta la de Jesucristo. De manera similar, una es la visión y apreciación de los valores, desde una honesta y sincera conciencia, y otra muy diferente, la visión y apreciación de los mismos desde el propio egoísmo e intereses. Los valores adquieren su verdadera dimensión vistos y apreciados desde el Proyecto de Dios para el Hombre y de lo que Dios espera de él.

Surge entonces una pregunta inquietante: ¿Por qué, entonces, hay personas que, sin ser muy religiosas, o incluso nada religiosas, son, sin embargo, personas excelentes, honestas, solidarias, colaboradoras, sensibles, ejemplares, mientras muchas personas religiosas son inaguantables, pendencieras, egoistas, aprovechadas, insensibles, vengativas, etc., etc.? La respuesta la da Cristo en la parábola de los talentos (Mt. 25, 14-30): Hay quienes recibieron más y producen menos; y hay quienes, habiendo recibido poco, producen mucho. O bien, en la del sembrador (Mt. 13, 3-9): El problema no es el sembrador, sino la tierra en que la semilla cae.

3.- EL LENGUAJE RELIGIOSO Y EL LENGUAJE SECULAR (INCULTURACIÓN)

Uno de los temas recurrentes en el contexto de la renovación urgida por el Vaticano II es el de la «**inculturación**» del Evangelio. Se aplica frecuentemente a la necesidad de asumir y promover el lenguaje, simbologías, costumbres, cuadro de valores y sensibilidades propios de cada pueblo y cultura. Pero ha de aplicarse también a la secularizad. También ésta maneja su propio idioma y simbología; su propio cuadro de valores y contravalores, sus características sensibilidades, anhelos y esperanzas.

La religión, por su parte, ha ido acuñando, a lo largo de la historia, su propia jerga religiosa, expresiones y simbologías cada vez más ajenas y extrañas al hombre de hoy. La secularizad habla, por ejemplo, de la corrupción, la violencia, el libertinaje, la explotación, la delincuencia, con una clara connotación social. La religión por su parte apunta a lo mismo hablando de «el pecado», con una connotación, por larga historia, más bien individual; como un problema entre Dios y yo. La secularidad es hoy sensible para la «liberación» de los marginados, excluidos y víctimas de la injusticia humana; la religión mira con cierta suspicacia tal palabra, pese a encontrarse claramente en el Evangelio (Lc. 4,18,19), y prefiere hablar de la «salvación», en referencia a la otra vida, nuevamente con simple connotación individual.

Son muchos los creyentes que no atinan a ver que lo que oyen o hacen en el templo tenga mucho que ver con la vida real, que han de afrontar tan pronto salgan del mismo: ritos, velas, inciensos, inclinaciones, manos alzadas, cantos y alabanzas, parecen significar algo en el templo mismo, pero nada fuera de él. Algo no marcha bien en el modo en que están diseñados nuestros actos religiosos. Los liturgistas claman que la misa no es sólo ni principalmente la homilía, y ha de darse toda su importancia al resto. Pero de hecho, si el sacerdote es brillante, habla con amenidad y da un mensaje que estimula y arraiga en la vida, lo verdaderamente importante de la misa es la homilía; el resto es rutinario y cuanto antes acabe, mejor. Si por el contrario, el sacerdote no hace sino repetir viejos tópicos religiosos, que nada dicen, se espera ante todo que sea breve y que la misa no pase de cuarenta minutos, para poder volver a «la vida» que sí interesa.

Por supuesto, estamos refiriéndonos al panorama religioso global y a cómo la secularidad ve hoy la religión. Lo que no excluye que hay tantos y tantos creyentes que viven con coherencia y profundidad su fe cristiana. Estamos simplemente subrayando un desafío de cara a la secularidad.

4.- RELIGIÓN Y SECULARISMO

Desde el ámbito religioso se ha preventido, justamente, contra el riesgo del «secularismo». Consiste éste en diluirse y embarcarse en la secularidad, sin discernimiento, y sin nada específico que aportar, como cristianos, a su verdadera orientación, de acuerdo al Proyecto humano de Dios. Cristo anotó que sus seguidores **“están en el mundo..., pero no son del mundo”** (Jn. 17, 11 y 14). Inmersos en el mundo, pero diferentes del mismo: el fermento se mezcla con la masa, pero es diferente de ella; la sal ha de salar lo que es soso, pero no puede volverse sosa, sin perder su sentido; la luz ha de proyectarse a las tinieblas, pero no volverse tan oscura como ellas. Y he aquí un nuevo reto: cómo evangelizar la secularidad, sin secularizarnos. = El joven sacerdote entró en seria crisis al ser destinado a una aldea de hombres rudos, blasfemos y dados a la bebida y a las mujeres. Y ruega al obispo un pronto cambio de destino. El obispo retrasa dos años la respuesta a sus deseos. Cuando al fin le ofrece otro destino, el sacerdote le ruega que le deje donde está. En efecto, se había «inculturado» plenamente en el ambiente: bebía y jugaba en las cantinas, decía palabras de grueso calibre como todos, y tenía convivía más o menos secretamente con una mujer. ¡Tampoco así!

= En alguno de nuestros colegios agustinianos puede constatar la sorpresa de algunos alumnos que llevaban en el colegio tres años, al enterar ahora de que el profesor de matemáticas N. N., era fraile. ¡No habían notado nada diferente de cualquier otro profesor!

El Diccionario del Cristianismo (de O. De la Brosse, A.M. Henry y Ph Rouillard) advierte de la tentación del secularismo: “*La idea de un cristianismo «puramente secular» puede velar la tentación de un «cristianismo horizontal», es decir, de un cristianismo reducido a una acción en el mundo a favor de los hombres, relación en que se cifrara el único contacto posible hoy con el Absoluto, o también la tentación de un «ateísmo cristiano», o «poscristiano», que sólo sería la inspiración cristiana de un humanismo ateo*”.

No es fácil encontrar el justo equilibrio: caben siempre las radicalizaciones extremas. El mismo texto antes citado resulta ambiguo: habla de la tentación de un «cristianismo horizontal», pero la historia cristiana cayó, de hecho, en la tentación de un cristianismo demasiado vertical (sólo de cara a Dios); Cristo armonizó ambas cosas al resumir toda la Ley en el amor a Dios y al prójimo, pero enfatizó este último en su “Mandamiento Nuevo”. Por otra parte, no es fácil entender como puede darse un humanismo «de inspiración cristiana», es decir, desde el Espíritu de Cristo, y al mismo tiempo «ateo». Es el reto de los justos equilibrios: Ir al mundo, pero desde un profundo apego y enraizamiento en Dios.

5.- EL DIÁLOGO EVANGELIO-SECULARIDAD

En la relación «Religión-Secularidad», el Vaticano II asume y proclama un cambio de actitud por ambas partes: No ya de enfrentamiento y condenación, sino de «**Diálogo**». Diálogo necesario porque tanto la secularidad como la Iglesia tienen un objetivo común: el Hombre, aunque desde perspectivas diferentes. En referencia incluso a su fenómeno más extremo, el ateísmo, la Iglesia toma la delantera acercándose al mismo con sumo respeto: “*La Iglesia, fiel a Dios y fiel a los hombres... quiere, sin embargo, conocer las causas que se esconden en la mente del hombre ateo. Consciente de la gravedad de los problemas planteados por el ateísmo y movida por el amor que siente a todos los hombres, la Iglesia juzga que los motivos del ateísmo deben ser objeto de serio y profundo examen*” (GS 21). Y las causas pueden radicar en ambas partes.

Y proclama más claramente su actitud, suplicando una actitud similar por parte del ateísmo: “*La Iglesia, aunque rechaza en forma absoluta el ateísmo, reconoce sinceramente que todos los hombres, creyentes y no creyentes, deben colaborar en la edificación de este mundo, en el que viven en común. Lamenta, pues, la Iglesia la discriminación entre creyentes y no creyentes que algunas autoridades políticas, negando los derechos fundamentales de la persona humana, establecen injustamente*” (GS 21). Cancela así la Iglesia un viejo pasado, pues antes que la secularidad fue la Iglesia misma la que discriminó entre creyentes y no creyentes; o entre creyentes católicos y no católicos. (En el siglo XVI la Iglesia española esgrimió el brazo de la Inquisición para expulsar del país a los judíos no convertidos; y luego arremetió contra los conversos por sospechar que se conversión era un disfraz para no ser expulsados).

Tema 3.- EL MUNDO DEL LIBERALISMO

Estamos reflexionando –no lo olvidemos- sobre el lema que preside nuestros Ejercicios Espirituales de este año: «**NUESTRA PRESENCIA EN EL MUNDO**». Y en esta primera parte analizamos cómo es ese mundo que estamos llamados a evangelizar. Es el mundo autónomo que construye sus propios valores y abunda en contravalores, pero portador de los signos del Espíritu; el mundo de la secularidad, cada vez más alérgico a lo religioso; el mundo, decimos ahora, del liberalismo.

Poco a poco han ido siendo superadas, en nuestra sociedad actual, las dictaduras impositivas, dando paso a las democracias liberales. Como seguidores de Jesucristo hemos aplaudido este avance, ya que Cristo mismo define su misión como «Liberador»: “*He sido ungido para llevar la Buena Noticia a los*

pobres; la liberación a los cautivos; dar vista a los ciegos y la libertad a los oprimidos y proclamar el Año de Gracia del Señor” (Lc. 4, 18-19).

La inauguración de las democracias liberales fue vista, en efecto, (y con razón) como una “Buena Nueva”. Pero, pasados los años, son cada vez más los que no ocultan su desencanto: ¡No es lo que esperábamos! Algo muy serio está fallando, en lo que, inicialmente, consideramos como ideal:

- Nunca, quizás, como ahora nos sentimos tan amenazados, tanto en la vida privada como en la calle.
- Nunca se ha dado un nivel de corrupción como el actual, aun entre los que tienen por misión salvaguardar los intereses comunes.
- Nunca nos sentimos tan acosados por los libertinos, que amenazan nuestra libertad.
- Nunca los desequilibrios sociales han alcanzado niveles tan escandalosos, sobre todo en lo que se refiere a la distribución de la riqueza.

Nunca, o hacía ya mucho tiempo que no ocurría cosa similar o en semejante grado, por lo que muchos se preguntan si estamos avanzando, o más bien en regresión.

1.- LA DIFÍCIL CUESTIÓN DE LA LIBERTAD

Las dictaduras impositivas partieron del supuesto de que los ciudadanos son «masa» amorfa, empujada por los vientos que más soplan, incapaz de conducirse a sí misma; y, por lo mismo, necesitan ser guiados, y que se les dicte puntualmente lo que deben hacer. Concepto extremadamente peyorativo indicador de que los únicos capaces de ser libres son el dictador y su equipo. Las democracias liberales, por su parte, decretaron que «**todo ser humano es libre**», y sobre este supuesto han construido. Una formulación muy optimista, pues en la práctica encontrarán que «**muchos seres humanos son libertinos**». Y un solo libertino puede poner en jaque a cinco mil personas auténticamente libres.

Está en juego el concepto de «libertad». Ha sido Erich Froom quien con mayor simplicidad ha esclarecido las ambigüedades y confusiones sobre la libertad: Ha de darse una «**libertad de-**» todo aquello que, injustamente, opriime al hombre; y una «**libertad para-**» que cada uno desarrolle, al modo propio, lo mejor que hay en sí mismo. La primera no puede dar por supuesta, sin más, la segunda: la libertad externa sólo hace posible que cada cual proyecte fuera lo que lleva dentro, positivo o negativo. Pero la segunda –la libertad interior- hace más y más innecesarios los controles externos. Es particularmente en este tema donde habrán de actuar, aunados, política y educación.

2.- EL LIBERALISMO SOCIAL Y POLÍTICO

El dogma democrático de: «**todo ser humano es libre**», se expresaría mucho más adecuadamente, desde la perspectiva cristiana, como: «*todo ser humano llega a este mundo con vocación y capacidad y, por lo mismo, con derecho, de autodeterminación y libertad*». La libertad no es un hecho dado desde el punto de partida (el nacimiento); es tarea a realizar en el desarrollo y actualización de las capacidades del ser humano. Es tarea de educación y auto-educación.

El mismo Vaticano II advierte que el axioma «todo ser humano es libre», muchos lo interpretan “*como si fuese pura licencia para hacer cualquier cosa, con tal que deleite, aunque sea mala*” (GS 17). Decimos simplemente que la libertad es uno de los más sagrados «derechos humanos». Y es verdad. Pero jamás podemos declarar derecho humano la libertad de atentar contra los demás, expliar, torturar o matar.

Es incuestionable que uno de los grandes logros de la sociedad moderna es la proclamación de la «libertad», como un hecho social, y anexos a la misma, de «los derechos humanos». Bastantes abusos se cometieron en el pasado por hacer caso omiso de los mismos. En su lugar se ha instaurado el «**liberalismo**» en las diferentes áreas del vivir humano. Liberalismo que significa la cancelación o mitigación extrema de **controles**, para no violar la libertad y derechos humanos, valores céntricos y prioritarios. Es justa la

superconscienciación que se ha venido haciendo sobre la libertad y los derechos; lo que no es tan justo es que haya marginado, por sistema, una similar concienciación sobre responsabilidades y deberes.

El liberalismo social ha ido conduciendo a tales desequilibrios y contradicciones que hoy se habla ya abiertamente de «**crisis**» de los sistemas democráticos. En síntesis, seguimos teniendo una sociedad enferma e invivible. Y, a falta de controles públicos, se multiplican psicóticamente los controles privados: cercas espinosas, rejas, triples cerraduras, alarmas, perros bravos, guardas particulares:

- = Los medios de comunicación pueden proyectar toda clase de imágenes eróticas o de violencia, con negativo impacto sobre todo en la niñez; pueden destruir la imagen de una persona en base a lo que se dice; invadir la vida privada, porque tienen derecho a informar sobre cuanto ocurre realmente; pueden elevar a un candidato o aplastar a otros, de acuerdo a la selección de sus datos; pueden publicar imágenes dramáticas de cadáveres desnudos o destrozados en el accidente, sin consideración alguna a sus familiares; pueden decir lo que quieran y como quieran, alérgicos a todo control y en nombre de la «libertad de expresión».
- = Los organismos de los derechos humanos ponen su celo y entusiasmo en salvaguardar los derechos de los delincuentes, guerrilleros y asesinos, contra los abusos de las fuerzas del orden o de los jueces. Lo que es muy sano y digno de aplaudir. Pero no lo es tanto el que, con frecuencia, sean totalmente insensibles e indiferentes para los derechos de las víctimas. Y en tal caso son éstas las que llevan la peor parte, no los victimarios.
- = Es principio democrático la «igualdad de todos los ciudadanos ante la ley y la justicia». De hecho la ley se aplica literalmente al ratero que robó un transistor; pero el legislador o senador que roba quince millones, tiene poderes e inmunidades para quedar indemne en gran parte de los casos.
- = En el actual estado de derecho de algunos países, si un ladrón salta la cerca de tu propiedad y se rompe una pierna, o le muerde tu perro, o se ahoga en tu piscina, eres tú quien tienes que indemnizar.
- = Las leyes democráticas prohíben llevar armas personales, sin motivo especial y licencia expresa. Naturalmente las acatan los ciudadanos honestos, pero no los delincuentes. Por otra parte, las fuerzas del orden se repliegan y hacen la vista gorda, porque el delincuente detenido sale de inmediato de su detención y se venga de quienes le detuvieron. Y los que quedan indefensos son los ciudadanos.

Son ejemplos, que podrían multiplicarse, y que dejan la sensación a muchos de que algo está fallando; de que no hemos logrado el justo orden de cosas. Y es un reto que nos lleva a interrogarnos: Cuál habrá de ser nuestro aporte y nuestra presencia en este mundo liberal, como seguidores de Jesucristo.

3.- EL LIBERALISMO FAMILIAR

En nombre de la libertad, la legislación de las democracias han dado paso libre al aborto, al divorcio y a la unión libre; han promovido el control de la natalidad por todos los medios; y han considerado intocable la sexualidad, a cualquier costo. Algunos datos:

a) Divorcio:

- = Los divorcios han aumentado en un 15%, en los últimos años.
- = Uno de cada 13 matrimonios en México, termina en divorcio.
- = En el año 2000, se registraron oficialmente 52.000 divorcios.
- = Pero hay muchas separaciones que no se registran oficialmente. Por lo que se calcula que hay 261.000 parejas que se divorcian o separan cada año.
- = Por cada pareja, unida en matrimonio, que se rompe, se separan cuatro de los que se juntaron por amor libre.

b) Aborto

- = En Argentina se efectúan 365.000 abortos al año (según el Gobierno); 450.000 según una Federación Internacional de Estadística.
- = En Filipinas se calculan en 750.000 el número de abortos al año.
- = En Costa Rica abortan entre el 11 y el 20% de las embarazadas; en Colombia entre el 17 y el 26%; en Brasil entre el 21 y el 31%; En R. Dominicana entre el 19 y el 28%; en Perú entre el 20 y el 30%..

c) Niños sin padre

- = En EE.UU., dos de cada cinco jóvenes menores de 18 años, viven sin padre biológico. Suman un total de veinte millones de niños y adolescentes, los que viven con uno solo de los padres.

- = La tasa de nacimientos de madre soltera se duplicó y triplicó, en los países del primer mundo, entre los años 1960 y 1990. En EE.UU., subió del 5% al 35%.
- = Del total de nacimientos de madre soltera, una tercera parte corresponde a madres adolescentes.

d) Padres con uno o dos hijos

La exaltación del sexo sin amor, ha conducido a la pérdida creciente del amor a la vida; en concreto a los hijos, considerados más bien como una incomodidad o un obstáculo. Los hijos amarran y comprometen a una pareja, que prefiere mantenerse en provisionalidad. De ahí el descenso alarmante de la natalidad, sobre todo en los países desarrollados, que empiezan ya a reconocerse «sociedades viejas», con predominio de viejos. Con el agravante de que la fuerte inmigración sobre todo de países subdesarrollados, de ordinario muy fecundos, amenaza a esos países con la pérdida muy próxima de su propia identidad cultural y nacional.

Consecuencias:

- = En EE.UU., el 70% de delincuentes juveniles, de los homicidas menores de 20 años y de los arrestados por violación y otros delitos sexuales, son jóvenes que crecieron sin padre.
- = En el año escolar 1996-1997, se registraron en escuelas 11.000 episodios de violencia, en los que se usaron armas de fuego.
- = En los últimos 20 años, el número de arrestos en EE.UU., por crímenes violentos, cometidos por menores de 20 años, pasó de 16.000 a 100.000.
- = En Australia, por cada cien mil habitantes, el año 2000 se suicidaron: 17.8 varones casados (y 4.6 mujeres); 39.3 nunca casados (y 9.3 mujeres); y 134.1 divorciados (con 11.1 mujeres).

Son las consecuencias más impactantes del problema familiar. Otras no son tan llamativas:

- = En Suecia, se realizó un estudio de seguimiento, durante 18 años, de los 15.000 niños nacidos en 1953. La conclusión fue que los niños y adolescentes que presentaron un más alto índice de disfunción psicológica, problemas emocionales, afectivos y de conducta, fueron los nacidos de madre soltera y que crecieron sin padre.

Por otra parte, las leyes democráticas han hecho una resta significativa al principio: «todo ser humano es libre», cuando se trata de los menores de 18 años (menores de edad), que supuestamente no son tan libres, por no ser suficientemente conscientes. Supuesto un tanto artificial, pues se está confundiendo con la edad del uso de razón, que un muchacho de 12 años tiene muy desarrollado. De ello podría sacarse dos conclusiones muy diferentes:

- a) Si los menores de edad no son libres, por no ser suficientemente conscientes, deben ser guiados, controlados, urgidos al correcto comportamiento, por parte de sus padres y educadores.
- b) Si los menores de edad no son libres, por no ser suficientemente conscientes, son invulnerables ante la ley, y deben ser protegidos contra toda violencia o coacción traumatizante. Y en esta segunda conclusión se han centrado las leyes democráticas.

Muy explicablemente, las leyes protecciónistas de los menores de 18 años, han querido reaccionar contra la violencia infantil de larga y lamentable historia. El problema está en los equilibrios: el superprotecciónismo de los menores de edad es el peor servicio que se puede hacer a la niñez y juventud, en el aspecto educativo. Aparte de la eliminación de todo castigo o control físicos, se ha añadido, en muchas legislaciones, la omisión de toda amenaza o dureza verbal, de toda imposición y del fracaso en los exámenes finales: porque «los traumatiza».

- = Muchos muchachos y muchachas de 16 y 17 años son muy conscientes de que pueden comportarse arbitrariamente, seguros de que las leyes no pesarán sobre ellos.
- = Se han repetido los casos de adolescentes, e incluso niños de nueve y diez años, que denunciaron a sus padres ante el instituto de Protección de Menores, por haber recibido un duro regaño del padre o unas palmadas de la madre. Y los padres fueron castigados.
- = Bandas de delincuentes han utilizado por sistema menores de 18 años para cometer sus delitos, sabiendo que, en caso de fracasar, esos menores evadirán el peso de las leyes.
- = En Buitrago (España) tres muchachas asaltaron la despensa de un Centro Religioso, cargando cuanto desearon; y ante la exclamación de mi propia hermana religiosa al sorprenderlas: “¡Pero nos están robando!”, fue amenazada de acusarla por llamarlas «ladronas».

No podemos menos de aplaudir las leyes protectoras de los menores cuando sabemos de padres que todavía maltratan y golpean despiadadamente a los hijos. Pero nunca han sido fáciles los sanos equilibrios: el afán de acabar con los controles inhumanos, puede llevarnos a la supresión de todo control. Muchos padres han terminado por proclamar el liberalismo filial: ¡que cada uno haga lo que quiera! Y, en efecto, entre la niñez y la juventud actuales son frecuentes las actitudes prepotentes y desafiantes de los hijos para con los padres, que han perdido para ellos toda autoridad.

Hoy reconocemos el hecho de la «desintegración familiar», que compromete seriamente la integración social. Pero si son problema las «no familias», a causa de su desintegración, no son menos problema las muchas familias que se mantienen, pero sin calor de hogar. Sus miembros, de ordinario muy escasos, duermen y quizás comen en la misma casa; pero sus querencias, entusiasmos, gozos e intereses están fuera. Cada cual se ha construido su propio nido al margen del hogar: su propia profesión, sus propias amistades, sus propios entretenimientos, sus propias diversiones. En casa no hay tiempo:

- No hay tiempo para la convivencia familiar cálida y serena;
- No hay tiempo para la confidencia confiada entre esposos. Lo hay, quizás, para el sexo; pero no es suficiente para el amor.
- No hay tiempo para jugar con los niños; para escuchar sus novedades en la escuela; para acoger sus preguntas infantiles.
- No hay tiempo para sonreír, ni estimular, ni valorar un éxito o una bella cualidad del cónyuge o del hijo. Aunque no falta nunca para regañar, poner de relieve un defecto o condonar un comportamiento.
- No hay tiempo para interesarse en cómo marcha la educación de los hijos; y menos para asistir a reuniones de padres de familia en el colegio. ¡Para eso están los maestros!
- No hay tiempo, en suma, para lo fundamental, porque hay demasiadas cosas secundarias que atender.

En la familia hace frío. En la familia sus integrantes se aburren. La familia ha venido a ser una de las más tristes pensiones, donde se tiene asegurada mesa y cama, pero nada más. La familia es el lugar donde, con demasiada frecuencia, se descargan las tensiones, se desahoga el malhumor, se da salida brusca a las reprimidas insatisfacciones. No son pocos los que hacen de la familia el vertedero en el que vuelcan sus basuras personales.

He aquí otro gran desafío para quienes tenemos por misión evangelizar al mundo. Los religiosos en vez de «familia» decimos «comunidad». Y habríamos de empezar por analizar hasta qué punto estamos afectados de un excesivo «liberalismo comunitario», en el que priva más lo individual que lo comunitario. Y por rescatar la comunión fraterna habrá de empezar nuestra «presencia en el mundo» para ser en él testigos.

“El orden social hay que desarrollarlo a diario, fundarlo en la verdad, edificarlo sobre la justicia, vivificarlo por el amor. Pero debe encontrar en la libertad un equilibrio cada día más humano. Para cumplir todos estos objetivos, hay que proceder a una renovación de los espíritus y a profundas reformas de la sociedad” (GS 26).

4.- EL LIBERALISMO ECONÓMICO

Afrontamos aquí uno de los liberalismos más desastrosos en sus consecuencias: El liberalismo económico, hoy llamado «neoliberalismo». En sus elementos esenciales se define como «proclamación de la libre empresa y la libre competencia sin injerencias del Estado». Se opone al sistema de «Gobierno regulador», en el que el Estado controla la actividad económica, subordinándola al bien y derechos de la comunidad global.

Los estados reguladores controlaron por mucho tiempo: el número de empresas o negocios del mismo tipo que pueden en un área determinada, y la distancia debida entre unos y otros para no afectarse; el precio de los productos, particularmente de las necesidades básicas de los ciudadanos (medicinas y alimentos); el sueldo de los obreros y la estabilidad laboral; los aportes económicos proporcionales al bien común, etc. Con las leyes de la «libre competencia», estos controles quedaron total o en gran parte eliminados. En la lucha competitiva, fueron quedando gradualmente eliminados los más débiles; la mediana y pequeña empresa o negocios han ido siendo absorbidos por los pocos triunfadores. Y el poder y la riqueza fue acumulándose en manos de esos pocos, cada vez más ricos, mientras aumentaron drásticamente las masas marginadas, cada vez más pobres. El panorama actual es ya dramático. Recordemos algunos datos:

1.- Entre 1980 y 1993, las 500 operaciones más grandes del mundo suprimieron 4.4 millones de empleos, mientras multiplicaban sus ventas por 1.4, sus activos por 2.3, y los sueldos de altos ejecutivos por 6.1? (Cfr.Gaay Formtan, Dios y las cosas, p. 25).

2.- Los ingresos medios, por habitante del mundo, son 5000 dólares por año, mientras que mil trescientos millones de esos habitantes malviven con 365 dólares/año? ((PNUD 1997. Cfr. Cfr.Gaay Formtan, Dios y las cosas, p.24 y 139).

3.- La riqueza total de las 10 personas más ricas del mundo equivale a una vez y media los ingresos de todos los países menos desarrollados juntos (PNUD 1996. Cfr. Cfr.Gaay Formtan, Dios y las cosas, p. 139)?

4.- "360 personas acumulan actualmente tanta riqueza como la mitad de la población mundial"? (Titulares del ABC, 12 Julio 1999).

5.- "el 4% de los ingresos de esas 360 personas resolvería los problemas de todos los pobres, y la riqueza de tres de esas personas es igual al PBI de los 48 países más pobres del planeta" (Titulares del ABC, 12 Julio 1999).

6.- En España hay 8 personas con una fortuna de más de 8 billones de pts., y 7000 con más de 5000.000 millones? (Datos del Banco del Santander, año 2000). Cuando le dieron este dato a Kalikatres de la Codorniz, comentó: -"¡Ah sí! Y ¿en qué cárcel están?"

7.- Kofi Annan anunciaba en Ginebra que el número de pobres en el mundo se había duplicado desde 1974. (Cuaderno 103, Josep F. Maria i Serrano).

8.- En la actualidad, se produce un 10% más de los alimentos que necesitamos para vivir toda la humanidad y, sin embargo, mueren de hambre 35.000 niños cada día (cfr. R. Castel, Les metamorphoses de la question sociale, París, 1995). Y por lo menos otros tantos adultos. ¡No ha habido guerra que se acerque a semejante crueldad!.

9.- En consecuencia, la economía está "organizada" de tal manera que produce, cada veinticuatro horas, por lo menos 70.000 muertos.

10.- Que el 20% de la población mundial acumula el 85% de la riqueza que produce el planeta. Lo que significa que el 80% de los habitantes de la tierra ha de contentarse con el 15% de los bienes que produce el mundo (datos de la ONU, 1996).- (<Cristianismo y Justicia>, n. 142).

Un costo demasiado caro de las leyes liberales. Hoy muchos de esos triunfadores competitivos se han convertido en «**trasnacionales**» (globalización). Significa que han acumulado un poder muy superior al de gran parte de los Estados. Y estos se encuentran entre la espada y la pared: Si siguen siendo «liberales» con estas macroempresas, cada vez será mayor la masa de pobres del país; si se vuelven exigentes y controladores de las mismas, se quedan sin inversión en el país y pasan a la categoría de países marginados.

"El desarrollo debe permanecer bajo el control del hombre. No debe quedar en manos de unos pocos o de grupos económicamente poderosos en exceso, ni tampoco en manos de una sola comunidad política o de ciertas naciones más poderosas" (GS 65).

La Iglesia y con ella la Vida Religiosa hemos proclamado nuestra «opción prioritaria por los pobres». El desafío es tan vigoroso que sentimos nos desborda. Y necesitamos reavivar nuestra fe y nuestra esperanza, haciendo más claro y serio nuestro compromiso.

5.- LA LIBERACIÓN Y LIBERTAD EN CRISTO

Cristo se presentó como «liberador» de toda opresión y esclavitud; pero «**desde dentro**» del corazón del hombre: «*Es necesario nacer de nuevo: renacer del espíritu; porque la carne es carne*» (cfr. Jn. 3, 5-6). La libertad proclamada por Cristo tiene un contexto, fuera del cual se malentiende fácilmente: Es la libertad de los hijos de Dios; la libertad de la comunión fraterna; la libertad que brota espontáneamente del amor. Y por ello, es

una libertad solidaria, pendiente de los demás, al servicio de los demás, a los que amamos. Nada tiene que ver con la libertad que brota del egoísmo, de la competencia, del afán de sobreponerse o dominar a los demás, o aprovecharse de los demás, que es libertinaje.

El concepto cristiano de libertad está inseparablemente ligado a la hechura interior del ser humano: Diseñado a imagen del Dios «Comunión Trinitaria», el hombre está hecho para el bien, no para el mal; para la vida en comunión y solidaridad, no para vivir individualmente y a su aire. Y por ello, no es realmente libre para odiar, robar o matar; porque si toma estas opciones es porque es **esclavo** interiormente de su propia contradicción interna. “*Somos libres cuando somos dueños de la propia voluntad*”, dice Agustín (De Lib. Arb. III, 3,8).

Sin embargo, Cristo no se limitó a la liberación interior del hombre. También es necesario su legítima libertad de cuanto le opribe desde fuera: la exclusión y marginación; la explotación; las leyes opresivas, las imposiciones arbitrarias. Ambas, libertad interior y exterior, deben conjugarse adecuadamente. “*Dios no ha querido que el hombre domine al hombre, sino el hombre a las bestias*”, declara Agustín (De Civ. Dei, XIX, 15). Pero admite que la autoridad ha de intervenir cuando alguien contradice su auténtica libertad.

El Documento de Puebla, en dos números de extraordinario contenido, aclara en este sentido el concepto de LIBERACIÓN INTEGRAL, sus dimensiones y exigencias, al tiempo que denuncia sus falsificaciones o mutilaciones (ver DP 322 y 485).

6.- EL «SUEÑO» DE DIOS

San Pablo nos describe el Proyecto acariciado de Dios, al decidir crear al hombre, con estas palabras: “*A quienes de antemano Dios había conocido, los destinó desde un principio a ser como su Hijo, para que su Hijo fuera el primero entre muchos hermanos*” (Rom. 8, 29). “*Este secreto del Plan de Dios se ha dado a conocer a todas las naciones, para que crean y lo acepten*” (Rom. 16, 26). “*Dios hizo esto de acuerdo al Plan eterno, que llevó a cabo en Cristo Jesús, nuestro Señor*” (Efes. 3, 11).

En otras palabras, Dios feliz en su comunión trinitaria del Padre, en el Hijo por el Espíritu, sueña con crear una inmensa familia de hijos en su Hijo, para que todos compartan el amor y felicidad que vive Dios mismo, en la comunión de las Tres Divinas Personas. Y crea un mundo, lleno de posibilidades, y en él al hombre.

Este hermoso sueño de Dios, San Pablo lo llama «eterno y escondido» (Ef. 3,11; Rom. 16,25; 2Tim. 1,9). «Eterno», porque fue un plan o designio concebido desde antes de crear el mundo; «escondido», porque no lo conocíamos hasta sernos revelado en Cristo Jesús.

Dios soñó con una gran «Familia Humana». Gran sueño que Jesús expresará, momentos antes de morir, diciendo: “Padre, que todos sean uno, como Tú y Yo somos UNO” (Jn. 17,21).

Es vocación fundamental de todos los seres humanos ser «Familia». Y nuestra misión es promover la familia: primero la doméstica y, desde ella, la «Familia Humana». He ahí la gran utopía, todavía tan lejana. La Gaudium et Spes insiste en ello:

“Dios, que cuida de todos con paterna solicitud, ha querido que los hombres constituyan una sola familia y se traten entre sí con espíritu de hermanos” (GS 24).

“La interdependencia cada vez más estrecha, y su progresiva universalización hacen que el bien común... se universalice cada vez más, e implique por ello derechos y obligaciones que miran a todo el género humano. Todo grupo social debe tener en cuenta las necesidades y las legítimas aspiraciones de los demás grupos; más aún, debe tener muy en cuenta el bien común de toda la familia humana” (GS 26).

Cristo “ordenó a los apóstoles predicar a todas las gentes la nueva evangélica, para que la humanidad se hiciera familia de Dios, en la que la plenitud de la ley sea el amor” (GS 32).

“Resulta escandaloso el hecho de las excesivas desigualdades económicas y sociales que se dan entre los miembros y los pueblos de una misma familia humana. Son contrarias a la justicia social, a la equidad, a la dignidad de la persona humana y a la paz social e internacional” (GS 29).

Tema 4.- EL MUNDO DE LAS RELIGIONES CONFRONTADAS

1.- EL MUNDO SECULAR Y EL MUNDO RELIGIOSO

Preside nuestras reflexiones de Ejercicios este año el título “NUESTRA PRESENCIA EN EL MUNDO”. Y pensamos de inmediato en el mundo secular. Pero nos queda pendiente otra gran cuestión: Nuestra Presencia en el mundo religioso: el mundo de las religiones.

El hombre secular de nuestro tiempo va simplificando más y más su percepción de cosas y no ve más que lo secular y lo religioso, «Religión y Mundo», sin particulares distinciones. En «lo religioso» mete por igual lo católico, lo protestante, lo musulmán o lo budista. Porque constata que todas las religiones se comportan de manera similar:

- = Cada una encerrada en sus propios dogmas, y alérgica, crítica y aun condenatoria de los que creen diferente.
- = Cada una monopolizando a Dios, y combatiendo al Dios de las demás.
- = Cada una proclamando la fraternidad, pero una fraternidad cerrada y excluyente, en nombre de Dios: El judío se siente hermano del judío, pero detesta al árabe; el árabe se siente hermano del árabe pero combate a judíos y cristianos; Los cristianos están divididos en 500 facciones, y cada una hace prosélitos denigrando a las demás.

Al hombre secular le cabría esperar que si las religiones «religan» al hombre a sus fuentes (Dios), habrían de ser el principal factor de religión de los seres humanos entre sí. En cambio, ni siquiera son capaces de religarse entre ellas mismas. Hoy prácticamente todas las religiones son monoteístas. Es decir, todas proclaman que no existe sino un solo Dios, Creador de cuanto existe y de todos los seres humanos. Sin embargo, cada religión monopoliza a ese Dios, excluyendo de Él a todos los demás. No existe cosa más burda que hacer del Unico Dios, el factor número uno de discriminación y confrontación entre los seres humanos, criaturas del mismo Dios.

Cuando el estudiante universitario indio de la ciudad de Amethabad, a la vista de las luchas religiosas que tenían lugar en sus calles, exclamó: «Si nos matamos unos a otros, porque somos de religiones distintas, ¿no sería mejor que todos fuésemos ateos?», apuntaba a una verdad incuestionable: Es preferible no creer en dios alguno, que adorar a un falso dios que nos lleva a destruirnos unos a otros. ¡Dios, el mayor obstáculo para lograr la unidad entre los hombres! Un dios, que enfrenta a unas de sus criaturas con otras de sus criaturas, no es creíble

Juan Pablo II ha calificado esta situación de «**gran escándalo**». Y lo es: Si las religiones son incapaces de darse la mano, respetarse y entenderse, el hombre secular se sentirá inclinado a no creer en ninguna. Si las religiones siguen divididas y enfrentadas, cada vez habrá más ateos. Por eso, para el hombre secular moderno, el descrédito no es de una u otra religión, sino de «la religión» a secas.

2.- LA FRATERNIDAD ANHELADA POR EL MOVIMIENTO ECUMÉNICO

La Iglesia Católica asumió en vanguardismo de promover una fraternidad universal, desencadenando el “Movimiento Ecuménico”. Sin duda uno de los eventos religiosos más relevante de los últimos tiempos.

El Concilio dedica dos importantes Documentos para restaurar la hermandad, tanto con los cristianos no católicos, como con los miembros de religiones no cristianas: El Decreto sobre Ecumenismo (*Unitatis*

Redintegratio) y la Declaración sobre las Religiones no cristianas (Nostra Aetate). Ambos implican una nueva visión teológica y una relectura más profunda de la Palabra Revelada que fundamentan el hecho de que estamos realmente ligados por una fraternidad universal:

= “*Todos los pueblos forman una comunidad, tienen un mismo origen..., y tienen el mismo fin último, que es Dios, cuya providencia, manifestación de la bondad y designios de salvación se extienden a todos*” (Nostra aetate, 1). Y más concretamente:

= “*Es deber de la Iglesia, en su predicación, anunciar la Cruz de Cristo como signo del amor universal de Dios y como fuente de toda gracia. No podemos invocar a Dios, Padre de todos, si nos negamos a conducirnos fraternalmente con algunos hombres, creados a imagen de Dios*” (Declar. Sobre las Religiones no cristianas, 4-5)..

Llama la atención el cambio de lenguaje de la Iglesia, que al referirse a los cristianos no católicos, utiliza por sistema la expresión <“hermanos”>. No se trata, pues, de una táctica para atraer a la Iglesia a los que están fuera de ella, sino un reconocimiento de que en toda religión se viven, en algún modo y en algún grado, los valores anunciados por Cristo, y en todas están, más o menos explícitos o latentes, las <“Semillas del Verbo”>, “que ilumina a todo hombre que viene a este mundo” (Jn. 1,9).

Por eso, “*La Iglesia Católica nada rechaza de lo que en estas religiones hay de verdadero y santo. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas que, aunque discrepan en muchos puntos de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres*” (Nostra aetate, 2).

La Conferencia Latinoamericana de Obispos, en Puebla, declara sin paliativos que “*Quien, en su evangelización, excluya a un solo hombre de su amor, no tiene el Espíritu de Cristo*” (Puebla, 205).

No será en la confrontación, sino en el fraternal diálogo inter-religioso, y aceptando el legítimo pluralismo en el modo de pensar a Dios, como avanzaremos juntos hacia una Verdad cada vez más plena acerca de Dios y del hombre. Cada principio vivido por una religión cuestiona, en algún modo, a todas las demás. Todos podemos enriquecernos con el aporte de todos, respetuosamente valorado, bajo el principio de Pablo: “*Disciérnalo todo y quedense con lo bueno*” (1Tes. 5,21).

Las Religiones de la tierra -todas ellas- han hecho históricamente un pésimo servicio a la Familia humana, al poner el énfasis en las diferencias con que los seres humanos piensan y sienten a Dios, construyendo así fraternidades cerradas, contrapuestas, enfrentadas. Hoy la secularidad se ha convertido en reto para todas las Religiones, al asumir el vanguardismo de la unidad fundamental de los seres humanos y poner el acento en lo que nos une, más bien que en lo que nos diferencia. Donde la Iglesia dice <Ecumenismo>, la secularidad venía ya diciendo <pluralismo>. Y buscando esa unidad en las legítimas diversidades, la secularidad emitió la DECLARACIÓN UNIVERSAL DE LOS DERECHOS HUMANOS. Las Religiones de la tierra seguirán traicionándose a sí mismas y al hombre, mientras sigan mostrándose incapaces de proclamar LA FRATERNIDAD UNIVERSAL DE LOS SERES HUMANOS.

Para la religión (o las religiones) resulta vergonzoso hechos como el siguiente:

Sábado, 14 Diciembre 2002. Durante la <teleton>, celebrada en Panamá, a favor de los minusválidos, media docena de representantes de la Comunidad Islámica de Panamá, se presentaron en el programa para hacer su aporte en favor de los mismos. Una joven leyó la relación de donaciones de las distintas entidades islámicas, que ascendían a más de 50.000 dólares. Y añadió una frase que me avergonzó: <“La Comunidad Islámica se une a la causa de los necesitados, porque cree y siente que esta causa está más allá de las diferencias de credos religiosos”>. Declaración laudable, sin duda, pero preocupa su trasfondo. Esos mismos musulmanes, sensibles y solidarios con los minusválidos, al margen de la religión, están listos para hacer la «guerra santa», mutilando o matando a miles, tan pronto se afronta el tema de Dios.

Quiere decir que hay causas que unen, o han de unir a todos los seres humanos, como es la causa de los pobres y los desvalidos; la causa de la patria, la solidaridad en desastres de la naturaleza, como nos unen también el deporte, los juegos olímpicos y demás. Y hay realidades que, irremediablemente nos dividen y confrontan. ¡Las religiones! Dicho más expresamente, <DIOS>. Las Religiones, todas en su conjunto, se están traicionando a sí mismas, pues en vez de “religar”, dividen a los hombres entre sí. ¡No es extraño que existan los ateos!

Sólo sobre el presupuesto de que todos los seres humanos somos hermanos, podemos empezar a hablar de qué hacer con lo que nos diferencia, y de cómo comportarnos tanto con los que creen diferente, como con los descreídos, delincuentes y degenerados.

3.- HACIA UN ECUMENISMO PRACTICO Y CONSECUENTE

Cada religión ha tendido a considerarse poseedora de la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, bien definida en sus dogmas, usos y costumbres. Y, desde esta perspectiva, considerar a las demás como aberraciones burdas que es necesario combatir, en servicio al Dios verdadero. Las <guerras santas>, en nombre de Dios, han sido en realidad guerras en nombre de la propia imagen de Dios, contra imágenes no coincidentes del mismo Dios. Por otra parte, la imagen que cada religión maneja de las demás, está forjada, de ordinario, desde un conocimiento superficial de la misma, desde una reinterpretación injusta del sentido de sus creencias, o desde las limitaciones o errores prácticos de muchos creyentes, amplificados y puestos en primer plano, haciendo caso omiso de sus valores.

El mundo protestante, por ejemplo, se empeña en acusar a los católicos de adorar imágenes, adorar a la Virgen María y a los santos. En realidad, la enseñanza católica distingue muy bien entre la <adoración>, sólo debida a Dios y la <veneración>, con la que admiramos a los santos como modelos de vida cristiana. Y no, obstante, es cierto que muchos creyentes católicos, de endeble formación, determinados santos ocupan en su vida mayor centralidad que Dios mismo. En toda religión una cosa es la utopía o ideal al que se tiende, y otra la realidad de las limitaciones, distorsiones, y conductas humanas, con frecuencia muy distantes de esa utopía. Y no es justo enjuiciar esa religión sólo por las negatividades que en sus creyentes se encuentran.

Es iluminadora, en este aspecto, la experiencia personal de Carlos González Vallés, que trabajó como misionero en la India por más de 40 años, y que relata especialmente en su libro “Dejar a Dios ser Dios”. En la India coexisten numerosas confesiones religiosas: **hindúes, mahometanos, budistas, cristianos, sikhs, parsis, jainistas**, y más, y con todas ellas mantuvo una estrecha relación, de unas y otras tuvo amigos muy cercanos, y a todas las conoció profundamente. Y muy interesante el cambio de visión de cosas de este sacerdote jesuita a medida en que fue profundizando el conocimiento de las mismas. Resumimos, de su exposición, algunos ejemplos.

1.- Los Mil Nombres de Dios de los hindúes.- El panteón hindú contiene una gran multitud de dioses (trescientos treinta millones es la cifra oficial). Los primeros misioneros cristianos se ensañaron contra esa evidente <idolatría>. Lo que esos misioneros no sospecharon es que, para los hindúes, la multiplicidad de imágenes no es más que otra manera (aparentemente opuesta, pero idéntica en realidad) de decir lo mismo que la prohibición de imágenes había querido decir en otra tierra y en otras escrituras: que a Dios no hay imagen que le haga justicia y que, por consiguiente, o no se hace ninguna o se hacen miles, para que su misma multiplicidad declare la imposibilidad de describirlo, y la trascendencia de Dios queda salvaguardada por la infinidad de sus colores. Decir que Dios tiene mil nombres, es lo mismo que decir que no tienen ninguno. Cada nombre que le damos no es sino un flash, limitado e imperfecto, y debe ser trascendido, y todos en conjunto nos acercan más a su Realidad. “La piedad hindú tiene una bella práctica de devoción: la recitación rítmica de los mil nombres de Visnú”.

El Pueblo Hebreo, en cambio, prefirió negarse a pronunciar el Nombre de Dios, que disfrazó con cuatro consonantes anónimas: Y.H.V.H., que podían rellenarse como Yahvé, o como Jehová, o de otro modo, para eludir el verdadero Nombre de Dios. Otras religiones se han limitado a un solo Nombre, bien perfilado y definido, pero a costa de encerrar a Dios en una imagen limitada, achicadora de Dios e imperfecta. ¿Cuál de estas vías nos acerca o aleja más y mejor a la Realidad, siempre desbordante, de Dios?

2.- El panteísmo hindú.- La fe hindú ve a Dios en todas las cosas. La creación entera está animada por lo divino. Dios es Todo. Y con este énfasis han perdido el sentido de un Dios Personal, como el que conocemos en el Cristianismo. De tanto subrayar su inmanencia, han olvidado su trascendencia sobre todo lo creado. En el Judaísmo y Cristianismo, por el contrario, hemos preferido subrayar su trascendencia: Dios está por encima de todo: del mundo, del hombre y de la vida. Dios es más que todo, y diferente de todo. Pero de tanto subrayar esta trascendencia, que nos ha llevado a perfilar y concretar bien la ubicación de Dios en lo más alto de los cielos, hemos marginado su inmanencia, y lo hemos alejado del

hombre, del mundo y de la vida. San Agustín, carismático de la interioridad, goza con el descubrimiento de que “andaba fuera, Señor, y por fuera te buscaba, y he aquí que Tú estabas dentro, más interior a mí mismo que yo mismo”. Pero a muchos de nuestros grandes místicos se les acusó de panteísmo por recalcar esta omnipresencia de Dios en el hombre y en la vida. Trabajamos, por sistema, con fragmentos, cada uno de los cuales nos dice algo de Dios, pero ninguno nos lo dice todo.

3.- El dualismo parsi.- Los parsis (persas) fueron fundados por Zoroastro. Llegaron a la India solicitando al rey de Surá ser admitidos en el territorio, y el rey les contestó mostrándoles un vaso lleno de leche hasta los bordes, dándoles a entender así que la India está ya superpoblada y no caben más. Pero el jefe de los parsis, introdujo unos terrones de azúcar en el vaso, manifestándoles que serían como en azúcar en la leche. Y en efecto , “son la única comunidad religiosa que nunca ha causado problemas en la India”. Su teología parte de la existencia del bien y del mal en el mundo, y la explica admitiendo dos principios, uno creador y otro destructor. Es un dualismo como lo fue el platónico y después el maniqueo, que tuvieron una fuerte influencia en el mundo cristiano. Pero los parsis lo interpretan y sacan conclusiones diríamos opuestas.

Para el cristianismo, influenciado por el dualismo platónico y maniqueo, Dios es bueno y la materia es mala, y se contrapuso en consecuencia la materia y el espíritu, el cuerpo y el alma, lo divino y lo humano, lo religioso y lo profano, la naturaleza y la gracia, declarando la guerra a los primeros términos para ensalzar los segundos. Los parsis, en cambio, han reflexionado de distinta manera: Si el problema está entre el principio creador, (que es Dios), y el principio destructor, todo lo creado es bueno y todo lo que destruye o mengua lo creado es malo. Si Dios defiende su creación contra los ataques del mal, el hombre ha de ponerse de parte de la creación, es decir, de parte de la naturaleza, y cultivarla, y desarrollarla y disfrutarla. Y así el progreso material se hace culto a Dios. “Por eso la moderna industria india la han creado los parsis (aunque sean pocos más de cien mil, en un país se setecientos millones); por eso su compañía inspira siempre alegría y humor... Para un parsi, ayunar es pecado, la penitencia una aberración, y el celibato un crimen. La ascética es sencillamente inmoral. La creación es para perfeccionarla, no para negarla. La materia es buena, incluidos el alimento y el sexo, y rechazar los dones de Dios es rechazar a Dios” ..

¿Doctrina disparatada? ¿Más disparatada que el desprecio sistemático del cuerpo, de la naturaleza, de lo material que nos dominó a los cristianos tradicionalmente? Mal que nos pese, trabajamos unos y otros con fragmentos de verdad.

4.- La religión atea de los jainistas.- Los jainistas son profundamente religiosos, incluso radicalmente religiosos hasta la exageración, con sus templos, sus ritos, sus monjes y sus monjas. Pero ateos: no hablan de Dios, no se refieren a Dios, no piensan en Dios, no tienen en cuenta para nada a Dios. ¿Aberración, contradicción? Quizá no tanto: Saben que no pueden concebir dignamente a Dios y, al saberlo, se callan. Es el respeto último y trascendental a Dios como Ser Supremo por encima de todo lo que podemos, no sólo expresar, sino concebir. Eso es todo. Y sin embargo, comenta C. Vallés, “forman la comunidad religiosa más consecuente consigo misma que conozco... El voto principal del monje, y el mandamiento fundamental del jainismo es el de no hacer daño a nadie, la no-violencia, el respeto a la vida”..

La inaccesibilidad del Misterio insondable de Dios ha sido énfasis de nuestros místicos cristianos y San Agustín no dudó en afirmar: “Es más fácil afirmar lo que Dios no es que lo que Dios ES”.

Los ejemplos podrían multiplicarse, también entre las diversas confesiones cristianas. **La espiritualidad protestante** ha considerado, siguiendo a San Pablo, que es la <Fe>, la que nos salva; la espiritualidad católica ha subrayado más, la necesidad de las obras y méritos propios, a tenor de Santiago, para conseguir la salvación. Quizá sin que ni una ni otra haya conseguido el justo equilibrio. **Los Pentecostales** han puesto el énfasis en el <“Espíritu”>, pero han caído con frecuencia en un subjetivismo arbitrario y peligroso. La Iglesia Católica ha enfatizado más bien las formas, el rito, la norma, la oración en base a fórmulas prefabricadas; y de este modo se margina el espíritu y autenticidad interior.

El mensaje de fondo es que, acerca de Dios, trabajamos siempre con verdades incompletas. Sería falso concluir que lo mismo da una religión que otra. Pero es cierto que cada religión revisa y enriquece lo que las demás profesan. “Porque la verdad no es tuya, ni mía, ni de aquel otro...; es patrimonio de todos”, sigue afirmando San Agustín. Y “no hay doctrina falsa que no contenga algo de verdad, como no hay doctrina verdadera que formule la verdad total”. Pretender encerrar el Misterio Insondable de Dios en una formulación dogmática sería como definir a una persona en base a una o varias de sus fotografías, que congelaron determinadas poses de esa persona. Pero esa persona es mucho más que esas poses fragmentarias y estáticas.

La conclusión es clara: El lema de Juan XXIII, convocador del Concilio: “Es necesario fijarnos más en lo que nos une que en lo que nos separa”, Implica entre cosas:

- a) La humildad de reconocer que, acerca de Dios, sólo alcanzamos a vislumbrar pequeños destellos de Verdad, sin agotarla jamás. Y Dios se conforma con esos balbuceos, como el padre goza con los balbuceos de sus pequeños en el modo como lo ven y lo imaginan.
- b) La honestidad de reconocer, en cada confesión religiosa, los valores como valores y las deficiencias como tales. Sin ensañarse unilateralmente en estas últimas.
- c) No sobredimensionar la gravedad de las diferencias en el modo de pensar a Dios, sea dentro del propio credo, como entre credos diferentes. Sino aprender a valorar y respetar un sano pluralismo, sin comprometer jamás la fraternidad entre todos.

El mundo lo está pidiendo a gritos: ¡Ya está bien de divisiones, menosprecios, odios y aun violencia, entre los seres humanos, en nombre de Dios!

4.- LA LLAMADA A LA HUMILDAD RELIGIOSA

Condición indispensable para avanzar hacia la unidad y fraternidad entre todos los seres humanos es la humildad religiosa. La humildad de reconocer que, en lo que se refiere al conocimiento de lo que realmente es Dios, trabajamos siempre con imágenes y conceptos fragmentarios, inadecuados, e insuficientes, pues ninguno de ellos agota la realidad de Dios. San Agustín afirma: *“De Dios todo se puede decir, pero es imposible decir nada de él dignamente. Nada tan vasto como esta pobreza. Quieres buscar un nombre adecuado y no lo hallas, y quieres decir de él cualquier cosa, y todos los nombres sirven”* (In Joan. Ev.,13,5). Por eso, *“A Dios hay que buscárselo para encontrarlo, y encontrarlo para seguir buscándole con mayor afán”* (La Trinidad, 15,2,2).

La necesidad de esta búsqueda constante, no permite el orgullo de creer que ya poseemos plenamente la verdad de Dios. Y San Agustín explica que, en realidad, nadie posee la verdad total, sino determinadas perspectivas de verdad (ver Confesiones 12,25). Y es en la búsqueda y diálogo fraternal donde nos vamos acercando a una verdad más plena. Porque *“no hay ninguna falsa doctrina que no tenga alguna parte de verdad”* (Cuestiones sobre los Evangelios, II, 40,2). Para ello hemos de comenzar por no absolutizar nuestras «imágenes» de Dios. Ya Jenófanes escribió:

- «Los etíopes dicen que sus dioses son de nariz chata y negros; los tracios, que tienen los ojos azules y pelo rojizo... Si los bueyes, caballos y leones tuvieran manos y pudieran dibujar con ellas y realizar obras como los hombres, dibujarían los aspectos de los dioses y harían sus cuerpos, los caballos semejantes a los caballos, los bueyes a los bueyes, tal como si tuvieran la figura correspondiente a cada uno»» (González-Carvajal, Esta es nuestra Fe, p. 124).

Es tan fuerte nuestra tendencia a considerar la propia verdad como la Verdad Total, que consideramos como rarezas, extravagancias o supersticiones otros modos de visión de cosas y de prácticas religiosas diferentes. Este hecho queda caricaturizado en la siguiente anécdota:

Un norteamericano observaba, en un cementerio japonés, la práctica extraña de los japoneses de echar arroz sobre las tumbas de sus muertos. Práctica que le pareció un primitivismo ingenuo. Y preguntó, con ironía a un japonés:

- Por favor, ¿a qué hora se levantan sus muertos para comer el arroz?

El japonés le contestó:

- Más o menos a la misma hora en que se levantan los muertos de ustedes para oler las flores que les ponen sobre sus tumbas.

Siempre aquello con que no estamos familiarizados nos parece extraño y raro. Pero no caemos en la cuenta que a esos extraños y raros les parece lo mismo lo que hacemos o creemos nosotros.

5.- LA VUELTA A JESUCRISTO Y SU EVANGELIO

Por supuesto, la confraternización entre las diversas religiones no es tarea fácil, por aquello de que **«dos no dialogan si uno no quiere»**. De hecho se han dado ya notables avances de confraternización de católicos con las viejas confesiones protestantes (episcopales, luteranos, anglicanos e incluso judíos); escasos avances con las nuevas (evangélicos, pentecostales, adventistas, mormones, etc.). Pero alguien ha de tomar la iniciativa. Y la iniciativa la tomó Cristo.

Ni todos los que Jesús conoció reconocían a Dios como Padre, ni todos le miraron a Él como hermano. Pero a todos se acercó fraternalmente. Con actitudes muy distintas: Con cordialidad, comprensión, y sensibilidad con pecadores, ignorantes, herejes e infieles; con lenguaje duro con los que, teniéndose por fieles y justos, violaban y criticaban la fraternidad con los extraños. Si los creyentes encierran la filiación y la fraternidad en su propio círculo, está apartándose del espíritu de Cristo. La actitud muy repetida del cristiano que viene a decir al no cristiano: «O te conviertes y entonces te quiero como hermano; o te quedas fuera, y entonces te detesto como extraño », repite el esquema del creyente judío que precisamente Jesús quiso romper.

Es cierto que la vivencia práctica de la fraternidad, al igual que la filiación de Dios, tiene grados: «*Nadie puede amar con amor personal e íntimo a la vez a los cinco mil millones de seres humanos que hay en el mundo*» (González-Carvajal, Noticias de Dios, p. 127). De ahí la importancia de la fraternidad cristiana, vivida en pequeñas comunidades. Pero éstas «*No tienen derecho a convertirse en un hogar cálido cerrado a los demás*» (González-Carvajal, o.c. p. 130).

«En la fraternidad cristiana no hay lugar para las divisiones sociales que, fuera de ella, parecen insuperables: “*Ya no hay judío, ni griego, ni esclavo, ni libre, ni hombre, ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús*” (Gal. 3,28). “*No hay griego y judío, circuncisión e incircuncisión, bárbaro, escita, esclavo, libre, sino que Cristo es todo y en todos*” (Gal. 3,11)»(González-Carvajal, o.c., p. 129).

Jesús distinguió muy bien entre fe y creencias religiosas: Y declaró mujer de fe a una no creyente cananea y hombre de fe a un centurión romano, que no compartían las creencias en el único Dios Yavé. Fe, en definitiva, en el «»Dios-Misterio», siempre desconocido e inalcanzable, más allá de unas y otras creencias religiosas. Y esa fe debería unir a todas las religiones. En referencia a las divisiones entre cristianos, González-Carvajal escribe:
-«La distinción entre fe y creencias tiene una importancia muy grande para el ecumenismo. Puesto que la Iglesia es una comunidad de fe, y no de doctrina, no existe fundamento suficiente para que la diversidad de opiniones sobre las cuestiones doctrinales haga imposible la unidad en la fe y en el Espíritu. El talante dogmático es el culpable de la mayoría de las rupturas de la historia cristiana»(Esta es Nuestra Fe, p. 133).

Y el mismo autor, cita a Kierkegaard, en referencia a personas religiosas no cristianas:

- «Si de dos hombres, reza el uno al verdadero Dios con insinceridad personal, y el otro con toda su sincera pasión a un ídolo, es el primero el que en realidad ora a un ídolo, mientras que el segundo ora de verdad a Dios»(Esta es nuestra Fe, p. 179).

Jesús sabe que la universalidad de la filiación y de la fraternidad, como vivencia de hecho, es todavía utopía. Y sigue anhelando: “Tengo otras ovejas que no están en mi redil, y debo atraerlas para que no haya más que un solo rebaño y un solo pastor” (Jn.10,16). Pero para hacer realidad este anhelo, cuenta con que sus creyentes y seguidores sepan ser <hermanos> aun con aquellos que no reconocen y aceptan como hermanos a los cristianos. Sólo así se convertirán en semilla o siembra, en luz, en sal y en fermento, con el testimonio de su fraternidad universal.

- Cuando esto escribo (agosto, 2003), la prensa panameña informa que los siete partidos políticos del país, que se preparan para nuevas elecciones, firmarán el «Pacto Etico Electoral», que implicará honestidad, transparencia y ausencia de toda diatriba e insulto. El depositario y garante del compromiso será el Comité Ecuménico de las Iglesias de Panamá, que dará seguimiento a las denuncias que se presenten. Hermoso papel de la presencia de la religión en el mundo. Pero al mismo tiempo un desafío: No falta siempre alguno que, por parte del mundo, devuelva la pelota: «Vayan y hagan ustedes lo mismo», pues las religiones han sido vanguardistas en acusaciones, condenaciones y aun insultos mutuos.

Segunda parte.- NUESTRA PRESENCIA EN EL MUNDO

Tema 5.- COMO TESTIGOS Y TRANSMISORES DEL EVANGELIO ("BUENA NUEVA")

(muy extenso, pero rico y fácil de resumir en sus ideas fundamentales)

0. Presentación.

Con el fin de apoyar y orientar el proyecto de renovación de nuestra presencia agustiniana en América Latina, entre los principios iluminadores que nos permiten acercarnos a nuestra realidad desde la fe y desde nuestra identidad agustiniana, para poder responder con fidelidad a lo que la Iglesia reclama de nosotros hoy, y con perspectivas de futuro, se estableció, entre los principios generales:

Edificar la Ciudad de Dios.

Vivimos y trabajamos por y para el reinado de Dios, tal y como Jesús lo anunció: buena noticia que privilegia a los más necesitados (pobres, oprimidos, enfermos, marginados, pecadores...)¹, anuncia la dignidad de toda persona, denuncia los ídolos que alienan y esclavizan al ser humano y llama a la conversión (cfr. Lc 4,16-19; Mc 1,1). Aceptar el Reino como donación gratuita significa acoger en el propio corazón a Dios como Padre y Madre que quiere que nadie se pierda (Jn 6,39; 18,9), y, por eso, acoger también a todos los hombres y mujeres como hermanos. Aceptar el Reino significa comprometerse con la edificación de la Ciudad de Dios, “*a ser constructores abnegados de la civilización del amor* –según la luminosa visión de Pablo VI–² *inspirada en la palabra, en la vida y en la donación plena de Cristo, basada en la justicia, la verdad y la libertad*”³. Un compromiso en el que como cristianos –y con más razón como religiosos- hemos de sentirnos unidos a todos los hombres y mujeres de buena voluntad⁴.

1. El mensaje nuclear del Evangelio: la centralidad de Dios «El Padre», y la fraternidad humana sin discriminaciones.

La edificación de la Ciudad de Dios, como misión esencial de la Iglesia y, por lo tanto, como misión nuestra también, implica el anuncio del Evangelio, como “Buena Nueva”, comprender, profundizar y vivir lo que constituye el núcleo del anuncio de Jesús y del Reinado de Dios que él viene a establecer entre los hombres.

El mensaje central del Evangelio, como verdadera “Buena Nueva”, “Alegre Noticia”, es que Dios ha entrado en la historia del hombre, para establecer una relación directa con él, y una relación que nace del amor y que se da en la libertad, en donde el hombre, aceptando a Dios que viene a él como Don, como Gracia, se une a su voluntad y hace posible su reinado en el mundo. Indudablemente que la mejor forma a través de la cual Jesús nos ha querido revelar, no tanto lo que Dios es, sino la forma como Él quiere actuar, como el quiere relacionarse con la humanidad es la palabra “Abba”: Padre.

Independientemente de un análisis exégetico de los diversos pasajes en que Jesús usa la palabra “Padre”, para dirigirse a Dios, baste aquí tomar su enseñanza sobre la oración, que es la que establece una forma determinante y determinada de la relación y la actitud con que él quiere que sus discípulos se acerquen a Dios: “*Ustedes recen así: Padre nuestro del cielo...*” Ya empieza una oración comunitaria. Aunque la diga un individuo, está hablando en nombre de su comunidad. Además, no aparece el nombre de Dios, sino que aparece el de “Padre”, que es el nombre cristiano de Dios. Dios es una palabra que sirve para todas las lenguas, la usaban los griegos paganos y después la usó la traducción griega del Antiguo Testamento. Pero eso no es lo específico cristiano. Lo cristiano es que Dios es Padre, el que por amor comunica su propia vida, no el que manda ni el que impone su voluntad. No el que impone, sino el que potencia al hombre.

Ya en el Antiguo Testamento se usaba, algunas veces para Dios, el nombre de “padre”, pero con significado completamente distinto: allí el padre es la figura de la autoridad. Además, se suele decir “el Padre del pueblo”.

¹ Cfr. Const., nn. 160; 174; 199b.

² Cfr. Paulo VI, *Evangelii Nuntiandi*, nn. 18-24

³ III Conferencia del Episcopado Latinoamericano, *Mensaje a los Pueblos*, n. 8

⁴ Cfr. Pablo VI, *Evangelii...*, n. 69; Juan Pablo II, *Vita Consecrata*, nn. 72-74; 84-95; IV Conferencia del Episcopado Latinoamericano, nn. 85-87. 92-93.

Pero este Padre, al que podemos llamar también “mío”, de cada uno de nosotros, porque a cada uno le ha comunicado su Espíritu, es algo nuevo. Este nombre de “padre” establece una nueva relación con Dios. No el Dios sentado en el trono del cielo, dando mandamientos a los hombres, dirigiendo el mundo. Son falsas ideas de Dios que Jesús ha venido a cambiar. “Padre”, entendido así, nos cambia completamente el concepto de Dios y nuestra relación con él y, como consecuencia, nuestra relación con todos los hombres a quienes hemos de ver como hermanos.

Indudablemente que hay gente a quien le resulta enormemente difícil llamar a Dios “Padre” pues, debido a su experiencia familiar negativa, tienen malas asociaciones con esta palabra. Les suena al autoritario, al déspota, al opresor. Pero aquí es algo totalmente distinto: es el que comunica su propia vida, no otra, y ésa es la señal de su amor. Y esa vida se llama el “Espíritu”. Por eso, la comunidad que reza el Padre nuestro es una comunidad que posee el Espíritu; si no, no lo puede rezar. La palabra Padre se la dirige a una persona con la que se tiene una experiencia particular; a un señor mayor, venerable, dignísimo, yo puedo llamarle “señor”, pero no “padre”, pues con él no tengo ninguna experiencia personal, ni me ha dado la vida. Por el contrario, el que llama “Padre” a Dios es porque tiene la experiencia de la vida que Dios le ha dado, la del Espíritu. Si no se tiene tal experiencia, no se le puede llamar a Dios “Padre”: sería una palabra vacía. Y ¿cómo sabemos esto? Por una experiencia interna, pero que está convalidada por una experiencia externa. ¿Qué es lo que ha dicho Jesús en las Bienaventuranzas? “Dichosos los que trabajan por la paz –por la felicidad de los hombres- porque a éstos los llamará Dios hijos suyos”: la comunidad que llama “Padre” a Dios, no sólo tiene la experiencia interna de que Dios es su Padre, sino que además está dedicada al trabajo por la felicidad de los hombres, los que trabajan por la paz, en su sentido amplio. Porque el ser cristiano tiene siempre el doble aspecto: la experiencia interior y la praxis externa. Si nos limitamos a la experiencia interior el Espíritu queda mutilado, porque él se entrega y, si nosotros no nos entregamos, acabamos por formar cenáculos de almas escogidas, y eso no es cristianismo. Pero si nos entregamos a una actividad sin una experiencia interna, somos unos activistas, que nos vaciamos y nos quemaremos, por falta de apoyo y de fuerza interior. Tiene que nacer de allí. Y además, en comunidad: porque es el amor de la comunidad el que nos sostiene ante la falta de amor que muchas veces podemos encontrar y la falta de respuesta en nuestro trabajo... y no importa que no sepamos hacer la síntesis desde el principio, pero sin los dos aspectos no estamos todavía en la plenitud de nuestra vocación cristiana.

“**Abba**” en las oraciones de Jesús.

A sus discípulos les debió sonar algo totalmente extraordinario el hecho de que Jesús se dirigiera a Dios como a “mi Padre”. No sólo los evangelios atestiguan que Jesús utilizó este tratamiento, sino que ellos refieren unánimemente que lo hizo en todas sus oraciones. Sólo hay una oración de Jesús en la que falta el “mi Padre”. Es el grito que profirió desde la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc 15,34 y par.).

Pero lo más notable es que cuando Jesús se dirigía a Dios como a su Padre en la oración, usaba la palabra aramea **abba**, corriente en el arameo palestinense del siglo primero. Dos pasajes de Pablo (Rom 8,15 y Gal 4,6) indican que las comunidades cristianas usaban el grito “**Abba, ho patér**”, y lo consideraban como una expresión inspirada por el Espíritu Santo, y no cabe duda que esta exclamación de los primitivos cristianos es un eco de la propia oración de Jesús.

Originariamente abba era un sonido balbuceante. El Talmud dice: “Cuando un niño experimenta el gusto del trigo (es decir, cuando se le desteta), aprende a decir **abba e imma**” (en otras palabras, papá y mamá son las primeras palabras que profiere). Pero la palabra no quedó restringida a los niños pequeños, también las hijas y los hijos adultos llaman a sus padres “**abba**” (cf. Lc 15,21), y únicamente en ocasiones más solemnes se recurrió al “Señor” (Kyrie) (cf. Mt 21,29). Pero a pesar de esa evolución, nunca cayó en el olvido que el origen de esta palabra estaba en el lenguaje de los niños.

Abba no se utilizaba en las oraciones judías como un tratamiento aplicable a Dios, pues para una mentalidad judía habría sido irreverente, y por ello impensable, llamar a Dios con esta palabra tan familiar. Por eso aparece como algo nuevo, único e inaudito el que Jesús se atreviera a dar este paso hablando con Dios como un niño

habla con su padre, con simplicidad, intimidad y seguridad. No cabe duda entonces de que el ***Abba*** que Jesús utiliza para dirigirse a Dios revela la base real de su comunión con Dios.

No menos de 170 veces encontramos en los evangelios la palabra Padre aplicada a Dios, en boca de Jesús (Mc = 3 veces; Locuciones comunes a Mt y Lc = 4; Locuciones especiales de Lc = 4; Locuciones especiales de Mt = 31; Jn = 100). Existía una tendencia creciente a introducir la designación de Dios como Padre en las locuciones de Jesús. Cuando Jesús habla de Dios como “el Padre de ustedes”, quiere describirlo como el Padre que conoce lo que sus hijos necesitan (Mt 6,32 y par. Lc 12,30), que es misericordioso (Lc 6,36) e ilimitado en su bondad (Mt 5,45), que puede perdonar (Mc 11,25), y que se complace en proporcionar el reino al pequeño rebaño (Lc 12,32).

Invocar a Dios como ***Abba*** ha de ser el signo de los discípulos de Jesús, llegando a decir que sólo aquel que pueda decir este infantil ***abba*** entrará en el reino de Dios. Así entendió Pablo ese tratamiento cuando dijo por dos veces que es prueba de la posesión de la filiación y del Espíritu, cuando un cristiano repite esta sola palabra ***Abba*** (Rom 8,15; Gál 4,6). Las antiguas liturgias cristianas muestran que se dan cuenta de la grandeza de este regalo cuando preludian la oración dominical con estas palabras: “*Nos atrevemos a decir: Padrenuestro*”.

Por muchos argumentos de análisis críticos, podemos pensar con fundamento que ***Abba*** es el tratamiento dado a Dios como una expresión auténtica y original de Jesús, y que ese ***Abba*** implica el título o la reivindicación de una revelación única y una autoridad única. Con el ***Abba*** estamos más allá del Kerygma. Nos encontramos ante algo nuevo e inaudito que rebasa los límites del judaísmo. Vemos en el Jesús histórico al hombre que tuvo el poder de dirigirse a Dios como ***Abba*** y que incluyó a los pecadores y a los publicanos en el reino, autorizándoles a repetir esta sola palabra: “***Abba***, querido Padre, papá”.

Y, podríamos decir, que prácticamente en esta palabra se encierra todo el núcleo del Evangelio, el anuncio del Reino, que viene a establecer una relación totalmente nueva entre el hombre y Dios, porque Dios quiere ser experimentado como “Padre” y, desde esa paternidad, formar una verdadera fraternidad. Evangelizar es, pues, hacer sentir esa presencia de Dios, de ese Dios que Jesús nos ha venido a revelar, en la vida y en la historia del hombre.

2. Las Bienaventuranzas. Las actitudes de Cristo en relación al Padre, el Reino, los marginados.

Las Bienaventuranzas son el código del Reinado de Dios. El Reinado de Dios significa que Dios es Rey y, por lo tanto, que él se entiende con el hombre directamente. Esta afirmación del Reinado de Dios supone una amenaza virtual para todo poder que se interponga entre Dios y el hombre. Dios va a gobernar directamente al hombre. Esto lo entendían los judíos como que sucedería a través del Rey Mesías, pero aquí Jesús, hasta ahora, no dice más que eso: el Reinado de Dios puede tener ese significado. Lo que Jesús “enseña” es una manera de vivir, no son teorías, sino una manera de vivir. Pero en la Nueva Alianza, a diferencia de los mandamientos de la antigua Ley, que eran imperativos, aquí no hay ninguna imposición, sino una invitación; aquí Dios ya no es soberano, sino Padre, con un ofrecimiento y una promesa de felicidad. Las bienaventuranzas no son ley, sino evangelio; la ley pone al hombre ante sus propias fuerzas, pero no le ayuda; el evangelio señala el camino a recorrer y ayuda a llegar hasta la meta. Y, sin embargo, las Bienaventuranzas no están contra la ley, sino que son la única forma de llevar la Ley a su cumplimiento, a su perfección.

Las Bienaventuranzas son un camino paradójico de felicidad, la manera que Dios tiene de amar. No es fácil ser fiel a ellas, puesto que su justicia trasciende el criterio legalista de este mundo: es el camino para que el hombre se encuentre con Dios y consigo mismo y pueda convivir con los demás hombres en fraternidad y esperanza, creando una categoría de hombre nuevo.

Las Bienaventuranzas son paradójicas (para-doxa, es lo que está al margen de la opinión), no absurdas. Lo absurdo no es humano, y la vida de Jesucristo es lo más humano que existe, y, fuera de todo juicio mundano, es la realización más sensata y acabada de la vida. Es el llamado a la creación de un mundo nuevo, para el

que el hoy empieza cada día. Nosotros, cada día hemos de rehacer este mundo nuevo. La vivencia de las Bienaventuranzas traerá al mundo esta nueva creación.

Bienaventurado expresa un estado de dicha, de gozo, de auténtica felicidad, no de pasividad o resignación. Para ser bienaventurado se necesita la alegría. La alegría es una obligación que el israelita tiene con Dios (cf. Magnificat); es también una obligación para con el prójimo; nuestro deber es brindar alegría. Podemos decir que sólo se hace bien lo que se hace con alegría. San Agustín nos dice que “*el que obra por obligación, aunque sea bueno lo que hace, no obra bien*”. “*El Sermón del Monte se abre con la solemne proclamación de la alegría de los pobres, de los pacientes, de los afligidos, de los que tienen hambre y sed de justicia, de los misericordiosos, de lo que tienen un corazón recto, de los que trabajan por la paz, de los que son perseguidos por practicar la justicia. ¡Todos ellos son profundamente felices! Por eso, una sencilla fidelidad a las bienaventuranzas cambiaría el rostro triste y agresivo de los hombres. Por eso, el mundo no puede ser transformado ni ofrecido a Dios, sino en el espíritu de las bienaventuranzas. En la medida en que vivamos a fondo las Bienaventuranzas evangélicas, seremos verdaderamente felices y haremos felices a los demás*” (Cardenal Pironio). Pablo VI decía que las Bienaventuranzas son el programa de Cristo para la felicidad del mundo.

Las Bienaventuranzas son la proclamación de la llegada del Reino y el programa para el establecimiento de ese Reino. En ellas encontramos el núcleo central del Evangelio. Son hechos duros, realidades inseparables de la Cruz; Jesucristo enseña la crucifixión propia: amar a los enemigos, vencer al mal con el bien, bendecir a los que nos maldicen, vivir en el mundo sin ser de él, crucificar al hombre viejo que vive dentro de nosotros. El día en que nuestro Señor enseñó las bienaventuranzas firmó su propia sentencia de muerte.

El Sermón del Monte no es una “información”, sino una “enseñanza”, es hacer conocer algo que uno no conocía, pero que, además, tiene que ser aplicado en la vida del discípulo. De manera que ser discípulo significa aprender del Maestro para traducirlo en su propia conducta, porque aquí lo que se enseña en una manera de vivir. No son teorías, sino una manera de vivir. Y esta “enseñanza” del evangelio tiene que ser vivida íntegramente; hay una peligrosa tendencia a mutilar el evangelio, reteniendo sólo determinados aspectos del mismo: a veces nos quedamos en un sentido puramente horizontalista, o caemos en un enajenante verticalismo, rompiendo la unidad básica entre los dos mandamientos fundamentales. La postura correcta se da cuando el creyente es fiel a Dios en el hombre, al Evangelio en la historia.

Jesús nos abre una posibilidad nueva que permite a los hambrientos salir de su hambre, a los oprimidos salir de su opresión y liberar a los pobres de su pobreza. Jesús sabe que la libertad y la felicidad humanas sólo son posibles cuando la ambición está eliminada, y por eso enseña que la riqueza corre siempre el peligro de convertirse en idolatría (cf. Mt 6,24), o de ir unida a la injusticia (cf. Lc 16,9), por eso eligió la pobreza a los honores y el poder. Al renunciar, o mejor, al compartir, ya no hay quien esté encima o debajo.

Jesucristo, al proclamar las Bienaventuranzas, propone una nueva escala de valores que es a la vez incomoda, porque rompe con todos los esquemas conocidos y que prevalecen en la vida y en las relaciones entre los hombres, por lo que también desconcierta y sigue desconcertando al hombre de todos los tiempos. Y todo cristiano está llamado a ser testigo de estos nuevos valores, de esta nueva forma de vida; y ser testigos no es hacer propaganda ni tratar de llamar la atención, sino vivir de tal manera que la vida sea inexplicable si Dios no existe. Pablo VI decía: “*El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan es porque dan testimonio. Y así es como la Iglesia evangelizará al mundo mediante un testimonio vivido en fidelidad al Señor Jesús: de pobreza, de desapego de los bienes materiales, de libertad frente a los poderes del mundo; en una palabra, de santidad*” (Evangelio Nuntiandi). Sabemos que el testimonio de los primeros cristianos estaba en la irradiación de su fe y en la fuerza del ejemplo de su vida, que provocaba la admiración y simpatía de todos (cf. Hch 2,42-47; 5,13-14).

Las Bienaventuranzas vienen a establecer como la “ley” fundamental del Reinado de Dios. Cuando la ley se corona con el mandamiento nuevo, se experimenta la verdad de las palabras de San Agustín: “*Ama y haz lo que quieras*”, porque quien ama de verdad sobrepasa siempre la medida de la ley, rebasando sus fronteras; el amor

lleva a cumplir generosamente los deseos de la persona amada, y no sólo sus mandatos. Nadie más libre en este mundo que el que abraza una cosa por amor, voluntariamente, porque quiere, y, a la vez, más comprometido. “*Con nadie tengan otra deuda que la del mutuo amor. Pues el que ama al prójimo ha cumplido la ley. En efecto, lo de: no adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás y todos los de demás preceptos, se resumen en esta fórmula: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo. El amor es, por tanto, la ley en plenitud*” (Rom 13,8-10; cf- Gál 5,14; 1Cor 13,4-7).

Y este es el Reino que Jesús viene a crear. No es un reino fuera del espacio y del tiempo, ni se trata de un ideal inalcanzable. El Reino empieza en el mismo momento en que alguien se hace solidario con sus hermanos; cuando alguien acepta las Bienaventuranzas empieza el Reinado de Dios, que ya está entre nosotros (cf. Lc 17,21), como una realidad operante; está a nuestra disposición. No está ligado a un lugar, a un territorio, sino a un orden nuevo de las cosas, una jerarquía de valores nueva, distinta, y ésta es la que nosotros estamos llamados a crear.

El Sermón del Monte, después de proclamar en la Bienaventuranzas las condiciones y el programa del establecimiento del Reino, nos hace ver las implicaciones y las consecuencias prácticas que de allí se derivan, pudiendo sintetizarlas de la siguiente manera:

- En este Reinado de Dios no se trata de buscar una salvación o una santificación individual, sino de asumir un compromiso en la construcción de este Reino: ser “sald e la tierra y luz del mundo”, infundir un sabor nuevo a la vida, darle un sentido nuevo y diferente, e iluminar con el propio testimonio el camino del hombre hacia el logro de su verdadera felicidad.
- Comprender que el verdadero cumplimiento de la ley, de la voluntad de Dios, no está en la observancia externa de ciertos preceptos o normas, sino en la respuesta amorosa al amor de Dios, que surge desde el interior, desde el corazón del hombre.
- Comprender que la justicia de que habla el Evangelio, y la que el cristiano está llamado a practicar, está muy por encima de lo que ordinariamente se considera como justo: al cristiano no le basta ser bueno, está llamado a ser justo, pero con esa justicia divina que se identifica con el amor de Dios. Y ese nuevo tipo de justicia se expresa en no conformarse con el simple mandamiento de “no matarás”, ir más allá del “no cometerás adulterio”, convertir el “no jurarás” en una actitud sincera y sencilla, no conformarse con “amar al prójimo”, sino que hay que amar a los enemigos y orar por los perseguidores.
- Saber que las acciones, aún las que parezcan más buenas, no tienen valor si no proceden de un corazón recto y sincero, pues es de ahí de donde puede brotar la verdadera limosna, la auténtica oración y el ayuno.
- Trabajar por la adquisición del verdadero tesoro, que no puede ser destruido ni robado, dando el justo valor al dinero y a los bienes materiales.
- Tener la sabiduría de vivir con intensidad cada momento y en descubrir la presencia y la Providencia de Dios, de donde surge la confianza en Dios y la eficacia de la oración.
- Asumir una actitud sincera en el conocimiento de sí mismo y, como consecuencia, de comprensión hacia los demás, no queriéndonos constituir en jueces, sino buscando para los demás todo lo que nosotros quisieramos para nosotros mismos.
- Ser conscientes de que el camino del seguimiento de Jesús, para entrar en su Reino, no es fácil, sino que hay que luchar constantemente, ir contra corriente de frente a los criterios y a los valores que prevalecen en nuestro mundo.
- Tener bien presente de que el mensaje del Evangelio no es cuestión de ideas, de doctrinas que hay que aprender, o de fórmulas que hay que recitar, sino de una forma de vida que hay que asumir: “*No todo el que me diga: Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial*” (Mt 7,21)

3. La esencia de la «Alegre Noticia», oscurecida aún entre los creyentes.

Sin embargo, el verdadero sentido del anuncio del Reinado de Dios que Jesús ha querido establecer, no siempre ha sido comprendido, ni por los que se llaman cristianos, ni, muchas veces, por quienes tienen la misión de anunciarlo. No han faltado teólogos (Karl Barth, por ejemplo) que han cuestionado seriamente si el cristianismo es una religión, o no más bien la abolición de la religión. La polémica de Jesús contra las instituciones de su tiempo, religiosas, políticas y sociales es bastante notable en los evangelios, y nos muestra que Jesús ha querido realizar un cambio radical, cambio que parte precisamente del concepto que se tiene de Dios y de la forma en que se busca establecer las relaciones con la divinidad.

La palabra “religión”, en el sentido objetivo, designa el conjunto de textos, ritos, organizaciones sociales y costumbres mediante las cuales la relación del hombre con Dios adquiere presencia, dimensión celebrativa e irradiación en la vida, en la sociedad y en la historia. En el sentido subjetivo, designa la relación concreta que el hombre vive con su Dios, el rostro que le atribuye, sean cuales fueren los ritos y textos que utilice.

El rito se considera como un medio apto para influir en Dios, para impulsarle a intervenir a favor del hombre, a que le otorgue el incremento de poder necesario muchas veces para llegar a realizar los propios deseos. Esa voluntad de servirse de Dios, de someterlo al juego del hombre, de embaukar al Poderoso, encubre la misma desconfianza, la misma irreconciliación entre el hombre y Dios.

Podemos decir que hay dos formas de religión: **la religión del temor**, que intenta arrancar de Dios un veredicto favorable, triunfando sobre su hostil exigencia mediante la ley y las obras, y **la religión de lo útil**, que, a base de ritos, se esfuerza por obtener de Dios una intervención concreta en los acontecimientos. Cuando las motivaciones profundas de la religión son el temor o la búsqueda de lo útil es válido lo que se dice, que la religión se pierde en la misma medida que el hombre se encuentra.

La religión del temor.

Lo que anima su relación con Dios es el temor, y es extremadamente importante que entre él y Dios se alce la fortaleza-Iglesia: institución sólida, inmutable e inamovible (que diga lo que hay que creer, lo que hay que hacer y, sobre todo, lo que no hay que hacer, los ritos que hay que celebrar, las oraciones que hay que decir), y para acabar de exorcizar el temor, común a todos los hombre en medio de su fragilidad, es preciso que esa Iglesia se alce con la intolerancia y el anatema, lo cual acaba dando la certeza de que es justo, de que no tiene nada que temer y de que la operación-supervivencia ante Dios es un éxito. Este tipo de religiosidad, no puede verse privado de esa fortaleza-Iglesia, pues provocaría una total desorientación y no se sabría cómo satisfacer las exigencias de un Dios implacable.

La reacción a la religión del temor está en la negativa del hombre a un Poder externo que aliena mediante la ley (lo que hay que hacer y no hacer para mantenerse en orden) y mediante el temor (lo que ocurre si no estás en orden). Ese Poder es tanto Dios mismo como el aparato religioso que administra ese ciclo de temor y mantiene en él al hombre: ley, pecado, culpabilidad, temor, rito compensatorio. La reacción se da en el querer abrir la vida a todos los valores humanos, a la aventura, a la experimentación, al futuro personal, a la duda, a la búsqueda, a la responsabilidad, a los datos reales de la vida, a la libertad. “O Dios existe, y el hombre no es nada; o existe el hombre...”: así formulaba Sartre el violento dilema en que la religión del temor sume inevitablemente a todo hombre que se hace consciente del valor fundamental: su existencia.

La religión de lo útil.

Heredero del “pagano” de Pablo, el religioso de lo útil tiene al rito en muy alta estima, porque le atribuye el poder de atraerse a Dios y obtener de él una ayuda útil: encontrar vivienda o trabajo, tener salud... Se percibe a Dios fundamentalmente desde el ángulo de lo útil. Esta religión funciona sobre la base de un contrato muy simple: el trueque, el intercambio, alimentado a veces por la creencia en el valor mágico del rito. Sus formas son también muy diversas.

Pero lo útil no se reduce sólo a lo físico o a lo económico: salud, trabajo, éxito. En nuestros días es también observable en unas dimensiones totalmente nuevas, reveladas por las ciencias sociales o psiquiátricas. El rito es necesario para que se constituya la personalidad social de una comunidad, para que los individuos puedan apropiarse el misterio angustioso de las grandes etapas de la vida: nacimiento, iniciación, matrimonio, muerte.

Evitar la neurosis, personal o colectiva, pertenece también a lo útil. Si lo que se pretende es su eficacia interna, psicológica, cualquier rito vale, con tal de que esté bien hecho, porque nos trata de imaginar un rito cargado de revelación divina y de respuesta del hombre creyente, es decir, de un sacramento de fe. Se busca una Iglesia estrictamente ritual: cuanto más se exprese el rito en signos extraños a nuestra cultura actual, en una lengua desconocida, cuanto más se comporte el sacerdote como un mago, como un personaje sacro, más evidente será que esa misteriosa acción debe tener también una eficacia misteriosa.

4. Las oscuras imágenes de Dios entre los creyentes.

Estas figuras-tipo que nosotros intentamos describir, en la realidad se encuentran de forma muy mezclada. Religión del temor y religión de lo útil no se excluyen mutuamente: se pueden mezclar ambas y se puede pasar de una a otra. Y es posible que religión y ateísmo tampoco se excluyan pura y simplemente, sino que se mezclen ciertos restos de práctica religiosa, pequeños residuos ⁵de crítica y de rechazo y hasta elementos de fe. ¡Un auténtico cocktail! En estos tiempos de crítica, de sospecha, de incertidumbre y de violencia verbal de una opiniones contra otras, el malcreyente es probablemente el tipo más difundido. Su característica principal es el desasosiego. Su actitud, la de nadar entre dos aguas. Aún sigue rezando, pero se limita a la oración “oficial”, a asistir a la misa dominical, porque no ha perdido el miedo al pecado mortal. Permanece en la Iglesia, pero justamente el mínimo necesario para no cortar los puentes, porque “... nunca se sabe”. Se considera “creyente”, pero se refiere con ello a restos de conocimiento transmitidos antaño y que tienen muy poco que ver con su existencia real. Puede hasta ser sacerdote, pero se limita simplemente a desempeñar una función y a emplear un lenguaje que él no vive personalmente.

5. El Dios del Temor sigue pesando más que el Dios amor.

No es difícil constatar que en nuestro ambiente, en general, prevalece la imagen del Dios del Temor, y que las prácticas religiosas, las diversas formas devocionales e inclusive la observancia de ciertas normas morales, sobre todo de carácter prohibitivo, tienen como su más fuerte fundamento el temor y la religión se considera más como un freno que como acontecimiento de liberación, capaz de llevar al hombre a un encuentro con Dios-Padre, de confianza filial.

Todo esto, indudablemente, tiene que hacer revisar profundamente nuestras prácticas pastorales, nuestra forma de anunciar el evangelio, especialmente en la predicación, para ver si nuestras palabras de verdad suscitan la alegría que el anuncio de una “Buena Noticia” tendría que producir en nuestros oyentes y, de manera especial, nuestra administración de los Sacramentos, para ver si son realmente “signos” que hagan presente el amor de Dios en la vida de los hombres, y no ritos hasta cierto punto mágicos, que hagan sentir la garantía de tener el favor de Dios o, hasta la protección de Él.

Desde luego, que todo esto supone estar sumamente atentos a todas las expresiones de la religiosidad popular, pues no es legítimo quitar a nadie lo que tiene, si no somos capaces de ofrecerle algo mejor.

6. El seguimiento de Jesús.

Toda opción cristiana se define como seguimiento de Jesús, a quien confesamos como el Cristo. Y aceptar el seguimiento de Jesús es optar por un cambio radical de vida que pasa de una situación a otra totalmente nueva. Jesús se presenta en el mundo rompiendo oda una estructura de valores, a todos los niveles (social, político,

⁵ Al respecto, resulta sumamente útil consultar el **Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia**, publicado por la Congregación para el culto divino y la disciplina de los Sacramentos, en septiembre de 2001.

económico, religioso). La radicalidad está en una experiencia religiosa nueva: la experiencia del don gratuito de la salvación. No es el hombre el que lo gana, tan sólo lo recibe por la fe. Es la experiencia de que Dios ha tomado la iniciativa en el amor, y, sólo recibiendo ese amor gratuito, el hombre puede corresponder con amor, que es la única fuerza capaz de eliminar el egoísmo que rige las estructuras humanas.

Dentro de todos los niveles, social, político, económico, religioso, el cristianismo es una novedad y una ruptura, novedad y ruptura que necesariamente crea choque y conflicto; afecta todos los intereses individualistas y cambia los valores que rigen la vida. Basta analizar con cierta seriedad el mensaje programático de Jesús, las Bienaventuranzas, y ver si para nosotros el contenido de ellas es en realidad un anuncio de felicidad, y un anuncio que de tal forma nos convence y atrae que queramos convertirnos en anunciantes y creadores de esta situación nueva que el evangelio define como “Reinado de Dios”.

En cuanto a la radicalidad del seguimiento de Jesús, el evangelio es bastante claro: no se puede condescender con la medianía o con la mediocridad; querer seguir a medias a Jesús es traicionar el mismo seguimiento. Tiene que haber en el discípulo una conciencia clara y una convicción firme de que en la opción que se hace por Jesús se ha encontrado el verdadero tesoro de que habla el evangelio, y que para conseguirlo vale la pena venderlo todo (cf. Mt 6,19-21), renunciar a todo: padre, madre, casa, hermanos... (cf. Mt 10,37-39; Lc 14,26-27; Mc 8,34.35; etc.), aceptar las consecuencias de la cruz, y, negándose a sí mismo, entregar la propia vida (Mt 16,24-28; Mc 10,38-39; Lc 14,27; Jn 12,25-26).

En el seguimiento de Jesús no cabe ningún interés individualista, por bueno que parezca, ni siquiera el de buscar la propia salvación (Mt 16,25). Todo individualismo es en su misma esencia anticristiano, a tal grado que podemos decir que quien se hace cristiano buscando encontrar ahí su salvación, definitivamente que ha equivocado el camino. Se es cristiano no para salvarse, sino para salvar. Ser cristiano es comprometerse con la creación del Reinado de Dios, aceptar ser “sal de la tierra y luz del mundo” (Mt 5,13-14).

El seguimiento de Jesús tiene que ser replanteado continuamente, porque no se puede basar en una aceptación pasiva, ni en una decisión pasada, sino en una puesta consciente y constante que, a medida que la experiencia de la vida crece, la actitud en el seguimiento tiene que madurar. Por lo mismo, los puntos fundamentales en el seguimiento de Jesús son:

- Firme actitud de fe
- Conciencia de la radicalidad del seguimiento y de las exigencias que lleva consigo
- Función profética, que implica el anuncio y la denuncia
- Seguir a Jesús no es imitarlo, sino hacerlo presente en la novedad de cada momento de la vida y de la historia
- Gozo y alegría por esta forma de vida

Nuestra opción de vida cristiana nos compromete a profundizar y renovar continuamente el evangelio, la figura misma de Jesús y el entusiasmo por la creación de su Reino, con la aceptación de todas sus exigencias y consecuencias.

7. La dimensión eclesial de la comunidad agustiniana.

Nuestra espiritualidad, basada en la misma experiencia de san Agustín, nos ofrece una riqueza inagotable que debe ser la fuente de inspiración constante en nuestra forma de vivir la vida religiosa y nuestra forma de servir a la Iglesia.

Vivir la interioridad, que nos hace experimentar la presencia de Dios en nuestras vidas y reconocer que Él lo es todo, ponerle en el primer lugar en nuestra escala de valores; elegirle por encima de cualquier otra opción y pretensión, y la conciencia de que esta experiencia de Dios debemos hacerla en comunidad, como dice Agustín: “*En esta caridad común me encuentro a gusto, porque en ella experimento a Dios*” (Ep. 73,10).

Es una exigencia para nosotros estar continuamente alimentando nuestra vida con la misma experiencia de Agustín, que se nos transmite a través de sus escritos. Comprender cuál fue su proyecto de vida monástica, cómo la entendió y cómo la vivió, si queremos ser agustinos al estilo de Agustín, buscando las raíces profundas de nuestro ser y de nuestro actuar y preguntándonos cuáles son las exigencias que se derivan de esta conciencia que tenemos de ser agustinos y dejar que sea ésta la que oriente nuestra vida y nuestra acción.

Hemos de tratar de comprender lo que llevó a Agustín por los caminos de esta opción de vida, que también nosotros hemos hecho; iluminar con esta experiencia nuestra propia vida y renovar nuestra entrega, abriéndonos al Espíritu que, siendo Él quien ha puesto en nosotros este propósito, sea también Él quien nos impulse con su fuerza a poder realizarlo. Que quite de nosotros todo temor y desconfianza, toda cobardía y pesimismo, y nos de un renovado entusiasmo para seguirlo y en él encontrar la realización de nuestras vidas, para el bien de la Iglesia y del mundo.

Nuestra vida agustiniana es la forma concreta de nuestro seguimiento de Jesús. Ésta ha de estar fundada en el ideal monástico vivido, querido y creado por san Agustín. Y la vida religiosa adquiere su verdadero valor y sentido dentro de una dimensión eclesial. San Agustín es un gran enamorado de la Iglesia, porque la comprende, a la luz de la teología paulina, como el Cuerpo de Cristo, la prolongación de la encarnación de Cristo en la historia.

Además, el mismo origen jurídico de nuestra Orden nos reclama esa conciencia eclesial: somos de la Iglesia, en la Iglesia y para la Iglesia. Por eso, no podemos ser ajenos a todas las voces del Espíritu que en estos años se levantan en la Iglesia reclamando una renovación de la vida religiosa y llamando a una “nueva evangelización”. El Concilio nos invitaba a sintonizar con las alegrías y esperanzas, sufrimientos y angustias de todos, nos insistía en que toda vida religiosa debe ser revisada y valorada desde su sentido profético: cualquier forma de vida religiosa que no ejerza una acción profética en el mundo no tiene sentido que siga existiendo. La vida religiosa, que el Concilio define como anuncio del Reino, tiene que ser más que vivida, sino también percibida, como presencia de la nueva forma de vida que encarna los valores del evangelio. Y en esto no podemos ignorar las diferentes voces que interpelan nuestro ser religioso, en nuestro lugar y tiempo concretos. Medellín, Puebla, Santo Domingo y nuestro Proyecto Hipona-Corazón Nuevo, son voces que no pueden pasar desapercibidas, ni dejar insensible nuestra vida religiosa y sus estructuras.

La insistencia más fuerte está en un mayor acercamiento al mundo de los pobres como expresión de la coherencia con el compromiso evangélico de la vida religiosa. Esto exige no sólo un cambio de estructuras, sino una actitud y una sensibilidad nueva, un abrirse y reconocer los valores del pueblo, dejarse interpelar, enseñar y evangelizar por el pueblo, al mismo tiempo que se le anuncia el Evangelio. Ante esta perspectiva, la vida religiosa tiene que tomar una mayor conciencia de su ser peregrina y desinstalada, itinerante, siempre en camino, lo que le exige un nuevo estilo de vida, sencillo y sobrio, flexible, gratuito, solidario, servicial, sin privilegios y sin poder; tiene que aprender a compartir con el pueblo la oración, la fe, la esperanza, el tiempo.

8. El desafío del título que a religiosos/sas y sacerdotes se nos otorga: “Padres-Madres”; “Hermanos (Frays) y Hermanas (Sores).⁶

Comprendiendo la importancia que la palabra “Padre” tiene en boca de Jesús, vale la pena considerar las repercusiones que en nuestra vida tiene el hecho de que gran facilidad recibamos de la mayoría de la gente ese título de “padre”. Un compromiso y una responsabilidad muy grande. Nuestro Padre San Agustín es plenamente consciente de esto, de sus dificultades y riesgos:

“Únicamente deberíamos sentirnos felices si realmente somos, según el juicio de Dios, lo que la gente piensa que nosotros somos, y si las cualidades que ellos rectamente aplauden en nosotros, no son atribuidas a

⁶ En este tema se pueden utilizar los sermones 339 y 355, lo mismo que las Cartas 21 y 22 de nuestro Padre San Agustín, en los que habla de los rasgos, riesgos y vicios del clericalismo.

nosotros mismos, sino a Dios, que es el dador de todas las cosas. Esto es lo que me digo a mí mismo todos los días, o más bien, eso es lo que Dios mismo me dice todos los días. Pero no siempre tengo éxito en arrojar de mí el placer que produce la lisonja” (Carta 22). Agustín prevé dos graves peligros: el no ser lo que la gente cree o espera que seamos, y el amor a las alabanzas, respecto a lo cuál él dice: “*¿Qué te diré ahora acerca de las contiendas y el dolo, cuando estos vicios son entre nosotros* (los clérigos) *más graves que entre el pueblo? La madre de todas estas enfermedades es la soberbia, la avidez de alabanzas humanas, de la que nace igualmente la hipocresía*” (Ibid.). “*Hay hombres que ambicionan el título de pastores sin estar dispuestos a cumplir las obligaciones que el oficio implica*” (Serm. 46)

Por lo mismo, resulta necesario revisar constantemente el sentido que nuestro ministerio, dentro de la Iglesia (comunidad de los creyentes) y al servicio de ella significa, y de donde proviene.

El sacerdocio cristiano.

Cuando hablamos del sacerdocio cristiano, nos enfrentamos inevitablemente a un problema serio, que hay que afrontar. Este problema se plantea desde el momento en que nos damos cuenta que, en el Nuevo Testamento, jamás se aplica la palabra “sacerdote” a los dirigentes de la comunidad cristiana, y esto no se trata de un olvido o una inadvertencia de los autores del Nuevo Testamento, sino que se trata de una cuestión premeditada, es decir, se trata de que los autores del Nuevo Testamento no han querido designar como “sacerdotes” a los dirigentes de la Iglesia. Por lo tanto, los ministros de la comunidad cristiana, según el Nuevo Testamento, no son sacerdotes.

Esta dificultad se acentúa más si tenemos en cuenta que Jesús, durante su vida terrena, tampoco fue considerado como sacerdote. Es más, durante la vida de Jesús se plantearon muchas cuestiones acerca de su persona: si era Elías, si era Jeremías, si era Juan Bautista o algún otro profeta (Mt 16,14). Jamás se planteó la cuestión de si era el sacerdote espetado. Jesús fue considerado en su vida como profeta, pero nunca como sacerdote. Es más, su muerte no fue un acto de culto ritual. En la mentalidad judía, el sacrificio religioso no consistía simplemente en el hecho de matar la víctima, sino en matarla según un determinado ritual (Dt 12,13-16). Pero Jesús no fue ejecutado según un ritual, sino que su muerte fue la ejecución de una condena a muerte por blasfemo (Mt 26,65-66). Por lo tanto, nada aparece, en la vida y muerte de Jesús, bajo el punto de vista scerdotal.

En todo el Nuevo Testamento un solo documento habla de Cristo sacerdote: la Carta a los Hebreos. En ella se repite insistenteamente que Cristo es nuestro sumo y gran sacerdote (Heb 4,14-15; 8,1; 9,11; 10,19-21); es más, Cristo es el único sacerdote de la nueva alianza y todo sacerdocio en la Iglesia emana del sacerdocio de Cristo. Ahora bien, ¿cómo es el sacerdocio de Cristo?

- Condiciones para acceder al sacerdocio: hacerse en todo semejante a sus hermanos. Cristo tuvo que asumir la condición humana totalmente y con todas sus consecuencias, especialmente en lo que se refiere al sufrimiento y a la muerte, lo cual quiere decir que Cristo no accedió al sacerdocio mediante las separaciones rituales que se practicaban a través de una serie de ritos santificantes, sino mediante su vida totalmente similar a la de sus hermanos los hombres. El significado profundo de este planteamiento está en que sólo puede ayudar a los que sufren el que comparte con ellos el sufrimiento.

El sacerdocio no se define aquí a partir de la dignidad, ni del poder, ni de la autoridad, sino de la capacidad para ayudar eficazmente a los que sufren, y no desde arriba, sino desde la solidaridad y el compartir. También hay que destacar que el sacerdocio no se define por los ritos religiosos, sino por la acción humana que comporta. Y esta acción humana es la solidaridad en el mismo sufrimiento que padece la gente. En definitiva, se trata de comprender que la condición indispensable, que exige el sacerdocio cristiano, es la igualdad y la solidaridad con los que sufren. Se trata de la gran intuición que han tenido y han puesto en práctica tantos sacerdotes, religiosos y obispos en América Latina. Inspirados en la teología de la liberación, han comprendido que el camino de Jesús fue la solidaridad con los pobres. Y en esto han visto la condición indispensable para acceder al ministerio sacerdotal.

- La finalidad del sacerdocio es infundir la confianza para poder acercarse al trono de la gracia, mostrar a un sacerdote (Cristo) que es capaz de compadecerse de nuestras debilidades. Es decir, la compasión del sacerdote es lo que da confianza a los hombres. Por lo tanto, la finalidad del sacerdocio es tener tal compasión hacia los débiles, que éstos se sientan seguros y se acerquen confiadamente a Dios. Por consiguiente, el sacerdote es el hombre que compadece y así da seguridad y confianza a los demás, sobre todo a los débiles. La finalidad del sacerdocio no se explica por su función religiosa o sagrada, sino por su dimensión más profundamente humana, por su capacidad de ofrecer seguridad, alegría y amor a los que se sienten sin fuerzas. Hablar del ministerio sacerdotal es hablar de solidaridad con los que sufren, los pobres y los oprimidos, para que salgan de su situación desesperada.

9. Para la reflexión personal y en grupo.

- a) Leer y reflexionar de manera personal y posteriormente comentar en grupo el texto de Mt 23,8-12
- b) Leer y comentar el sermón 46 de nuestro Padre San Agustín, tratando de identificar los riesgos que el ministerio pastoral implica en nuestra realidad concreta, a la luz del comentario que Agustín hace del capítulo 34 de Ezequiel.

Bibliografía:

- Boff, Leonardo, *Iglesia: carisma y poder. Ensayo de eclesiología militante*, Santander 1986, Sal Térrea.
 Duquoc, *Dios diferente*, Salamanca 1982, Ed. Sígueme.
 Jeremías, Joachim, *ABBA. El mensaje central del Nuevo Testamento*, Salamanca 1989, Ed. Sígueme.
 Lohfink, Gerhard, *El sermón de la montaña ¿para quién?*, Barcelona 1989, Herder.
 López-Melus, Francisco Ma., *Las Bienaventuranzas (ley fundamental de la vida cristiana)*, México 1983
 Mateos, Juan, *La Utipía de Jesús*, Córdoba 1990, Ediciones el Almendro.
 Mateos, Juan, *El Sermón del Monte*, México 1990, Biblia y Pueblo.

Tema 6.- COMO IGLESIA

Las lecciones de la historia

A lo largo de la historia, la presencia de la Iglesia en el mundo ha cambiado de acuerdo a las diversas circunstancias, en un proceso evolutivo que podríamos resumir así:

1. Iglesia naciente, **insignificante** en el mundo y pronto **perseguida** por el Imperio romano, sistema social imperante (s. I-III)
2. Iglesia progresivamente **identificada** con el sistema social, desde el Edicto de Milán (fin de las persecuciones y libertad religiosa) y mediante la cristianización del mundo, hasta culminar en la “cristiandad” medieval con todas sus ventajas y desventajas: Iglesia libre, en crecimiento y expansión, influyente en el ámbito socio-político, cada vez mas instalada... (s.IV-XIV)
3. Iglesia **enfrentada** con el mundo moderno, a pesar del florecimiento espiritual y el empeño misionero del s.XVI : acosada en casi todos los terrenos (por el humanismo renacentista primero, la revolución científico-técnica después, las ideologías ateas y la secularización más tarde), y por eso francamente a la defensiva (s.XV-XX)
4. Iglesia **en diálogo** con el mundo, en actitud de servicio y evangelización, con talante ecuménico e intentando el compromiso con la justicia social y la nueva evangelización (s. XX, especialmente a partir del C.Vaticano II, aunque algunos detecten en los últimos años una clara tendencia a la “involución”...)
5. Iglesia ante los **nuevos desafíos** de la postmodernidad (pluralismo y subjetivismo, crisis de cambio acelerado, mundialización y globalización, secularismo y creciente brecha entre “ricos” y “pobres”...), cada vez más desubicada socialmente, criticada de nuevo en diversos frentes (ciencias, escándalos sexuales...) y en camino hacia una situación de **minoría y diáspora**.

Como resultado del análisis de este largo peregrinar por la historia –caminando siempre “entre los problemas de este mundo y las consolaciones de Dios”, como dice San Agustín en *La ciudad de Dios*– es posible concluir que:

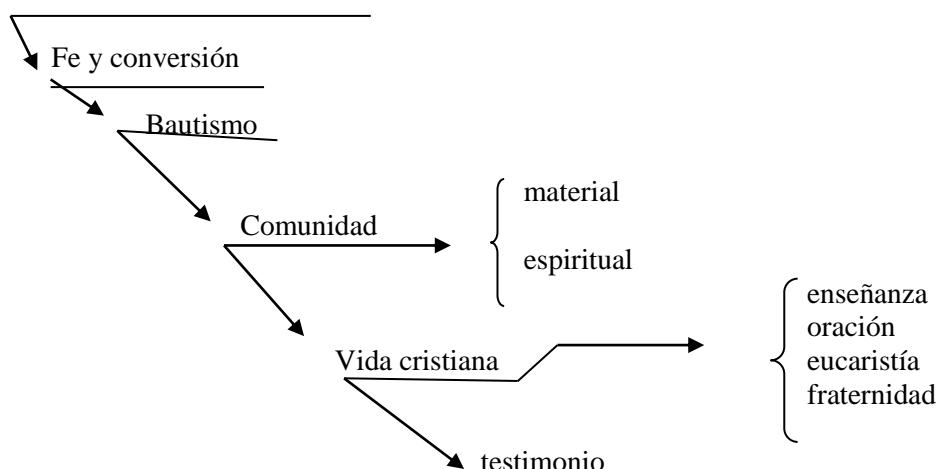
- La Iglesia ha intentado siempre, con la fuerza del Espíritu, cumplir su misión en el mundo, manteniendo su identidad esencial (estructura jerárquica y sacramental, continuadora de la obra salvífica de Jesucristo) a la vez que se adaptaba a las circunstancias históricas y afrontaba los problemas propios de cada época
- Es posible por eso distinguir diversos “*modelos*” de Iglesia, correspondientes a otras tantas formas de su realización histórica y caracterizados por distintos acentos, a veces contrapuestos: más sencillos o más estructurados, más cercanos al poder social o más alejados de él, más o menos comprometidos con la causa de los marginados, más centrados en el anuncio del Reino o en la propia realidad eclesiástica, más dialogantes o más cerrados, más caracterizados por el impulso evangelizador o por la sacramentalización, más abiertos al futuro o anclados en el pasado...
- La historia de la Iglesia presenta un conjunto de luces y sombras: Junto a momentos de extraordinaria fidelidad al Evangelio, creatividad y actitud profética (persecuciones y martirio, esfuerzo misionero, carismas que respondían a las más apremiantes necesidades de cada época, defensa de los derechos humanos, vitalidad pastoral...) es preciso reconocer otros en los que dominó la rutina, la instalación y la mediocridad, o se perdió la capacidad de leer los signos de los tiempos con la inevitable consecuencia de perder el tren de la historia (constantinismo y simonía medievales, resistencia a los aportes positivos del humanismo renacentista, incapacidad de inculturación en Asia, América y África, rechazo de las tesis modernistas relacionadas con la libertad de conciencia, emancipación de la mujer y del pluralismo religioso...).

Tres modelos básicos

No es este el momento, desde luego, de un análisis crítico de toda la historia de la Iglesia ni de una detenida discusión teológica sobre el debatido tema de los modelos de Iglesia... Tratamos sólo de aprender las lecciones de la historia para renovar nuestra *espiritualidad eclesial*: “somos servidores de la Iglesia” (Sobre el trab. de los monjes 29,37) y ser Iglesia es nuestro primer apostolado. Y queremos así, como hemos rezado tantas veces, “poder responder con fidelidad a lo que nos pide la Iglesia de nuestro tiempo: una nueva evangelización desde tu Palabra y desde nuestra espiritualidad agustiniana” Para ello parece imprescindible tener tres modelos básicos de referencia:

A. El modelo de la primitiva COMUNIDAD CRISTIANA de Jerusalén, *ideal normativo* de la vida de toda auténtica comunidad eclesial y *texto inspirador* de la espiritualidad agustiniana, según el esquema de Hechos 2, 41-47 y 4, 32-35:

Predicación de la Palabra



La Iglesia nace de la escucha de la **Palabra**, como **comunidad de fe** celebrada en los **sacramentos** y testimoniada en la **vida**, a partir de una **conversión** al Señor mantenida y expresada en las **cuatro dimensiones**

fundamentales de la vida cristiana y la comunidad eclesial: enseñanza de los apóstoles, catequesis, educación en la fe - oración como expresión de fe personal y comunitaria - eucaristía como centro de la vida comunitaria - fraternidad que comparte . No se ha “inventado” ni se puede inventar otra forma fundamental de ser Iglesia y de vivir la presencia cristiana en el mundo...

B. El modelo eclesial del VATICANO II :

En diversas ocasiones, Juan Pablo II ha considerado el Concilio Vaticano II como *el mayor don del Señor a la Iglesia contemporánea*. Una apreciación compartida por los mejores teólogos, historiadores y pastores de nuestro tiempo, que insisten en subrayar la importancia del acontecimiento histórico del Vaticano II, en el desafío aún pendiente de su plena puesta en práctica, y en el peligro de una involución que coloque de nuevo a la Iglesia en la situación y la mentalidad “preconciliar”. Afirmaciones que se fundamentan sin duda en las peculiares características del Concilio que convocara Juan XXIII:

- Es el primer Concilio que en la historia de la Iglesia se convoca para su propia *renovación*, mirando a su conversión y no a su defensa frente a las herejías o enemigos a condenar: un concilio no polémico y defensivo, sino eclesiológico y pastoral
- Desde la *vuelta a las fuentes*, realiza una verdadera revolución de la eclesiología. Presenta a la Iglesia como Pueblo de Dios y sacramento universal de salvación, subrayando su dimensión histórica y misionera (LG)
- Acepta el reto del *diálogo con el mundo* (“Del anatema al diálogo” se titulaba un conocido libro de la época conciliar...). La Iglesia no se concibe fuera o sobre el mundo, sino dentro de él y para él: quiere conocer y compartir sus angustias y esperanzas, para ofrecerle el servicio de la evangelización (GS)
- Alumbra una nueva *concepción teológico-pastoral*, centrada en la historia de la salvación, el teocentrismo en función de la teología trinitaria y la preocupación antropológica. Así quedan incorporados definitivamente temas como la Iglesia-sacramento, la colegialidad episcopal, los signos de los tiempos, la encarnación y el diálogo...

En relación con nuestro tema del **estilo de presencia en el mundo**, es imprescindible leer y analizar los números 40-45 de la *Gaudium et spes*, sobre la misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo:

- Con acento agustiniano, subraya el Concilio que la fe hace percibir la mútua compenetración entre la ciudad terrena (humanidad) y la eterna (Iglesia). La Iglesia vive y actúa en el mundo, sus *relaciones* deben ser de diálogo y mútua ayuda (40)
- La Iglesia ayuda al *ser humano* a descubrir el sentido de su vida, responder a sus anhelos más profundos, defender la dignidad de la persona humana y sus derechos fundamentales (41)
- Respetando la legítima autonomía de las instituciones humanas y valorando cuanto de verdadero, bueno y justo hay en ellas, la Iglesia quiere ayudar a la *sociedad* a crecer en el camino hacia la unidad, superando desavenencias entre grupos y naciones y dinamizando el proceso de una sana socialización civil y económica (*sentido positivo de la “globalización”!*) (42)
- En relación con la *actividad humana*, la Iglesia no acepta el descuido de las tareas temporales con la disculpa de esperar la vida eterna, ni tampoco el divorcio entre fe y vida. El Concilio exhorta al compromiso temporal con espíritu evangélico de los laicos, a quienes los pastores deben orientar y animar. Reconoce la legítima pluralidad de opciones temporales, anima al diálogo y al testimonio, reconociendo la necesidad de conversión de toda la Iglesia (43)
- La Iglesia reconoce la ayuda que recibe del mundo: cultura, filosofía, ayuda de expertos para leer los signos de los tiempos...hasta la opresión y la persecución (44)
- La Iglesia sólo desea servir al Reino en este mundo y hacer presente la salvación de Jesucristo, Señor de la vida y de la historia (45).

C. El modelo eclesial de SANTO DOMINGO

Una Iglesia convocada a la santidad, con comunidades eclesiales vivas y dinámicas, en la unidad el espíritu y con diversidad de ministerios y carismas, para anunciar el Reino a todos los pueblos es – en resumen y con palabras textuales – el modelo eclesial que nuestros Pastores consideran exigido hoy de cara a

la nueva evangelización, resumiendo la anterior reflexión latinoamericana sobre la Iglesia y subrayando la afirmación básica “sólo una Iglesia evangelizada es capaz de evangelizar” (SD 23).

a) La Santidad se define por el seguimiento de Jesús y la obediencia al Espíritu. Miembros santos de la iglesia “son los hombres y mujeres nuevos que América Latina y el Caribe necesitan”: los que han escuchado con corazón bueno y recto el llamado a la conversión y han renacido por el Espíritu Santo según la imagen perfecta de Dios, los que llaman a Dios “Padre” y expresan su amor a El en el reconocimiento de sus hermanos, los que son bienaventurados porque participan de la alegría del Reino, los que son libres con la libertad que da la verdad y solidarios con todos los hombres, especialmente con los que más sufren.

La santidad de la iglesia – convocada por la palabra y que encuentra en María su imagen más perfecta – va indisolublemente unida a su carácter profético y su vocación celebrativa. Urge por eso la proclamación del Misterio pascual de Jesucristo, la catequesis (bíblica, comunitaria e iluminadora de la historia), el necesario servicio de los teólogos, el testimonio de vida de todo el pueblo de Dios (“primera e insustituible forma de evangelización”). Y una celebración litúrgica evangelizadora, capaz de convocar, celebrar y enviar, que sostenga el compromiso con la promoción humana y sea pedagógicamente apta para penetrar las culturas.

La riqueza de la religiosidad popular, debidamente evangelizada, y el signo viviente de la vida contemplativa y los consejos evangélicos completan esta imagen de la Iglesia santa, llamada a responder hoy así a los desafíos pastorales de la nueva evangelización y consciente también de su necesidad de conversión en todas estas dimensiones.

b) La nueva evangelización sólo será posible desde *comunidades eclesiales vivas y dinámicas*, al estilo de los primeros cristianos de Jerusalén, en cuyo rostro se descubra la presencia del Señor resucitado, que hace a su Iglesia – por la vivencia de la comunión y de la participación – signo de la unión de todos los hombres entre sí y con Dios (LG 1).

Este rostro debe brillar en cada iglesia particular, llamada a vivir el dinamismo de la comunión y misión; en la parroquia entendida como comunidad o red de comunidades y movimientos, y bellamente descrita como “la Iglesia que se encuentra entre las caras de los hombres”; en las CEBs. Cuya validez e importancia para la vitalidad de la iglesia evangelizadora se ratifican; en la familia cristiana, “iglesia doméstica” y primera comunidad evangelizadora. No sólo la nueva evangelización, sino también la promoción humana y la inculturación de la fe, depende de la autenticidad de nuestras comunidades eclesiales, aún en lento proceso de gestación según el Documento.

c) Existimos y servimos, somos Iglesia *en la unidad del espíritu y con diversidad de ministerios y carismas*. Así la Iglesia actualiza hoy el único ministerio salvífico de Cristo a través de los *ministerios ordenados, la vida consagrada y los fieles laicos* presentes en la Iglesia y en el mundo.

Santo Domingo se detiene aquí a analizar el sentido y las exigencias de la realidad de una iglesia rica en ministerios. La *“pastoral vocacional”* inserta en la pastoral orgánica de la diócesis, en estrecha vinculación con la pastoral familiar y la juvenil”, es entonces una prioridad para que existan agentes numerosos y cualificados de la nueva evangelización. De su cuidad formación inicial en los Seminarios y de una formación permanente entendida como camino de conversión y fidelidad, nacerá para nuestra Iglesia la posibilidad de contar con buenos pastores . obispos, presbíteros y diáconos – que sean testimonio de santidad y presencia humilde y cercana del Buen Pastor en medio de su pueblo.

La *vida consagrada* – que no pertenece a la jerarquía de la Iglesia, pero sí a su vida íntima y su santidad – es esencialmente evangelizadora por su testimonio, tantas veces heroico, de los consejos evangélicos y el seguimiento radical de Cristo. Santo Domingo reconoce el papel primordial de los religiosos en la evangelización del Continente y les recuerda con palabras del Papa los retos que hoy les plantea la nueva evangelización: seguir en la vanguardia evangelizadora a partir de una profunda experiencia de Dios; mantener la fidelidad al propio carisma y la comunión con los obispos, presbíteros y laicos, responder con especial generosidad a la evangelización de las culturas y la evangelización más allá de nuestras fronteras.

Es preciso destacar el protagonismo de los *fieles laicos* en la nueva evangelización. Ellos, en efecto, constituyen la mayoría del pueblo de Dios y su compromiso en la Iglesia y el mundo es hoy un verdadero signo de los tiempos. Su formación y participación activa en la Iglesia, así como el impulso de su presencia testimonial en el mundo – sobre todo -, son para Santo Domingo otra línea pastoral prioritaria de vital

importancia. Aunque, en la práctica, “la persistencia de cierta mentalidad clerical en numerosos agentes de pastoral, cléricos e incluso laicos (cfr. DP 784); la dedicación de núcleos laicos de manera preferente a tareas intra-eclesiales, y una deficiencia formación les privan de dar respuestas eficaces a los desafíos actuales de la sociedad” y la nueva evangelización. Errores que deben ser superados, a la vez que se promueven los consejos de laicos y los ministerios conferidos a los mismos. Especial insistencia presenta el documento en cuatro puntos relacionados con la promoción, formación y actividad pastoral del laico:

- Su compromiso en el campo de las realidades temporales (familia, cultura, economía, política, educación, medios de comunicación social...) y no sólo en las funciones intra-eclesiales.
- El acompañamiento de asociaciones y movimientos laicales, para evitar su encerramiento en sí mismos, la desconexión con la pastoral de conjunto y la falta de inculturación en el contexto latinoamericano.
- El reconocimiento del papel evangelizador de la mujer (esposa, madre, religiosa, trabajadora, campesina, profesional...) y la lucha contra su frecuente irrespeto y marginación: “urge contar con el liderazgo femenino y promover la presencia de la mujer en la organización y animación de la nueva evangelización” (DSD 109).
- La necesidad de reafirmar la opción preferencial por los jóvenes, asumir la cultura juvenil y abrir para ellos espacios de participación en la Iglesia y su tarea evangelizadora, con una adecuada pastoral juvenil.

d) La Iglesia existe para evangelizar, *para anunciar el Reino a todos los hombres*. La nueva evangelización supone despertar un nuevo fervor misionero que se proyecte a la misión “ad gentes”, que vivifique la fe de los bautizados alejados, que reúna a todos los hermanos en Cristo, que dialogue con las religiones no-cristianas, que afronta el avance de las sectas fundamentalistas y los nuevos movimientos religiosos libres, que convoque a los sin Dios y a los indiferentes. Ante tales retos y tan amplia misión, la Iglesia no debe quedarse tranquila con quienes ya la aceptan, está llamada a autoevaluar toda su acción pastoral, analizar las causas de sus fallas y cambiar de actitud. En este sentido se señalan numerosas líneas pastorales –de desigual importancia y valor, pero interpeladores de las praxis eclesial – en esta última parte del capítulo dedicado a la nueva evangelización.

Conclusión

Con cierta frecuencia se dice que nuestros ejercicios espirituales pueden quedarse en simples conferencias más académicas que prácticas...Depende sin duda de la forma de exponer un material necesariamente teórico. Pero depende, sobre todo, *de la forma de recibirla y meditarlo...*

Más que una reducirse a una clase de eclesiología, esta reflexión debe estimularnos e interpelarnos! Por ejemplo, deberíamos preguntarnos muy seriamente sobre:

- La sinceridad y profundidad de nuestra espiritualidad eclesial : ¿somos realmente signo de íntima unión con Dios y fermento de unidad en el género humano? (ver Constituciones, Borrador de la nueva revisión, n.23)
- La validez de nuestro modelo eclesial, de acuerdo a la renovación del Vaticano II, la eclesiología de América Latina y los signos de los tiempos
- Nuestra actitud ante el mundo, la cultura actual y los laicos
- Nuestro compromiso con los marginados y en defensa de la dignidad y los derechos humanos
- Nuestra inserción en la Iglesia local y nuestro conocimiento y vivencia de la eclesiología agustiniana

Seguramente encontraremos base más que suficiente para la reflexión, la oración y la *conversión*...si somos sinceros y no intelectualizamos el tema

PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿Qué modelo de Iglesia está presente en nuestra forma de vivir la vida religiosa y de realizar la acción pastoral?
2. ¿Cómo entendemos la presencia y participación activa del laico en la Iglesia?
3. ¿En qué aspectos concretos –señalar dos o tres- tendríamos que reconocer que estamos anticuados o desorientados y no somos capaces de encarnar una presencia auténtica de la Iglesia en el mundo de hoy?
4. ¿Qué conclusiones podemos sacar desde la realidad de nuestra circunscripción para la *Etapa operativa* del Proyecto de renovación y revitalización de la Orden en América latina?

Tema 7.- COMO RELIGIOSOS AGUSTINOS

INTRODUCCION

“La interpretación no siempre acertada de la inserción de los religiosos en la Iglesia local, ha llevado a sacrificar el carisma por el apostolado y nuestra presencia como agustinos se ha diluido en el contexto diocesano”. (CGI, 98, Nº 15)

Estas palabras contundentes del Capítulo General Intermedio de 1998 están señalando un problema: el ejercicio del apostolado sin identidad carismática religiosa, en nuestro caso agustiniana. El dilema *carisma o apostolado* ya debe estar superado en todos los ámbitos agustinianos. Después de tantos documentos postconciliares así de la Curia General como de los Capítulos, de la Santa Sede y como resultado de innumerables congresos, está claro que el apostolado entendido como servicio a la Iglesia, forma parte del carisma agustiniano tanto en razón a su raíz agustina del siglo IV, como en razón a su raíz mendicante del siglo XIII. También está claro, gracias a los mismos documentos, que la vida común y la vida de comunidad son apostolados en sí mismas puesto que aportan a la Iglesia y al mundo valores evangélicos que contribuyen a la realización del Reino. Si esto es claro para los agustinos, la atención de nuestra presente meditación debe centrarse en la **conciencia y creatividad necesarias para infundir y transmitir** en nuestros apostolados y diversos tipos de presencia los valores típicamente carismáticos de nuestra identidad agustiniana, con el fin de que nuestra acción no sea indiferenciada, sin nombre ni apellido y se confunda con la que puede hacer cualquier clérigo u otro religioso de cualquier comunidad. En otras palabras, estamos apostando por unos contenidos y por un estilo particulares, propios, identificativos y cualificativos del ser agustinos.

Gracias a Dios, después de muchos esfuerzos y copiosa documentación, los agustinos hemos llegado, como un logro especial, a tener un grado de claridad bastante grande y más o menos común sobre algunas *notas esenciales* de nuestro carisma y, por ende, de nuestro específico aporte al mundo en que vivimos. En muchos ambientes agustinos se habla de *la comunidad, la interioridad, el servicio a la Iglesia, la libertad bajo la gracia, la búsqueda de Dios y la comunión de bienes*, entre otras realidades de claro matiz agustiniano, que imprimen un estilo particular y que son portadoras de un mensaje válido, alternativo y de gran actualidad.

Nuestra presencia en el mundo debe llevar esta impronta, y dado que estamos en la etapa operativa de nuestro Proyecto de Revitalización, llegó el momento de la fidelidad creativa: fidelidad a las notas esenciales de nuestro carisma para no diluirnos en el contexto diocesano de la Iglesia local, y creatividad (añadiría yo y *sacrificio*) para impregnar con nuevas metodologías eficaces y frescas los valores de nuestro carisma. El sacrificio y la abnegación son inherentes a toda experiencia nueva. Es más fácil hacer lo mismo de siempre y de la misma forma que incomodarse buscando y proponiendo, creando y lanzándose al riesgo. No obstante este es el desafío.

Creo que necesitamos de unos expertos en pastoral y, al mismo tiempo, conocedores de la espiritualidad y del carisma agustiniano para la parte operativa apostólica de nuestra identidad agustina. Mientras los hallamos y se inicia el discernimiento, meditemos sobre algunos puntos de nuestra espiritualidad que son un aporte válido para el mundo de hoy y en la mística que debe acompañar el acto de compartir lo nuestro o de hacer que nuestra presencia sea significativa.

Tendremos en cuenta en esta meditación dos puntos: la interioridad frente a la dispersión y la comunidad frente al individualismo, por su vigorosa actualidad.

1. *La interioridad frente a la dispersión*

El Santo Padre Juan Pablo II, en su discurso al Capítulo General Ordinario pasado, nos hacía un apelo a los agustinos del mundo entero con estas palabras: “Vosotros, queridos Padres Agustinos, sed los ‘pedagogos de la interioridad’ al servicio de los hombres del tercer milenio a la búsqueda de Jesucristo” (Juan Pablo II, Discurso al CGO 2001, Nº 3).

Agentes: Los agustinos
Misión : ‘Pedagogos de la interioridad’
Destinatarios: Hombres del tercer milenio

Poca cosa podría ser para los agustinos esta misión si no fuera sencillamente porque el mensaje de la interioridad es la propuesta y alternativa única de personalización, de recuperación de los valores, de encuentro consigo mismo, de desalienación, de trascendencia y, por lo tanto, de encuentro con el Dios verdadero, ante la disolución del hombre en el consumismo, la alienación, la pérdida de identidad, el inmanentismo intrahistórico y la pérdida de sentido que campean en el mundo de hoy.

En el proceso de la interioridad la experiencia de san Agustín vuelve a ser maestra. Veámosla, como él mismo lo quiere en las Confesiones, a partir de la parábola del Hijo Pródigo.

En la parábola se perciben claramente tres movimientos:

1. Alejamiento y dispersión: “El hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino” (Lc. 15, 13)
2. Vuelta a sí mismo: “...Y entrando en sí mismo, dijo: ‘¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me mueredo de hambre!’ (Lc. 15, 17)
3. Retorno al padre: “...Me levantaré, iré a mi padre y le diré: ‘Padre, pequé contra el cielo y ante tí’ (Lc. 15, 18)

Estos mismos movimientos se presentan en el itinerario de Agustín hacia el Padre Dios, fuente de todo bien y de la felicidad verdadera:

1. Alejamiento-dispersión (HACIA FUERA)

“Yo me alejé de ti y anduve errante, Dios mío, muy fuera del camino de tu estabilidad allá en mi adolescencia y llegué a ser para mí región de esterilidad” (Conf. 2,10,18)

Además de convertirse en región de esterilidad por estar lejos de Dios, se presenta un dispersión del sujeto en las criaturas, pérdida de identidad y alienación:

“Yo fijaba mi atención en las cosas que ocupan lugar, por lo que no hallaba en ellas lugar de descanso ni me acogían de modo que pudiera decir: ‘¡Basta, esta bien!’, ni me dejaban volver a donde me hallaba suficientemente bien. Porque yo era superior a estas cosas, aunque inferior a tí;..... estas cosas débiles se pusieron también sobre mí y me oprimían y no me dejaban un momento de descanso ni de respiración” (Conf. 7,7,11)

2. Vuelta a sí (HACIA DENTRO)

“...Y amonestado de aquí a volver a mí mismo, entré en mi interior guiado por tí; y púdello hacer porque tú te hiciste mi ayuda... y advertí que me hallaba lejos de tí en la región de la desemejanza” (Conf. 7,10,16)

Como este son muchos los textos de las Confesiones en que san Agustín hace énfasis en este segundo movimiento de su experiencia espiritual y de su búsqueda de Dios.

3. Encuentro con el Padre - trascendencia - (HACIA ARRIBA)

La búsqueda de Dios exige la interioridad como un paso previo y necesario. Solo cuando el hombre entre en sí mismo puede hallar la imagen de Dios que mora en él. Por eso, retornar a sí mismo es trascenderse a sí mismo para no centrarse en sí sino en él, en Dios. Comentando la parábola del Hijo Pródigo, nos dice Agustín:

“¿Qué dijo al volver en sí para no permanecer en sí? Me levantaré e iré a mi padre. He aquí que el haber caído fuera de sí equivalía a haber caído fuera de su padre; había caído fuera de sí; de sí mismo había salido hacia las cosas que están fuera. Vuelto a sí se dirige hacia el padre, donde encuentra refugio segurísimo. Si, pues, había salido de sí y de aquel que le había dado el ser, al volver a sí para ir al padre, niéguese a sí mismo” (Serm. 96,2)

Una mirada rápida al mundo de hoy nos permite identificar entre muchas propuestas antropológicas, una tendiente a hacer del hombre un objeto más entre muchos objetos, un hombre dependiente, alienado y sumido en el consumismo; disperso en medio de las criaturas, pero vacío, insatisfecho, con hombre y sed de eternidad. Ante esta realidad, la experiencia de san Agustín tiene mucho que decir al hombre de hoy, y su propuesta adquiere toda validez.

El desafío para los agustinos del tercer milenio es ser hombres de profunda vida interior; tal vez es aquello mismo de Karl Ranher, para quien el hombre del tercer milenio es hombre espiritual o no es hombre. El segundo desafío, no menos exigente, es el planteado por el Papa a los agustinos: “*sed los pedagogos de la interioridad*”, pedagogos para el hombre de hoy, hombre disperso en la multitud de las criaturas, medigando felicidad a trozos, pero, al mismo tiempo, sediento de eternidad, de Dios, de trascendencia. ¿Cómo llevar a este hombre de fuera hacia dentro y de dentro hacia arriba? ¿Cómo hacer de nuestros centros apostólicos, parroquias, colegios, misiones, centros de búsqueda y caminos de interioridad? ¿No será este el momento de cerrar algunos apostolados poco coherentes con nuestra espiritualidad y abrir casas de dirección espiritual, de búsqueda de Dios mediante el silencio y la experiencia de fraternidad.

La respuesta la tiene cada circunscripción en sus respuestas a la etapa operativa del Proyecto de Revitalización. Más aún, cada agustino con nombre y apellido propio, tal vez cansado de peregrinar fuera de centro que nos unifica y que unifica, del Centro que da sentido.

Oración para concluir:

“Peregrino y enfermo, vuelvo a Ti, Dios mío, cansado de peregrinar fuera de Ti, y agobiado por el grave peso de mis males. Lo he visto; lo he experimentado: lejos de ti no hay abrigo, ni hartura, ni descanso, ni bien alguno que sacie los deseos del alma que creaste.

Heme, pues, aquí, desnudo y hambriento y miserable, ¡Oh Dios de mi salud!

Abreme las deseadas puertas de tu casa; perdóname; recíbeme; sáname de todas mis enfermedades; úngeme con el óleo de tu gracia, y dame el ósculo de paz que prometiste al pecador contrito y humillado”.

2. *La comunidad frente al individualismo*

Uno de los signos de la época presente es el creciente auge del individualismo. El sujeto pretende ser la medida de todas las cosas, imponer su proyecto personal como algo necesario. Mientras yo esté bien, mientras yo esté contento, mientras yo esté realizado, no importan los demás. *Las propuestas colectivas y comunitarias, son reemplazadas por el bienestar del individuo y cuentan en la medida en que cada sujeto puede garantizar, en primer lugar sus propios beneficios.* (Cfr. Madera, I., Signos del presente y vida religiosa en América Latina)

Es muy diciente constatar que Agustín, además de no vivir solo nunca, como lo señalan muchos autores, cuando asume el proyecto de una vida cristiana en la Iglesia católica, lo hace en comunidad. Las reflexiones en torno a la vida llevada en Casiciaco y en Tagaste así nos lo muestran. Tal vez se puede afirmar que la manera más excelente que descubrió para adelantar en su nuevo estilo de vida (*siervo de Dios*) fue viviendo en comunidad: “*Juntos estábamos, y juntos, pensando vivir en santa concordia, buscábamos el lugar más a propósito para servirte, y juntos regresábamos al Africa*” (Conf. IX,8,17) Los elementos que señala Agustín en este texto son fundamentales: *concordia, comunidad, y servicio de Dios*.

Las exigencias de la vida común, la vida de comunidad, la integración entre individuo y comunidad, la tensión entre comunidad y apostolado, la comunidad como elemento carismático agustiniano y otros temas afines han sido ampliamente desarrollados por varios agustinos después del Concilio Vaticano II y su invitación a la vuelta

a las fuentes. Como se dijo antes, sobre estas materias se ha logrado claridad y acuerdo en los ámbitos del mundo agustiniano. Por eso hagamos objeto de nuestra meditación dos puntos presentados por Domingo Natal en su artículo: La Comunidad agustiniana en la práctica, publicado en *Elementos de una formación agustiniana*, Roma, 2001, los cuales pueden iluminar nuestra vivencia comunitaria, a la cual otorgamos todo su valor y actualidad no obstante lo mal librada que sale cuando la ponemos a competir con otros intereses.

1. Las edades de la comunidad y la comunidad por edades

La comunidad religiosa ha tenido diversos acentos y expresiones a lo largo de su historia. Aquí se pueden intercalar las edades de la historia y los modelos y edades de la vida de comunidad.

- *Edad Antigua*: En los primeros tiempos del cristianismo se presenta una comunidad carismática ideal. Todos viven para todos y comparten su fe, bienes, formación y seguimiento de Jesús. Se trata de la comunidad de los Hechos 2, 44-47. Es la edad de oro de la vida de comunidad; a veces aparece como carente de problemas. No obstante eso sería falsearla puesto que después de describir el ideal, el mismo escrito sagrado señala faltas contra la comunión de bienes.

En el ámbito agustino este modelo podría identificarse con la experiencia de Casiciaco y Tagaste. No obstante, la sinceridad y el realismo de Agustín nos hace ver que aún en el puerto las barcas pueden chocar unas con otras.

- *Edad Media*: En la Edad Media predomina la estructura sobre el carisma. La vida de las comunidades en los conventos y monasterios está perfectamente regulada; las celebraciones comunes unifican el día y las personas. El ideal existe pero está muy alto, lo concreto es la vida regular, cotidiana y rutinaria. En este momento del proceso histórico, que puede convertirse en modelo de vida común religiosa, la estructura se impone a la persona y ésta puede estancarse y no crecer.

- *Edad Moderna*: La modernidad es actividad. No en vano es la Edad Moderna la que ha dado a la luz gran número de comunidades apostólicas y misioneras. La misión se impone a la comunidad y a la persona. Parece que lo que más cuenta es la misión, la obra. Este modelo puede ahogar la interioridad y quemar a la persona por el activismo. Señala nuestro autor que ha sido una comunidad frecuente en el postconcilio.

- *Edad Contemporánea*: La comunidad de esta época intenta integrar todas las dimensiones fundamentales de la vida religiosa. Se valora lo humano, el cultivo de la oración, la vida interior, la convivencia, la amistad y la misión. Se trata de una comunidad integrada e integradora.

Además de que la vida de comunidad tenga sus edades, es importante señalar cómo la misma vida de comunidad adquiere matizadas diversos según la edad de quien vive en comunidad. Para el religioso joven la vida de comunidad conserva todo su idealismo, es como un mito que lo invade todo; la persona de edad madura tiende al individualismo y a refugiarse en su trabajo; el religioso mayor puede tener la tentación de aislarlo y mirar sólo al pasado.

Con estas realidades tenemos que contar a la hora de anotarnos y perseverar en un proyecto de vida común que abarca muchas dimensiones de la persona humana, en nuestro caso. La clave siempre consistirá en construir una comunidad auténtica a partir del dato de nuestra humanidad, y no de un estado angelical.

2. El crecimiento moral y personal y su aplicación a la comunidad

Kohlberg y Loevinger han descrito etapas del crecimiento moral y personal, las cuales se pueden adaptar al crecimiento en nuestra vida de comunidad:

- *La comunidad elemental*: Se trata de la vivencia comunitaria en la que se actúa por temor y placer. Temor al castigo y placer o satisfacción propia. La persona actúa por temor y miedo o por simple placer.

- *La comunidad de cumplimiento:* En este grado de comunidad se mantiene la ley y el orden, porque así está establecido, pero se carece de espíritu. Se respetan los referentes comunes, los preceptos y mínimos normativos que libremente se han aceptado por todos, pero faltan la interioridad y el amor.

- *La comunidad de imagen:* En este grado la persona actúa como se espera de ella y ésta tiende a mantener su imagen. El comportamiento está en función de la imagen. Cuando la imagen sufre alteraciones se recurre a la rebeldía. La persona carece de verdadera interioridad y de convicciones propias.

- *La comunidad interiorizada:* En este grado se da un paso que supera lo puramente convencional. Hay un respeto a las normas y a los referentes comunes pero no por miedo o temor sino como expresión de un ideal que es patrimonio común de tradiciones vividas con amor. Se trata de una experiencia común que tiene mística y valores propios. Se impone la responsabilidad por las convicciones propias y los valores objetivos.

- *La comunidad integral e integradora:* En ella la persona crece con generosidad y gratuidad, con desprendimiento y compromiso, sencillez y profundidad. La mística comunitaria se hace oración concreta, comunidad y apostolado. Libertad personal y acción común se complementan; autonomía e institución se enriquecen. Este modelo crea personas libres y liberadoras, alegres y plenificadas.

Tanto las edades de la comunidad como los grados de crecimiento en la vida de comunidad pueden iluminar nuestra vida concreta y ayudarnos en una confrontación sincera. La vida común exigirá siempre un proceso que Hugo de San Víctor llama '*desprivatización*', como único camino para alcanzar el *modo de ser comunitario*. Este modo de ser conlleva, como en Jesús, un anonadamiento, un desprendimiento. Nacimos y crecimos en un modo de ser individualista que ha llegado hasta la médula de cada uno; sin abnegación (morir al modelo de hombre anterior) y sacrificio (cuota que a veces duele) es imposible identificarse con el nuevo modelo de ser hombre: el hombre comunitario o el hombre de comunidad. También en este proceso de identificación el modelo acabado es Jesús de Nazaret, *en todo semejante a nosotros, menos en el pecado*. Por eso, volver a Jesús, fundamento de la vida religiosa, es clave espiritual en el proceso de hacer de nuestras comunidades verdaderos lugares de comunión en Aquel que nos ha convocado. Sin duda alguna la propuesta de comunidad es de lo que más atrae en muchos lugares a los jóvenes que se acercan a nosotros.

¿Cómo la experiencia de Agustín ilumina mi propia experiencia de vida común? ¿La comunidad a la que pertenezco se encuentra en una de las edades señaladas? ¿En qué modelo de crecimiento me sitúo como religioso de comunidad? ¿Nuestros apostolados locales y provinciales promueven efectivamente una espiritualidad y unos mecanismos de comunidad?

Oración para concluir:

“Señor, cumple en nosotros lo que prometiste. Lleva a feliz término lo que comenzaste. Cuida de los dones que nos diste y acrece en tu campo la simiente que plantaste.

Señor, que en la diversidad de opiniones tu verdad haga nacer la concordia. Que tu comprensión nos acompañe para que, al usar de la ley, lo hagamos legítimamente, es decir, por pura caridad” (In Joan. 40,10; Conf. 12,30)

Nota: Como documento para la reflexión personal después de esta meditación se puede entregar el mensaje del Prior General Teodoro V. Tack a toda la Orden, publicado en *Libres bajo la gracia*, Roma 1979, págs. 190-203.

Tema 8.- EN COMUNIÓN CON LOS LAICOS

EN COMUNIÓN CON LOS LAICOS

BREVE APUNTE TELÓGICO-PASTORAL

A la hora del laicado no se ha llegado por el movimiento normal de las agujas del reloj. Dicho de otro modo, las necesidades prácticas han precipitado la reflexión teórica. Si hoy se habla con insistencia de la vocación laical y se subraya que todos los bautizados son miembros activos y responsables en la Iglesia, obedece, en parte, a la estadística de vocaciones religiosas y sacerdotales. Reconocer que las razones de necesidad han ido por delante de las razones teológicas no significa, sin embargo, que hablar del laicado sea una ficción oportunista.

El Vaticano II – aunque de carácter pastoral – alumbró una concepción de la Iglesia centrada sobre la comunión (*Christifideles laici*, 19) y de aquí nace la nueva sensibilidad en torno al laicado. Como advertía el P. Congar – en un libro todavía clásico – la teología del laicado exige en realidad una eclesiología total (Cf. *Jalones para una teología del laicado*, Ed. Estela, Barcelona 1963, p. 13). No existe un tratado sobre los laicos, sobre la jerarquía o sobre los religiosos, independiente del tratado sobre la Iglesia. Por eso, “dime cómo concibes la Iglesia y te diré cuál es tu imagen del laicado”. Lo que el propio P. Congar llama con un término poco usual la “*laicología*”, exige revisar el concepto de Iglesia de un extremo a otro. ”*Una teología completa del laicado, sería una eclesiología total; sería igualmente una antropología e incluso una teología de la creación en su camino hacia la Cristología...*” (Op. cit. pp.14-15).

Decir que la Iglesia es comunión de los fieles, significa que todos los cristianos poseemos una auténtica igualdad “en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo” (Lumen Gentium, 32). Esta dignidad común ha encontrado una formulación clásica en ese hermoso texto de san Agustín que recoge la Lumen Gentium (n.32): “*Si me asusta lo que soy para vosotros, también me consuela lo que soy con vosotros. Para vosotros soy obispo, con vosotros soy cristiano. Aquel nombre expresa un deber, éste una gracia; aquél indica un peligro, éste la salvación*” (Sermón 340,1).

El mismo P. Congar pronosticaba hace ya casi cincuenta años: “*si la Iglesia se abre osadamente a la acción de los laicos, conoceremos una primavera insospechable*” (Op. cit. p.17). Estas palabras proféticas del teólogo dominico se han ido haciendo realidad, no siempre al ritmo deseado, desde luego, y hoy la comunión entre religiosos y laicos se configura “*como una comunión orgánica, análoga a la de un cuerpo vivo y operante. En efecto, está caracterizada por la simultánea presencia de la diversidad y de la complementariedad de las vocaciones y condiciones de vida, de los ministerios, de los carismas y de las responsabilidades. Gracias a esta diversidad y complementariedad, cada fiel laico se encuentra en relación con todo el cuerpo y le ofrece su propia aportación*Christifideles laici, nº 20). La dialéctica diversidad-complementariedad es sintonía obligada para entender que en la Iglesia-comunión todos los estados de vida están relacionados entre sí con su original e inconfundible fisonomía (Cf. *Christifideles laici*, nº 55).

Por otra parte, los teólogos e historiadores han recordado la participación activa de los laicos en la vida de la Iglesia durante los primeros siglos. Intervenían en la elección de sus ministros, participaban en la liturgia y en la gestión de los asuntos materiales... Responsabilidad y participación que fue recortándose por una progresiva *clericalización* de la Iglesia y por una concepción piramidal de la Iglesia con una amplia base integrada por los laicos y una jerarquía ocupando el vértice. Por estos caminos se llegó a un laicado pasivo, fiel a su manera, muy consciente de ocupar una segunda fila y de vivir permanentemente en actitud de dependencia respecto de la jerarquía.

SOMBRAZOS SOBRE EL LAICADO

No se puede ignorar que un alto número de laicos vive al margen de su vocación bautismal y alejado de todo compromiso activo en la Iglesia. Su fe está unida a la práctica de los sacramentos sociales – bautismo, primera comunión, matrimonio... – y viven despreocupados de su misión eclesial y evangelizadora. Son creyentes recluidos en su individualismo que no quieren saber nada de grupos, reuniones... y viven en situación de dimisión encubierta. Cuando se trata de participar en la vida del Colegio fácilmente se delega por inhibición acomplejada o por comodidad. Si se trata de la integración en la vida parroquial, o una

militancia activa en actividades de carácter social, manifiestan la incompatibilidad con su apretada agenda profesional.

Otras veces, por falta de formación o desde posturas hipercríticas, sueñan con una Iglesia que se distancia de la Iglesia de Jesús de Nazaret porque rompe la unidad, vive enfrentada con la jerarquía, y un equivocado sentido de igualdad lleva a la indiferenciación de vocaciones y ministerios.

También existen grupos que se sienten *censores* de la Iglesia. Celosos por mantener la ortodoxia, adoptan posturas inquisitoriales, defensivas, intolerantes... Se acoge respetuosamente la palabra del Papa y, al mismo tiempo, se sospecha de todas las demás voces que se oyen en la Iglesia y se espían todos los movimientos de teólogos, Facultades de teología, incluso obispos...

Tampoco faltan las mujeres y hombres que entienden su compromiso laical como un servicio litúrgico sin ninguna derivación hacia ámbitos seculares como la política, la cultura...

Y hay quienes viven una cierta preocupación por ser testigos de Dios, sin preguntarse de qué Dios son testigos. Personas de buena voluntad que no sienten mayores inquietudes por la actualización de los contenidos de su fe y, de modo involuntario, anuncian un Dios y una Iglesia que difícilmente puede encarnarse en el mundo contemporáneo.

Basten estas tipologías, sólo esbozadas, para advertir que *no es clero todo lo que desluce*. La renovación promovida por el Concilio Vaticano II ha encontrado resistencias y respuestas equivocadas tanto en ambientes cléricos y como laicales. Así lo hace notar el Documento de Santo Domingo (94ss.), que señala como principales obstáculos o errores en relación con la vocación eclesial de los laicos su *dedicación prioritaria a tareas intraeclesiales*, la *carenza de formación adecuada*, y la persistencia en el clero y en los mismos laicos de *cierta mentalidad clerical*. Una situación que es preciso superar subrayando el compromiso de los laicos *en el campo de las realidades temporales(familia, cultura, economía, política, educación, medios de comunicación...)*, cuidando el *acompañamiento de los movimientos laicales* para evitar su encerramiento y desconexión con la Iglesia local y la pastoral de conjunto, y reconociendo la importancia *del papel evangelizador de la mujer (esposa, madre, religiosa, campesina, trabajadora, profesional...)* y de la *opción preferencial por los jóvenes*.

SOMOS COMUNIDAD DE HERMANOS QUE VIVE CON EL PUEBLO DE DIOS (Constituciones OSA, 10)

El Iº Congreso Internacional de Laicos Agustinianos (Roma 16 – 21 de julio, 1999) formulaba así su conclusión cuarta: “*No son razones de necesidad ni de oportunismo las que nos convocan a hacer juntos un mismo camino. Somos Orden de fraternidad apostólica o Comunidad de Hermanos que vive con el pueblo de Dios* (Constituciones 10), *llamados a vivir unidos lo que nos une y separadamente lo que nos separa. Dispuestos, por tanto, a compartir desde la diferencia y a enriquecernos mutuamente desde la propia identidad vocacional*” (*Espiritualidad agustiniana y vida laical*, Pubblicazioni Agostiniane, Curia Generalizia Agostiniana, Roma 1999, p. 23).

A pesar del clima de cercanía y amistad propio de los ambientes agustinianos, la relación religiosos-laicos, no está exenta de prevenciones y riesgos. El P. Congar apuntaba gráficamente: “*Es más fácil velar, si no una cuna vacía, al menos a un niño dormido, que responder a las preguntas de un adolescente que crece y empieza a actuar en la vida. Ahora los laicos nos preguntan mucho; nos obligan a dejar todo el sector tranquilo y ritualizado del cristianismo del que somos ministros, ante la empresa requirente de lo que en sí es perpetuamente joven: de esta fe “que guardamos, habiéndola recibida de la Iglesia, y que es, por el Espíritu de Dios, como un depósito maravilloso en estado de perpetua juventud, en un vaso de calidad, y que rejuvenece sin cesar este vaso que la contiene”* (San Ireneo, Ad.Haer. III, 24,1). *Poner en marcha, por la actividad de los laicos, la plenitud del pueblo de Dios* – concluye el P. Congar – *pedirá esfuerzos extraordinarios de todos los elementos de la estructura*” (CONGAR, Op.cit. pp. 17 – 18).

Si la idea de Iglesia-comunión impregna todo el pensamiento de san Agustín, no debiera ser difícil que los agustinos tratáramos de ofrecer una maqueta de Iglesia a través de comunidades abiertas a compartir la experiencia de Dios con los laicos y a colaborar juntos en la tarea evangelizadora. Está aquí en juego el ejercicio práctico de una de las notas nucleares de la espiritualidad agustiniana: la espiritualidad de comunión.

El documento “*Caminar desde Cristo Un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio*” (Congregación para los Institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, 19 de mayo de 2002), insiste en la espiritualidad de comunión y cita la *Novo Millennio Ineunte* (6 de enero de 2001): “*Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo*” (43).

A renglón seguido, el documento hace un claro recordatorio retomando textos de la *Vida consagrada*: Que las personas consagradas seamos “*expertas en comunión*” (VC, 46) y fomentemos la *espiritualidad de la comunión* en todas las direcciones. También allí “*donde el mundo de hoy está desgarrado por el odio étnico o las locuras homicidas*” (VC, 51).

¿Qué es la espiritualidad de la comunión?. Significa, ante todo, “*una mirada del corazón hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser también reconocida en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado*” (*Caminar desde Cristo*, 29). Significa, también, “*capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como uno que me pertenece...*”... “*capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios...*”. La espiritualidad de la comunión se presenta como “*clima espiritual de la Iglesia al comienzo del tercer milenio, tarea activa y ejemplar de la vida consagrada a todos los niveles. Es el camino maestro de un futuro de vida y de testimonio*” (Id.29)

El camino de la Vida Religiosa no es otro que el camino de la Iglesia donde nos encontramos todos los miembros del Pueblo de Dios: jerarquía, laicos... Nuestra misión es común porque es participación de la misión única de la Iglesia. Es tiempo de encuentro, de hacer juntos el camino, de vivir la unidad por encima de todas las diferencias. “*En la Iglesia-comunión los estados de vida están de tal modo relacionados entre sí que están ordenados el uno al otro. Ciertamente es común - mejor dicho, único - su profundo significado el de ser modalidad según la cual se vive la igual dignidad cristiana y la universal vocación a la santidad en la perfección del amor. Son modalidades a la vez diversas y complementarias, de modo que cada una de ellas tiene su original e inconfundible fisonomía, y al mismo tiempo cada una de ellas está en relación con las otras y a su servicio*” (*Christifideles laici*, 55).

COMPARTIR UNA MISMA ESPIRITUALIDAD

No somos propietarios de ninguna espiritualidad. Las distintas espiritualidades pertenecen al patrimonio común de la Iglesia. Nos asomamos al evangelio a través de los ventanales de distintas espiritualidades La comparación gráfica es del P. T. Van Bavel. Los agustinos – laicos o religiosos – pretendemos seguir a Jesucristo y vivir el evangelio en esos aspectos que, en el marco de la policromía evangélica, son los centros de interés que constituyen el argumento de la espiritualidad agustiniana.

Estamos ante un tema que no se puede reducir a un discurso teórico. Dispuestos, por tanto, a participar en una misma espiritualidad, a compartir desde la diferencia y a enriquecernos mutuamente desde la propia identidad vocacional. Comunión y reciprocidad que si se entendieran en sentido único ya no serían tales.

Otra cuestión distinta – de carácter práctico – es el compartir las responsabilidades en la gestión de nuestras obras. Hay que separar y diferenciar dos campos específicos y nunca olvidar que, cuando se trata de vinculaciones contractuales, se impone el respeto estricto a lo regulado por las leyes laborales.

Hablar de espiritualidad agustiniana es hablar de Iglesia, de unidad, de comunión. Hay grupos que ponen el acento en la diferencia y otros en lo que les une con otros miembros del Pueblo de Dios. A veces se piensa que hay más Iglesia donde hay una mayor floración de grupos. Hay más Iglesia allí donde hay más unidad. “*¡Ay de aquellos que detestan la unidad y se dividen en partidos entre los hombres! Que prestén oído a aquel que quería hacerlos a todos Uno, en Uno y para Uno; que prestén oído atento a sus palabras: No os hagáis muchos. Yo planté y Apolo regó, mas es Dios el que da crecimiento. Y ni el que planta es algo ni es algo el que riega, sino Dios, que es el que da el crecimiento. Decían ellos: Yo soy de Pablo, yo de Apolo y yo de Cefas; y él: ¿Es que Jesucristo está dividido? Permaneced siendo en Uno, sed una sola cosa, sed Uno: Nadie subió al cielo sino el que bajó del cielo. Mira que queremos ser tuyos, decían a Pablo. Y él: No quiero que seáis de Pablo, sino de Aquel de quien es Pablo con vosotros*” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 12,9).

No hay por qué bucear en nuestra espiritualidad para buscar lo distinto, cuando san Agustín pensó en una Iglesia ancha, donde todos somos bautizados unidos por la comunión de un mismo Espíritu y obreros que trabajamos según las fuerzas que Dios nos da (*Sermón 49,2*).

ACOMPAÑAR DESDE LA VOCACIÓN ESPECÍFICA Y DESDE UNA PROFUNDA EXPERIENCIA DE DIOS

Aunque se afirme la igualdad de los cristianos a partir del bautismo (*Lumen Gentium*, 32) no se puede nunca olvidar que se trata de una igualdad diferenciada. Vocaciones y roles distintos aunque complementarios. Es aquí donde se plantea el triple desafío de la *comunión, la diferencia y la corresponsabilidad* (M. A. ORCASITAS, *Somos comunidad de hermanos que vive con el Pueblo de Dios*, Carta circular a los hermanos y hermanas de la Orden, Roma 11 de junio de 2000).

En el tríptico *diferencia, comunión, corresponsabilidad*, los tres términos son igualmente importantes. La riqueza será mayor si la diferencia se convierte en complementariedad, no se rompe la unidad y se garantiza la participación corresponsable.

Precisar la aportación específica de los laicos y de los religiosos es entrar en un terreno poco definido. Únicamente se pueden señalar unas claves que van a permitirnos señalar dos referencias que, aunque no con carácter exclusivo, indican, de algún modo, el escenario preferente de una y otra vocación. Así podemos hablar de una presencia pública en el mundo y un compromiso directo con las realidades terrenas y de un testimonio de la trascendencia.

Los laicos son los constructores directos de la historia. La ley fundamental del cristianismo, que es la *encarnación*, exige la fidelidad al hoy, al cada día. Se peca contra la historia y contra Dios – que está siempre con nosotros y nos acompaña en el camino por medio de Jesucristo (Mt 28,20) – cuando se vuelve la espalda al momento presente o se desestiman los signos de los tiempos. Agustín, hombre de fidelidades, sin abandonar su vocación de intelectual se identifica con los problemas y situaciones humanas de su tiempo.

No tenemos otro momento de gracia, otra oportunidad ni otra realidad que la hora presente. Y debe notarse que estamos a gusto en la historia, en el mundo, en la ciudad, en el pueblo, mezclados con todas las realidades que forman el tejido social y el argumento de la vida cotidiana.

Como la historia no responde siempre al plan de Dios y la situación de muchos de sus hijos es inhumana, la inmersión en la historia y en la sociedad va unido a la voluntad de transformarlas mediante el empeño por la justicia, la paz y la solidaridad. El compromiso con la justicia, con la paz y la solidaridad necesita una motivación radical. La opción por la causa humana y el encuentro con Dios dan solidez a este compromiso, aun en tiempos de desencanto. El amor, que constituye el nervio del evangelio, no significa una predisposición a gestos intermitentes, sino un trabajo gris y cotidiano que traduce la gran utopía evangélica en el pequeño paso de cada día.

En esta línea de solidaridad, es insuficiente la limosna o la participación esporádica en las campañas institucionales. Hoy es obligada una referencia al llamado *voluntariado social*. Permite, como muy pocas actividades humanas, que la persona realice simultáneamente su identidad como ciudadano y como cristiano. Se entiende así el voluntariado como ciudadanía responsable e inclusiva y se aleja de toda concepción benéfica y paternalista. En la tensión entre ciudadanía y fe cristiana, el voluntariado social permite *vivir en la frontera*, participar de ambas identidades sin merma ni confusión. La referencia de un voluntariado de signo cristiano no puede ser otra que la entrega de Jesús por toda la humanidad. Nuestro acercamiento a los hombres y mujeres crucificados es liberador, portador de esperanza, abierto a descubrir dignidad humana allí donde la sociedad la niega. Una ciudadanía más comprometida que la que ofrece nuestra democracia formal y más encarnada que la de un humanismo preocupado por la igualdad y la libertad. *"El amor tiene manos: son las que se extienden hacia el pobre. Tiene ojos: son los que ven al necesitado"* (*Tratado sobre la primera Carta de San Juan*, 7,10).

La afirmación fundamental de la vida consagrada es *la primacía de Dios*. A pesar de los procesos de secularización, algunos hombres y mujeres de nuestro tiempo advierten una difusa exigencia de espiritualidad que necesitan ver y tocar en la calidad de vida evangélica de unas personas. Cada Orden, cada Instituto y cada comunidad deben aparecer como escuelas de espiritualidad evangélica (*Vida consagrada*, 93). Es tanto como subrayar el protagonismo del Espíritu en la vida consagrada. En definitiva, la vida consagrada exige un renovado esfuerzo por ofrecer el testimonio y la posibilidad de la santidad.

Hay que pensar en el compromiso personal y comunitario con la santidad y, al mismo tiempo, en la necesidad de presentar la espiritualidad del propio Instituto como *pedagogía y pastoral de la santidad*. (*Caminar desde Cristo*, 20). Nuestra Orden es fruto del Espíritu y de la docilidad al Espíritu dependen nuestro presente y nuestro futuro. En este caso, lo elemental coincide con lo fundamental. O *caminamos desde Cristo*, libres bajo la gracia (Regla 8) o nuestros caminos serán caminos extraviados (*Caminar desde Cristo*, 21).

Lo que hacemos no tiene nada de original. Puede y debe ser original y distinto *lo que somos y cómo lo hacemos*. En la sociedad actual hay expertos en todo. Faltan “*pedagogos de la interioridad*” (Audiencia de Juan Pablo II a los participantes en el 180 Capítulo General OSA, 7 de septiembre de 2001), testigos de la misericordia de Dios. Nadie buscará en nosotros algo diferente al impacto de lo trascendente.

San Agustín, además, sintió siempre hambre de comunidad y lo agustiniano va unido al sentido comunitario de la vida humana. Amar lo común es signo de genuino amor al prójimo. Es el argumento del capítulo quinto de la Regla de san Agustín. Si los intereses propios no dan la precedencia a los comunes, será señal cierta de que estamos ante un vacío de responsabilidades compartidas. El hombre vive en la medida que convive. “*Necesitamos de los demás para ser nosotros mismos*” (*Comentarios a los Salmos* 125,13). La mano del prójimo que nos invita a compartir es, al mismo tiempo, liberación y puerta de salida de nuestro mundo egoísta. Bien se pueden poner en labios de san Agustín los versos de León Felipe:

"Voy con las riendas tensas
y refrenando el vuelo,
porque no es lo que importa
llegar solo, ni pronto,
sino *llegar con todos*
y a tiempo".

CREER EN COMUNIDAD

El modelo de la Iglesia primitiva – “*que tenían todas las cosas comunes, y se distribuía a cada uno según su necesidad*” (*Hechos* 4,32.35) – está presente en la portada de la Regla a los siervos de Dios.

En los últimos años, la Iglesia se configura como comunidad de comunidades. La primera valoración del fenómeno comunitario ha de ser, a todas luces, positiva. También han supuesto, en algunos casos, el despertar de diferentes problemas: Los derivados de su relación mutua, por ejemplo, o de su inserción en la comunión eclesial. Las comunidades están conformadas por carismas diferentes y todo carisma “*solamente encierra y resalta una parte de la globalidad del misterio eclesial en su actualización del misterio de Cristo. Además, siguiendo la más genuina teología bíblica, un carisma se evalúa y se verifica por la comunión con los otros y por el servicio a la comunión de la Iglesia. Desde aquí, la transparencia de Cristo en la Iglesia no se realiza por la presencia de un carisma, sino por el conjunto de todos, ya que la señal de la presencia del Señor en el mundo es la comunión y la permanencia en la unidad de todos sus discípulos*

” (RAMOS, JULIO A., *Teología pastoral*, Sapientia fidei. B.A.C., p. 292).

Está pendiente la creación de comunidades laicales con estilo propio. Comunidades que no giran sobre la vida común, sino sobre la comunión de vida y de espiritualidad. Comunidades que, antes de subrayar cualquier forma de especificidad, reforzaran su carácter cristiano (espiritualidad centrada en la persona de Jesucristo, estudio bíblico...) y su inserción cordial y responsable en la Iglesia. Comunidades abiertas a la parroquia y a la diócesis. Empeñados en no dividir la unidad y conservar la caridad y la concordia por encima de la diferencia y la discrepancia. Comunidades misioneras. La eclesiología agustiniana es misionera. La Iglesia está en construcción y es fermento de vida nueva para el mundo. El diálogo con los alejados y con la cultura es inexcusable en la comunidad agustiniana. Comunidades modeladas desde la espiritualidad agustiniana, empeñadas seriamente en la justicia, la paz, el compromiso político, porque sueñan con una nueva sociedad, digna del ser humano.

NUESTRA ACTITUD ANTE LOS LAICOS

Hay unas actitudes básicas de valoración y respeto que obedecen a razones de educación. Otras – de acogida, confianza y colaboración – exigen una mentalidad en sintonía con la Iglesia-comunión, Iglesia-Pueblo

de Dios y una sensibilidad agustiniana para considerarse miembro de una “comunidad de hermanos que vive con el Pueblo de Dios” (Constituciones, 10). Desde esta cercanía y reconocimiento, será posible la *irradiación activa de nuestra espiritualidad más allá de las fronteras de Nuestra Orden*, según lo sugerido por la *Vida consagrada* (54).

Se abren ante nosotros nuevas formas de compartir la espiritualidad agustiniana y nuevos caminos de colaboración pastoral con los laicos. Para ello es necesario fortalecer el convencimiento de que en la Iglesia todos participamos de los dones del Espíritu. Siempre desde la síntesis teológica sobre la identidad de los laicos que ofrece la “Christifideles laici”: DIGNIDAD de los laicos en la *Iglesia-misterio*, PARTICIPACIÓN de los laicos en la *Iglesia-comunión*, CORRESPONSABILIDAD de los laicos en la *Iglesia-misión*.

Tema 9.- DÍA PENITENCIAL DE DESIERTO (FUNDAMENTACIÓN)

(VER TAMBÉN LA CELEBRACIÓN PENITENCIAL, ANEXO II)

QUÉ TIPO DE PRESENCIA TENEMOS Y SE NOS PIDE HOY Y AQUÍ

(material de reflexión, sobre nuestra presencia *testimoniente y significativa, evangelizadora y misionera, servidora y comprometida....*)

Premisa metodológica: ahí donde se prefiera dar el tiempo para el desierto personal, se puede ofrecer el material que se presenta a continuación en su totalidad o en forma parcial, según la necesidad de la Circunscripción, la sensibilidad de los participantes y las circunstancias en que se desarrollan los Ejercicios. El material, también puede ser integrado en un momento de oración comunitaria, como por ejemplo durante una Hora santa ante el Santísimo o como parte de la meditación de la mañana o de la tarde.

1. Texto del Evangelio (VER)

Marcos 2

1 Entró de nuevo en Cafarnaúm; al poco tiempo había corrido la voz de que estaba en casa.

2 Se agolparon tantos que ni siquiera ante la puerta había ya sitio, y él les anunciaba la Palabra.

3 Y le vienen a traer a un paralítico llevado entre cuatro.

4 Al no poder presentárselo a causa de la multitud, abrieron el techo encima de donde él estaba y, a través de la abertura que hicieron, descolgaron la camilla donde yacía el paralítico.

5 Viendo Jesús la fe de ellos, dice al paralítico: «Hijo, tus pecados te son perdonados.»

6 Estaban allí sentados algunos escribas que pensaban en sus corazones:

7 «¿Por qué éste habla así? Está blasfemando. ¿Quién puede perdonar pecados, sino Dios sólo?»

8 Pero, al instante, conociendo Jesús en su espíritu lo que ellos pensaban en su interior, les dice: «¿Por qué pensáis así en vuestros corazones?

9 ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: "Tus pecados te son perdonados", o decir: "Levántate, toma tu camilla y anda?"

10 Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar pecados - dice al paralítico -:

11 "A ti te digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa."»

12 Se levantó y, al instante, tomando la camilla, salió a la vista de todos, de modo que quedaban todos asombrados y glorificaban a Dios, diciendo: «Jamás vimos cosa parecida.»

13 Salió de nuevo por la orilla del mar, toda la gente acudía a él, y él les enseñaba.

14 Al pasar, vio a Leví, el de Alfeo, sentado en el despacho de impuestos, y le dice: «Sígueme.» El se levantó y le siguió.

15 Y sucedió que estando él a la mesa en casa de Leví, muchos publicanos y pecadores estaban a la mesa con Jesús y sus discípulos, pues eran muchos los que le seguían.

16 Al ver los escribas de los fariseos que comía con los pecadores y publicanos, decían a los discípulos: «¿Qué? ¿Es que come con los publicanos y pecadores?»

17 Al oír esto Jesús, les dice: «No necesitan médico los que están fuertes, sino los que están mal; no he venido a llamar a justos, sino a pecadores.»

18 Como los discípulos de Juan y los fariseos estaban ayunando, vienen y le dicen: «¿Por qué mientras los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunan, tus discípulos no ayunan?»

19 Jesús les dijo: «Pueden acaso ayunar los invitados a la boda mientras el novio está con ellos? Mientras tengan consigo al novio no pueden ayunar.

20 Días vendrán en que les será arrebatado el novio; entonces ayunarán, en aquel día.

21 Nadie cose un remiendo de paño sin tundir en un vestido viejo, pues de otro modo, lo añadido tira de él, el paño nuevo del viejo, y se produce un desgarrón peor.

22 Nadie echa tampoco vino nuevo en pellejos viejos; de otro modo, el vino reventaría los pellejos y se echaría a perder tanto el vino como los pellejos: sino que el vino nuevo, en pellejos nuevos.

23 Y sucedió que un sábado, cruzaba Jesús por los sembrados, y sus discípulos empezaron a abrir camino arrancando espigas.

24 Decíanle los fariseos: «Mira ¿por qué hacen en sábado lo que no es lícito?»

25 El les dice: «Nunca habéis leído lo que hizo David cuando tuvo necesidad, y él y los que le acompañaban sintieron hambre,

26 cómo entró en la Casa de Dios, en tiempos del Sumo Sacerdote Abiatar, y comió los panes de la presencia, que sólo a los sacerdotes es lícito comer, y dio también a los que estaban con él?»

27 Y les dijo: «El sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado.

28 De suerte que el Hijo del hombre también es señor del sábado.»

Para el trabajo personal: El capítulo 2 del Evangelio de Marcos presenta a Jesús en plena actividad mesiánica, salvando, sanando y haciendo el bien. Da ejemplo a sus discípulos y ellos, parece que aprenden la lección, pues Jesús, siendo Dios, es también el dueño del sábado. Piensa al leer estos pasajes en las mejores actitudes del discípulo ante las situaciones concretas de los diversos personajes que se describen en este capítulo y reflexiona sobre las actitudes personales ante las situaciones de la realidad de la parroquia, o del colegio o de la casa de formación, o en la radio o en la TV donde lavoras...

2. Textos de San Agustín (JUZGAR)

Premisa histórico-pastoral: Agustín tuvo oportunidad de predicar más de una vez a su clero y a sus monjes acerca de las exigencias que su ideal de vida apostólico tenían. Constató incluso, las dificultades de tales exigencias a propósito de quienes vivían con él en el monasterio de Hipona, en su propia casa episcopal, y expresadas en los sermones 355 y 356. Por ello, es importante reflexionar un poco en nuestra opción personal de seguir radicalmente a Cristo, como religiosos agustinos y como presbíteros en la Iglesia. Pero, como es claro, nuestra opción se encuadra dentro de las exigencias y grandes opciones de la Iglesia la que servimos. En nuestra realidad, la Iglesia Católica ha reflexionado seriamente ante nuestros problemas y desafíos para vivir nuestro cristianismo, y sus pastores acompañando su peregrinaje, por ello, no podemos cerrar nuestros ojos y nuestros oídos al clamor de nuestro pueblo fiel, de otra manera, nuestro corazón puede quedar encerrado sólo en el bienestar y privilegio que nuestra vida de consagrados y clérigos nos brinda, como a los clérigos de Hipona, que sin querer, se habían conformado con retener para sí, el producto de su cosecha y su salario. De hecho, la Carta 122 nos recuerda nuestro grande compromiso ante un mundo desequilibrado o en *ruinas*, como el nuestro, con sus contrastes y contradicciones escandalosas de consumo y desperdicio frente a una inmensa mayoría de miserables y pobres.

CARTA 122
Fecha: Año 410.
Lugar: Cercanías de Hipona.

Tema: PRINCIPIO DE ANIMACIÓN PASTORAL Y ACCIÓN DE CARIDAD HACIA EL PUEBLO DE DIOS. LA IGLESIA EN AMÉRICA LATINA HA INSISTIDO EN UNA EQUILIBRADA OPCIÓN POR LOS POBRES Y EXCLUIDOS CON UNA EXIGENCIA DE RENUNCIA AL BIENESTAR PERSONAL.

AGUSTÍN saluda en el Señor a los amadísimos hermanos, clérigos como él y a todo el pueblo (de Hipona).

1. En primer término pido a vuestra caridad, y os lo suplico por Jesucristo, que no os cause pesadumbre mi ausencia corporal. Pienso que no dudaréis en modo alguno de que con el espíritu y con el afecto del corazón no puedo separarme de vosotros. Claro está que a mí me entristece, más quizás que a vosotros mismos, el que mis achaques no me permitan atender a todas las actividades que exigen de mí los miembros de Cristo, a quienes estoy obligado a servir por el temor del mismo Cristo y por la caridad.

Vuestra dilección debe saber que nunca me he ausentado con libertad licenciosa, sino por una servidumbre necesaria; ésta me ha obligado con frecuencia a mis santos hermanos y colegas a tolerar fatigas marinas y aun transmarinas. No ha sido la falta de devoción espiritual, sino la deficiente salud corporal, la que me ha excusado siempre de esas otras fatigas. Por eso, carísimos hermanos, obrad, como dice el Apóstol, *de modo que, ya cuando esté presente y os vea, ya cuando esté ausente, oiga decir que vosotros os mantenéis en un espíritu, colaborando con una sola intención en la fe evangélica*.

Si alguna molestia temporal os inquieta, debe más bien recordaros aquella vida en que podréis vivir sin fatiga alguna, librándoos, no ya de las molestas angustias de un tiempo siempre breve, sino de las horrendas penas del fuego eterno. Porque, si ahora os comportáis con tanta cautela, con tal atención, con tan gran ahínco, para no sufrir padecimientos temporales, ¿cuánto más necesario es que viváis solícitos para esquivar las eternas miserias? Y si se teme tanto la muerte, que da fin a la fatiga temporal, ¡cómo habrá de temerse la que envía al eterno dolor! Y si se aman tanto las breves y sordidas delicias del siglo presente, ¡con cuánta mayor intensidad hemos de buscar los goces puros e infinitos del futuro siglo! Pensad estas cosas y no os mostréis perezosos en vuestras obras, para que lleguéis a la recolección de vuestra siembra a su debido tiempo.

2. Porque me han dicho que habéis olvidado vuestra costumbre de vestir a los pobres. Os exhorté a practicar esa misericordia cuando estaba presente, y ahora os vuelvo a exhortar, para que no os domine y haga perezosos la aflicción de este mundo. Nuestro Señor y Redentor, que no puede mentir, predijo que sucederían tales desventuras como las que veis acacer.

No debéis, por lo tanto, disminuir vuestras obras de misericordia, sino que debéis ampliarlas más de lo que solíais. Los que ven que la ruina de una casa es inminente porque se cuartean las paredes, se acogen sin tardanza a lugares más seguros. Del mismo modo, los corazones cristianos, cuanto más clara ven la inminencia de la ruina de este mundo, por las tribulaciones que se acumulan, deben transportar los bienes que se disponían a ocultar en tierra al tesoro celeste con diligente prisa. De este modo, si algún accidente humano acaeciere, lo celebrará el que huyó a tiempo de un lugar ruinoso. Y si ningún tal accidente acaeciere, no se contristará quien sabe que de todos modos tiene que morir y encomienda los bienes propios al Señor inmortal para ir más tarde a ese Señor. Por lo tanto, hermanos míos carísimos, emplead según vuestras fuerzas y de acuerdo con vuestra costumbre, con espíritu más alegre que de costumbre los bienes que cada uno tiene. Cada uno conoce ya sus fuerzas. En medio de las molestias de este siglo retened en la memoria la exhortación apostólica que dice: *El Señor está cerca, no os preocupéis*. Espero recibir noticias que me hagan comprender que, no por mi presencia, sino por el precepto del Señor, que nunca está ausente, seguís haciendo lo que hicisteis durante muchos años en mi presencia y a veces también en mi ausencia.

El Señor os conserve en paz. Orad por mí, hermanos carísimos.

3. *Textos de la Orden (ACTUAR)*

Reflexiona recordando algunos puntos del Capítulo General Intermedio celebrado en México en el año de 1980 sobre nuestra presencia en el mundo y trata de evaluar tu presencia en tu comunidad local.

2. Nuestras relaciones y actitudes con los laicos se han de inspirar en la fraternidad, respeto y confianza por exigírnoslo así el ejemplo y doctrina de S. Agustín y la auténtica tradición de la Orden. San Agustín nos enseña a no monopolizar la enseñanza del Evangelio, sino a desear que llegue cuanto antes el día en que nadie tenga que ser enseñado por otro, a fin de que seamos todos condiscípulos adoctrinados por el único verdadero maestro, Dios⁷. Quiere que todo cristiano, clérigo o laico, predique y sirva a Cristo, pues “*así como llamamos cristianos a todos los fieles en virtud de la unción mística, igualmente los llamamos sacerdotes porque son miembros del único sacerdote*”, Cristo Jesús⁸.

24. Siguiendo el ejemplo de Jesucristo, debemos preocuparnos de que nuestra atención pastoral se extienda a todas las minorías existentes por razón de economía, cultura, nacionalidad o raza; a los emigrantes y refugiados; a los parados, a los privados de derechos y a cuantos se encuentran marginados en la Iglesia o en la sociedad. Además queremos comprometernos también a proteger los derechos de los aún no nacidos. Debiéramos aprovechar las organizaciones que puedan apoyar y facilitar nuestro trabajo apostólico, y no menospreciar los valores de educación que, en centros apropiados, se dan para estos ministerios especializados.

6. Dado que nuestros hermanos viven y trabajan en situaciones y lugares muy distintos y diversos, con sus propias y diferentes exigencias y respuestas, este Capítulo no puede dar prescripciones concretas sobre las múltiples y diversas formas de prestar ese servicio preferencial al pobre.

Con todo, constatando que, por una parte, ya es una realidad el hecho de que no pocos hermanos nuestros viven y trabajan entre los más necesitados; y, por otra, esperando que el resto de la colectividad agustiniana sea consciente de esta opción preferencial, este Capítulo:

- a) Ve con esperanza y alegría a nuestros hermanos misioneros y a cuantos están trabajando directamente con obras de promoción y evangelización del pobre, agradeciéndoles su ejemplo de compromiso evangélico.
- b) Exhorta a todos los hermanos agustinos a que, cualquiera que sea su circunstancia, su talento y su profesión, realicen su acción evangelizadora desde la perspectiva de los pobres.
- c) Pide que esa opción por ellos, en cualquier contexto sociocultural en que fuere realizada, no sea el resultado de una evasión, sino la consecuencia de una auténtica conversión.
- d) Recuerda que la opción por los pobres debe emprenderse siempre desde nuestra identidad agustiniana como acción eminentemente evangelizadora, evitando que la proclamación del Evangelio pueda interpretarse o confundirse con una mera empresa sociopolítica de promoción humana, ya que nuestro objetivo no se limita a llenar vacíos de pan y de cultura, sino, fundamentalmente, de Dios.

⁷ cf. *Epist. 192,2: 193,13.*

⁸ *De civ. Dei 20, 10 . “No penséis, hermanos, declara san Agustín a sus fieles, que el Señor dijo las palabras ‘donde yo estoy, allí estará también mi servidor’ solamente de los obispos y clérigos buenos. También vosotros a vuestro modo servís a Cristo, viviendo bien, ayudando a los pobres, predicando su nombre y doctrina a los que pudiereis. Que cada padre de familia reconozca en este nombre el afecto paternal que debe a su familia. Por amor de Cristo y de la vida eterna, todo padre de familia amoneste, enseñe, exhorta, corrija sea benevolente y mantenga la disciplina; así ejercerá en su casa el oficio eclesiástico y en cierto modo episcopal, sirviendo a Cristo para estar con El eternamente” (In Joa. ev. 51, 13).*

Tercera parte.- NUESTRA PRESENCIA Y ALGUNOS TEMAS ESPECÍFICOS

(Los tres temas siguientes podrían desarrollarse en forma participada y con metodología más activa: a.Texto orientador con breve presentación b.Reflexión personal c.Grupos d. Plenaria o presentación en la celebración)

Tema 10.- ALGUNOS PROBLEMAS MÁS URGENTES

En diciembre de 1965, después de haber expuesto la gran dignidad de la persona humana y la misión, tanto individual como social, a la que ha sido llamada la Iglesia en el mundo entero, el Concilio Vaticano II, a la luz del Evangelio y de la experiencia humana, quiso llamar la atención de todos sobre algunos problemas actuales más urgentes que afectaban profundamente al género humano.

“Entre las numerosas cuestiones que preocupan a todos – han escrito en el # 46 - haya que mencionar principalmente las que siguen:

- el matrimonio y la familia,
- la cultura humana,
- la vida económico-social y política,
- la solidaridad de la familia de los pueblos y
- la paz”.

(O exponer lo que dice Gaudium et Spes sobre estos temas o dar una hoja de síntesis para que la estudien los participantes, para luego responder a las siguientes preguntas. Después de la reflexión personal, se comparte en grupo y un secretario presenta la opinión del grupo en la sesión plenaria)

ALGUNOS PROBLEMAS MAS URGENTES

(Síntesis de números 46-90 de Gaudium et Spes).

1. DIGNIDAD DEL MATRIMONIO Y DE LA FAMILIA

El bienestar de la persona y de la sociedad humana y cristiana está estrechamente ligado a la prosperidad de la comunidad conyugal y familiar. El Concilio sabe que los esposos, al ordenar armoniosamente su vida conyugal, con frecuencia se encuentran impedidos por algunas circunstancias actuales de la vida, y pueden hallarse en situaciones en las que el número de hijos, al manos por ciento tiempo, no puede aumentarse, y el cultivo del amor fiel y la plena intimidad de vida tienen sus dificultades para mantenerse. Cuando la intimidad conyugal se interrumpe, puede no raras veces correr riesgos la fidelidad y quedar comprometido el bien de la prole, porque entonces la educación de los hijos y la fortaleza necesaria para aceptar los que vengan quedan en peligro.

Hay quienes se atreven a dar soluciones inmorales a estos problemas; más aún, ni siquiera retroceden ante el homicidio; la Iglesia, sin embargo, recuerda que no puede hacer contradicción verdadera entre las leyes divinas de la transmisión obligatoria de la vida y del fomento del genuino amor conyugal.

La familia es escuela del más rico humanismo. Para que pueda lograr la plenitud de su vida y misión se requieren un clima de benévolas comunicaciones y unión de propósitos entre los cónyuges y una cuidadosa cooperación de los padres en la educación de los hijos. La activa presencia del padre contribuye sobremanera a la formación de los hijos; pero también debe asegurarse el cuidado de la madre en el hogar, que necesitan principalmente los niños menores, sin dejar por eso a un lado la legítima promoción social de la mujer.

2. EL SANO FOMENTO DEL PROGRESO CULTURAL

Las circunstancias de vida del hombre moderno en el aspecto social y cultural han cambiado profundamente, tanto que se puede hablar con razón de una nueva época de la historia humana. Cada día es mayor el número de los hombres y mujeres, de todo grupo o nación, que tienen conciencia de que son ellos los autores y promotores de la cultura de su comunidad. En todo el mundo crece más y más el sentido de la autonomía y al mismo tiempo de la responsabilidad, lo cual tiene enorme importancia para la madurez espiritual y moral del género humano.

En esta situación no hay que extrañarse de que el hombre, que siente su responsabilidad en orden al progreso de la cultura, alimente una más profunda esperanza, pero al mismo tiempo note con ansiedad las múltiples antinomias existentes, que él mismo debe resolver:

¿Qué debe hacerse para que la intensificación de las relaciones entre las culturas, que debería llevar a un verdadero y fructuoso diálogo entre los diferentes grupos y naciones, no perturbe la vida de las comunidades, no eche por tierra la sabiduría de los antepasados ni ponga en peligro el genio propio de los pueblos? ¿De qué forma hay que favorecer el dinamismo y la expansión de la nueva cultura sin que perezca la fidelidad viva a la herencia de las tradiciones? Esto es especialmente urgente allí donde la cultura, nacida del enorme progreso de la ciencia y de la técnica se ha de compaginar con el cultivo del espíritu, que se alimenta, según diversas tradiciones, de los estudios clásicos.

¿Cómo la tan rápida y progresiva dispersión de las disciplinas científicas puede armonizarse con la necesidad de formar su síntesis y de conservar en los hombres la facultades de la contemplación y de la admiración, que llevan a la sabiduría? ¿Qué hay que hacer para que todos los hombres participen de los bienes culturales en el mundo, si al mismo tiempo la cultura de los especialistas se hace cada vez más inaccesible y compleja? ¿De qué manera, finalmente, hay que reconocer como legítima la autonomía que reclama para sí la cultura, sin llegar a un humanismo meramente terrestre o incluso contrario a la misma religión? En medio de estas antinomias se ha de desarrollar hoy la cultura humana, de tal manera que cultive equilibradamente a la persona humana íntegra y ayude a los hombres en las tareas a cuyo cumplimiento todos, y de modo principal los cristianos, están llamados, unidos fraternalmente en una sola familia humana.

3. LA VIDA ECONOMICO – SOCIAL

La economía moderna, como los restantes sectores de la vida social, se caracteriza por una creciente dominación del hombre sobre la naturaleza, por la multiplicación e intensificación de las relaciones sociales y por la interdependencia entre ciudadanos, asociaciones y pueblos, así como también por la cada vez más frecuente intervención del poder público. Por otra parte, el progreso en las técnicas de la producción y en la organización del comercio y de los servicios han convertido a la economía en instrumento capaz de satisfacer mejor las nuevas necesidades acrecentada de la familia humana.

Sin embargo, no faltan motivos de inquietud. Muchos hombres, sobre todo en regiones económicamente desarrolladas, parecen garza por la economía, de tal manera que casi toda su vida personal y social está como teñida de cierto espíritu economista tanto en las naciones de economía colectivizada como en las otras. En un momento en que el desarrollo de la vida económica, con tal que se le dirija y ordene de manera racional y humana, podría mitigar las desigualdades sociales, con demasiada frecuencia trae consigo un endurecimiento de ellas y a veces hasta un retroceso en las condiciones de vida de los más débiles y un desprecio de los pobres. Mientras muchedumbres inmensas carecen de lo estrictamente necesario, algunos, aun en los países menos desarrollados, viven en la opulencia y malgastan sin consideración. El lujo pulula junto a la miseria. Y mientras unos pocos disponen de un poder amplísimo de decisión, muchos carecen de toda iniciativa y de toda responsabilidad, viviendo con frecuencia en condiciones de vida y de trabajo indignas de la persona humana.

Tales desequilibrios económicos y sociales se producen tanto entre los sectores de la agricultura, la industria y los servicios, por un parte, como entre las diversas regiones dentro de un mismo país. Cada día se agudiza más la oposición entre las naciones económicamente desarrolladas y las restantes, lo cual puede poner en peligro la misma paz mundial.

Los hombres de nuestro tiempo son cada día más sensibles a estas disparidades, porque están plenamente convencidos de que la amplitud de las posibilidades técnicas y económicas que tiene en sus manos el mundo moderno puede y debe corregir este lamentable estado de cosas. Por ello son necesarias muchas reformas en la vida económico-social y un cambio de mentalidad y de costumbres en todos.

4. LA VIDA EN LA COMUNIDAD POLITICA

La conciencia más viva de la dignidad humana ha hecho que en diversas regiones del mundo surja el propósito de establecer un orden político-jurídico que proteja mejor en la vida pública los derechos de la persona, como son el derecho de libre reunión, de libre asociación, de expresar las propias opiniones y de profesar privada y públicamente la religión. Porque la garantía de los derechos de la persona es condición necesaria para que los

ciudadanos, como individuos o como miembros de asociaciones, puedan participar activamente en la vida y en el gobierno de la cosa pública.

Con el desarrollo cultural, económico y social se consolida en la mayoría el deseo de participar más plenamente en la ordenación de la comunidad política. En la conciencia de muchos se intensifica el afán por respetar los derechos de las minorías, sin descuidar los deberes de éstas para con la comunidad política; además crece por días el respeto hacia los hombres que profesan opinión o religión distintas; al mismo tiempos e establece una mayor colaboración a fin de que todos los ciudadanos, y no solamente algunos privilegiados, puedan hacer uso efectivo de los derechos personales.

Se repreban también todas las formas políticas, vigentes en ciertas regiones, que obstaculizan la libertad civil o religiosa, multiplican las víctimas de las pasiones y de los crímenes políticos y desvían el ejercicio de la autoridad en la prosecución del bien común, para ponerla al servicio de un grupo o de los propios gobernantes.

5. EL FOMENTO DE LA PAZ Y LA PROMOCION DE LA COMUNIDAD DE LOS PUEBLOS

En estos últimos años, en los que aún perduran entre los hombres la aflicción y las angustias nacidas de la realidad o de la amenaza de una guerra, la universal familia humana ha llegado en su proceso de madurez a un momento de suprema crisis. Unificada paulatinamente y ya más consciente en todo lugar de su unidad, no puede llevar a cabo la tarea que tiene ante sí, es decir, construir un mundo más humano para todos los hombres en toda la extensión de la tierra, sin que todos se conviertan con espíritu renovado a la verdad de la paz.

A pesar de que las guerras recientes han traído a nuestro mundo daños gravísimos materiales y morales, todavía a diario en algunas zonas del mundo la guerra continúa sus devastaciones. Es más, al emplear en la guerra armas científicas de todo género, su残酷idad intrínseca amenaza llevar a los que luchan a tal barbarie, que supere, enormemente la de los tiempos pasados. La complejidad de la situación actual y el laberinto de las relaciones internacionales permiten prolongar guerras disfrazadas con nuevos métodos insidiosos y subversivos. En muchos casos se admite como nuevo sistema de guerra el uso de los métodos del terrorismo.

Nuestros documentos recientes de la Orden nos hablan claramente de las áreas más necesitadas de particular atención:

Documento del Capítulo General 2001

“Las necesidades de los demás determinarán las formas de nuestro apostolado. Con el fin de hacer una elección correcta, debemos estudiar la situación del mundo que nos rodea, así como la situación de la Iglesia en las diferentes partes del mundo de hoy” (RI 67).

B-4. Si los agustinos queremos continuar nuestra misión de servidores de la humanidad, hemos de ser capaces de estar en contacto con la realidad, para escuchar cuidadosamente la voz de un mundo en cambio. Pues “si nuestras propuestas no sintonizan con los desafíos del presente, el diálogo resulta imposible y nuestra presencia irrelevante” (CGI ’98 Doc. 24).

B-5. ¿Cómo hemos respondido a esta invitación a renovar nuestra vida común y realizar nuestro común testimonio en el mundo de la buena nueva? Otro aspecto de ese desafío es incluir la doctrina social de la Iglesia de un modo más predominante y convincente en nuestra actividad homilética, académica y pastoral, hasta hacerla parte indispensable de nuestra vida en común.

B-7. Ahora, a los treinta años de que el Vaticano II y Pablo VI hicieran esa invitación, el desafío de promover la justicia en el servicio de la verdadera paz debe aún ser lanzado a muchos agustinos. Con la Iglesia, la Orden necesita implicarse más en la defensa de los derechos humanos y en la promoción de una cultura de solidaridad a todos los niveles. Se trata de un claro signo de nuestros tiempos.

B-9. La Orden de San Agustín se ha asociado formalmente con las Naciones Unidas para hablar más eficazmente en la defensa de los derechos humanos y la promoción humana. Nuestra presencia y nuestra participación, colaborando con la Misión del Observador permanente de la Santa Sede, junto con otras organizaciones semejantes, nos proporciona la oportunidad de hacer que nuestra voz resuene junto con la de la

Iglesia en este importante foro. Aunque algunos han mostrado su interés y se han implicado, la mayor parte de los temas del mundo actual no son a menudo objeto de reflexión y discernimiento común. Hacemos con frecuencia críticas políticas, pero, ¿estamos dispuestos a implicarnos en su formulación?

B-11. En cuanto herederos espirituales de Agustín, tenemos algo de mucho valor que agregar a la promoción de justicia en el mundo, a través del foro del diálogo que son las Naciones Unidas. Nuestro compromiso como comunidad en temas sociales y la formulación de políticas globales, puede también ofrecer nueva energía para la renovación de la Orden.

B-14. El Capítulo quiere llamar la atención de todos sobre el continente africano, porque África, especialmente al sur del Sahara, se encuentra en condiciones de extrema urgencia y necesidad, agravada por la dureza de la crisis del SIDA, la escasa producción de artículos de alimentación básica, y la inestabilidad política y social. Ante esta situación, la comunidad internacional, la Iglesia y nuestra Orden tienen un papel que jugar. El desafío está más allá del alcance de los individuos de buen corazón y bienintencionados; corresponde a la comunidad, la comunidad cristiana como instancia profética, anunciar hoy la buena nueva en África, una tierra a nosotros tan cercana porque allí fundó san Agustín sus primeras comunidades religiosas. En respuesta a los signos de los tiempos y como herederos fieles de Agustín, debemos dirigir nuestros corazones y nuestras energías hacia África, contribuyendo con nuestra herencia espiritual a la evangelización de ese continente, tan necesitado de buenas nuevas.

B-15. CRITERIOS

- a) Reconocemos la necesidad de renovar nuestros apostolados tradicionales para promover una nueva evangelización que tenga en cuenta los signos de los tiempos.
- b) La dimensión social de nuestra vida así como de todos nuestros apostolados y ministerios debe ser reforzada y desarrollada.
- c) Las tres áreas principales en que, como Orden, hemos decidido concentrar los esfuerzos en las Naciones Unidas son: promoción y defensa de los derechos humanos; desarrollo social y económico; educación y alfabetización. Así pues, en todos nuestros apostolados, y como pauta para asumir otros nuevos, nos comprometemos a tener en cuenta estas áreas.
- d) Con vistas a orientar mejor nuestros recursos hacia la resolución de los mayores problemas que afligen la sociedad, haremos un esfuerzo para promover la colaboración entre las circunscripciones de la Orden, con otras presencias agustinianas, así como con las Naciones Unidas y otras organizaciones relacionadas.

Actualmente el Consejo General de la Orden ha asumido y promovido la **Campaña Agustiniana Contra el Hambre** y podemos considerar a esta Campaña como un nuevo reto.

Los jefes de estado del mundo congregados en Roma en 1996 para la Cumbre Mundial de Alimentación denunciaron el hambre como intolerable e inaceptable, y se empeñaron en erradicar el hambre en todas sus formas. En la Cumbre del Milenio patrocinada por la ONU en Nueva York en 2000, más de 200 líderes mundiales firmaron la Declaración del Milenio que resalta la primera Meta de Desarrollo de Milenio: para 2015 reducir por la mitad la proporción de las personas que padecen hambre. El hambre es un problema que realmente podemos resolver. El Secretariado de Justicia y Paz de la Orden de San Agustín desea animar a los Agustinos a participar y promover la Campaña Agustiniana Contra el Hambre (Día Mundial de Hambre, 16 de octubre de 2003 a Navidad 2004). Esta Campaña se realiza para animar a los gobiernos del mundo a lograr la Meta de Desarrollo del Milenio que pretende reducir a la mitad el número de personas hambrientas en el año 2015.

La **actividad específica** que animamos a cada Agustino a realizar y promover activamente en el apostolado es escribir una carta a las personas responsables de nuestro gobierno nacional pidiendo su apoyo para la Meta de Desarrollo de Milenio.

Esperamos animar la voluntad política de nuestros gobernantes a apoyar, efectivamente, los programas necesarios para alcanzar la Meta de Desarrollo del Milenio referente al hambre y la pobreza.

REFLEXIÓN PERSONAL PARA COMUNICAR EN GRUPO

1. A tu parecer, ¿siguen siendo los problemas identificados por el Concilio Vaticano II en *Gaudium et Spes* los más urgentes ahora, cuarenta años después del Concilio?
2. ¿Cuáles otros temas propondrías incluir en la lista de los problemas más urgentes en tu país en el momento actual?
3. ¿Cómo nuestra vida y actividad apostólica renovadas están respondiendo a los problemas más urgentes de nuestro tiempo?

SESIÓN PLENARIA

Después de escuchar los aportes de los grupos se puede comentar lo que dice Juan Pablo II sobre el aporte de la espiritualidad de comunión a la situación actual del mundo.

“Si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo hace falta *promover una espiritualidad de la comunión*, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma la persona y el cristiano”, dice Juan Pablo II (NMI #43).

¿Es la Espiritualidad de Comunión un medio eficaz para dar respuesta a las situaciones más urgentes de nuestro tiempo?

¿De qué manera podemos crecer en y hacer más concreto esta espiritualidad en nuestra vida y actividad apostólica?

Tema 11.- CAMPOS DE ACCIÓN PASTORAL Y SENTIDO COMUNITARIO

a. Texto orientador con breve presentación

Todos hemos experimentado de una u otra manera, en cuanto consagrados y particularmente cuando la gente sabe que somos agustinos, cuanto podemos ser admirados como personas, pero también hemos experimentado, no sin causarnos cierto malestar, que la mayor parte de las veces somos ignorados como comunidad. Desde esta constatación podemos preguntarnos: ¿dónde está el fallo? Seguramente que las posibles respuestas no pueden ser generalizadas, y habría que ser muy prudentes y objetivos al momento de intentar responder. Nuestro proyecto Hipona Corazón nuevo lo hizo en su momento, sobre todo en la primera etapa, y algunos individuaron cierto individualismo, poco sentido y compromiso comunitario, y demasiado activismo. De hecho, nuestro carisma basado en la comunidad y en la comunión de bienes, es propicio para que seamos promotores de comunidades: comunidad *parroquial*, comunidad *educativa*; Grupos y/o comunidades *juveniles*; Comunidades *laicales* agustinianas, etc.. Comunidades “menores” en donde podamos ser signo y expresión legibles para cuantos nos rodean, dando testimonio de una verdadera red comunión y solidaridad, es decir, testimonio de vida comunitaria.

Nuestros Documentos capitulares nos animan a una conversión comunitaria, en el sentido más pleno, es decir, una conversión a la Comunidad Agustiniana, que mire la Comunidad como lugar en donde Dios se revela, se manifiesta y actúa, y en ella poseedores de un alma sola y un solo corazón caminando en Dios, por Dios y hacia Dios, convertirnos a Cristo que se encarna en el Hermano religioso. Sólo en este movimiento de **Conversión a la Comunidad** podemos amar a Cristo, es posible que podamos abrir nuestro carisma a un amor universal, y expandir, unanime y concordemente, el suave aroma del perfume de Cristo, en las comunidades menores, en la Iglesia y en el Mundo.

(Se hace una exposición con las propias palabras del Director de los Ejercicios del texto Capitular siguiente, el cual supone una interiorización y conocimiento previo)

C. La Familia Agustiniana. Espiritualidad y misión compartidas

C-1. Los mecanismos de purificación social son imprescindibles para el crecimiento y la regeneración de un grupo. Sobre todo, cuando el autoexamen se centra en aquello que es raíz y confiere sentido. Por eso, es inexcusable preguntarnos si nuestra vida y nuestras obras son evangelizadoras. Dicho de otro modo, si sentimos la tensión de una pastoral misionera o, por el contrario, nos dejamos llevar por una actitud de resistencia conservadora y una pastoral de mantenimiento que ya ha tocado sus límites.

C-2. Esta pregunta, que estimula la reflexión y reactiva la esperanza debe ser, al mismo tiempo, una invitación a la comunión eclesial, a reforzar la unidad entre todos los miembros de la *Familia Agustiniana* y al intercambio de dones con los laicos (VC 54). Se abre así un espacio de diálogo franco y de mutua colaboración.

C-3. La *Familia Agustiniana* (Cf. CC 44), además de verse acrecentada con el aumento de vocaciones religiosas en diferentes lugares del mundo, ve con ojos de satisfacción el surgir de fraternidades laicales. Descubrimos, de este modo, que es posible mirar hacia el futuro con esperanza porque la espiritualidad de san Agustín es nuestra mejor tarjeta de presentación.

C-4. Es claro que se impone un ajuste conceptual y una planificación comunitaria para canalizar nuestro trabajo en los próximos años. No se trata de una actividad puramente técnica, sino de la justificación de unas opciones que hoy aparecen como prioritarias en muchas de nuestras asambleas.

C-5. Quienes componemos la *Familia Agustiniana* no podemos sustraernos de *manifestar una fraternidad exemplar* interna, abierta a todos los Institutos de vida consagrada y Sociedades de vida apostólica (Cf. VC 52) y de reconocer que “*ha comenzado un nuevo capítulo, rico de esperanzas, en la historia de las relaciones entre las personas consagradas y el laicado*” (VC 54).

C-6. En este contexto, el rostro de la Orden se ve agraciado con la pertenencia de las hermanas contemplativas (Cf. CC 45). “*En nosotros ejercen la vida apostólica y nosotros en ellas ejercemos más asiduamente la vida contemplativa*” (CC 45). Estas hermanas, como todas las mujeres consagradas, son *un signo de la ternura de Dios hacia el género humano* (VC 57) y su aportación a la vida de la Orden, así como la presencia de otras Congregaciones con sus carismas, es insustituible.

C-7. Los miembros de la Familia Agustiniana tenemos una función carismática en la Iglesia y una acción evangelizadora en el mundo, que tienen como denominador común *la comunidad*. Esta doble perspectiva tiene su punto de apoyo teológico en la Iglesia-comunión que pensó y soñó san Agustín. La Familia Agustiniana, junto a otras familias religiosas, constituye un modelo y una experiencia de integración en la Iglesia de todos los miembros del Pueblo de Dios. Todas las posibles formas de colaboración y conocimiento mutuo, desde la singularidad y autonomía de cada grupo, pueden contribuir a la necesaria *misión de comunión* (Cf. VC 2). La eclesiología de comunión y la operatividad en el quehacer pastoral, exigen vínculos de relación y colaboración con la Iglesia local ofreciendo al Pueblo de Dios los elementos que constituyen las señas de identidad de nuestro carisma agustiniano.

C-8. El ejercicio de la comunión tiene que pasar a través del diálogo veraz y la cooperación responsable. Sin olvidar que es, a partes iguales, fuente de complejidad y riqueza. El rumbo de la historia y el viento de la eclesiología del Vaticano II – que es una eclesiología agustiniana – nos empujan en esta dirección. Una convicción gozosa que puede fortalecer nuestro sentido de pertenencia a la Orden y a la Familia Agustiniana, y permitirnos una mayor sensibilidad hacia la anchura de los problemas humanos a los que la pastoral agustiniana está llamada a responder. Estos son los fundamentos de nuestro futuro; la ausencia de futuro es la esencia de la muerte.

b. Reflexión personal:

(A continuación se distribuyen los criterios del texto capitular para lectura y reflexión personal, incluso en la misma sala, ya que el trabajo grupal vendrá a continuación, aunque se podría siempre hacer una lectura en grupo o permitir el comentario con el compañero que está al lado después de leer cada criterio)

C-9. CRITERIOS:

- a) La Familia Agustiniana se siente depositaria de una espléndida herencia que ofrece a la humanidad y a la Iglesia. En un mundo cada vez más global, la Familia Agustiniana se presenta como signo de comunión y de unidad en la diversidad.
- b) Los agustinos, los monasterios femeninos que se levantan en distintas naciones, las Congregaciones religiosas con las que compartimos una misma espiritualidad y las múltiples Fraternidades que agrupan a un número considerable de laicos en todo el mundo, constituyen el patrimonio más preciado de la Familia Agustiniana.
- c) Nada hay que signifique superioridad o excelencia sobre los demás modos de vida cristiana. Somos uno por la caridad, muchos por el número (Cf. In Ps. 101,1,18). La única polarización o sello peculiar, es la singularidad de cada vocación. *“Existe una auténtica igualdad entre todos en cuanto a la dignidad y la acción común a todos los fieles en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo”* (LG 32).
- d) Los religiosos y religiosas descubrimos y profundizamos nuestra forma de vivir y nuestra espiritualidad en nuestra relación con los laicos. El contacto con ellos da sentido a nuestra consagración y donación al servicio de la Iglesia y en el trato con ellos se afianza nuestra vocación
- e) Es un deber moral de todos conocer, por medio del estudio, y proponer, a través del testimonio de vida, del ministerio de la predicación, de la enseñanza y de una presencia cualificada en los medios de comunicación, el itinerario humano-religioso de san Agustín hacia la felicidad, la verdad y el amor.
- f) Debemos ofrecer nuestro servicio evangelizador desde la espiritualidad agustiniana. *“Si no reparto la Palabra de Dios, si me guardo el tesoro, me aterroriza el Evangelio”* (Serm. 339,4). En un momento de espiritualidades fragmentarias, es importante y necesario subrayar el carácter eclesial de la espiritualidad agustiniana y el empeño por la unidad en la Iglesia. *“Quien no es amigo de la unidad, es enemigo de la caridad”* (Serm. 33,5)
- g) En el horizonte de una conversión permanente, actualizar los instrumentos de renovación, tanto personal como comunitaria, teniendo como referencia, además del evangelio de Jesús, la realidad social y eclesial próximas. En esta línea es encomiable, y puede servir de indicador para otras circunscripciones de la Orden, el esfuerzo de todos los hermanos que participan en el desarrollo del Proyecto de Revitalización de la Orden en América Latina
- h) Es imprescindible una atención especial al laicado. La figura y el mensaje de san Agustín despiertan simpatía en los hombres y mujeres de nuestro tiempo. *“Hacer con ellos un camino de fe y de formación en la espiritualidad agustiniana, con el fin de construir y ofrecer el mismo Reino de Dios”* (CGO ‘95, Doc. 17; Cf. CGI ‘98, Doc. 12). Prestar los medios más adecuados para la formación de hombres y mujeres que puedan servir de animadores del laicado y de los jóvenes agustinianos, desde la preparación doctrinal más completa y el argumento persuasivo de su vida, porque *“los oyentes escuchan más obedientemente al predicador por el testimonio que da con su vida, que por todas las palabras que diga”* (De Doctr. Chr. 4,27,59).
- i) La Iglesia no duda en privilegiar hoy la pastoral juvenil. Hasta el punto de considerarla opción preferencial para la Iglesia de América Latina (Doc. Puebla 1186). Esta opción, válida para toda la Iglesia, significa prestarnos, las personas y las comunidades, a la acogida, el acompañamiento y la fraternidad con los jóvenes.
- j) Ante el nuevo milenio, fortalecer y apoyar la presencia de la Orden en la urgente “nueva evangelización de Europa”.

- k) El conocimiento y el interés por el mundo agustiniano va unido, con frecuencia, al contacto con una geografía o un lugar determinado. Se justifican así las peregrinaciones a lugares agustinianos. Preparadas convenientemente, pueden ser momentos privilegiados para conectar con la persona y la obra de san Agustín, al tiempo que favorecen la creación de grupos o la cohesión de los ya existentes.
- l) Un modo de potenciar el trabajo vocacional en toda la Orden, puede ser formando equipos de promoción con las hermanas agustinas y con los laicos.
- m) Es imprescindible utilizar los medios modernos de comunicación para divulgar en el mundo contemporáneo la figura y el mensaje de san Agustín.

c.Trabajo por Grupos

(Breve animación de parte del Director)

El Capítulo General de 1986 que había tocado el problema de la *Evangelización y la Conversión*, en estos años de grandes commemoraciones, conviene recordar algunos puntos importantes, para ubicar nuestra discusión, habiendo recordado, naturalmente, cuales son los criterios con los cuales hacemos, construimos y edificamos la Comunidad, en este siglo XXI, y particularmente la comunidad local, por ello, en grupo podemos reflexionar y compartir nuestras conclusiones, sobre todo como un ejercicio más de CONVERSION a la Comunidad, antes de evaluar nuestros proyectos comunitarios:

21. Un indicio, aunque no exclusivo, para verificar la eficacia de la influencia de nuestra vida en el Pueblo de Dios lo constituye el número de vocaciones que atraemos y la perseverancia entusiasmada de quienes se acercan a nosotros para compartir su vida. La regla agustiniana que conforma nuestro estilo de vida es profundamente simple; en grandes líneas propone el estilo de vida que eligió Agustín y que él mismo vivió, una vez descubierto el encanto y la fuerza de Dios en su vida.

Es un estilo de vida que huye de las exageraciones, equilibrado, atento a las personas y preocupado de fomentar el amor que crea comunidad en Dios. Es una participación de la felicidad para quienes se sienten llamados. Felicidad que se comunica a los demás, y de la que tiene tanta necesidad nuestro mundo de hoy. Si nuestra vida religiosa no atrae, no es porque le falten contenido y significado. Puede ofrecer, sin duda, hoy aquel ambiente sencillo y familiar que Agustín, basándose en la experiencia de la primitiva comunidad cristiana, creó y propuso para realizar plenamente los valores del Evangelio.

La ausencia de Dios no es verdadera ausencia, dice san Agustín⁹. Las dificultades de hoy no dependen del hecho que el estilo agustiniano de vida esté superado ya o sea poco actual; mas bien son signos con los cuales Dios nos está desafiando a descubrirlo mejor y a manifestarlo a los demás. El quiere hacerse visible a través de nuestra vida para ofrecerse al mundo de hoy como Buena Nueva de gozo y de salvación, como fuerza para quien cree en la Palabra¹⁰.

El escaso número de vocaciones en diversas partes del mundo nos compromete a hacer una evaluación crítica de nuestro modo de vivir la Regla:

¿Aparece en él, ante el mundo, la belleza del ideal que la Regla propone?

¿Cómo podemos mejorar y hacer más sencilla nuestra vida común para que aparezca claramente en ella la presencia de Cristo?

Nuestro trabajo consistirá precisamente en retomar estas dos preguntas. Si es posible, tengamos en cuenta lo que hemos señalado antes, sobre los problemas más urgentes para nuestra circunscripción y en nuestro país, para ubicar nuestra discusión, y desde luego, la Regla de San Agustín.

d. Plenaria o presentación en la celebración

⁹ Sermo 235,3.

¹⁰ Cfr. Rom 1,16.

En el plenario o en el acto penitencial de la Celebración se incorporan las conclusiones de los grupos sobre el trabajo por grupos respecto a la parte final del texto capitular: “El escaso número de vocaciones en diversas partes del mundo nos compromete a hacer una evaluación crítica de nuestro modo de vivir la Regla”:

¿Aparece en él, ante el mundo, la belleza del ideal que la Regla propone?

¿Cómo podemos mejorar y hacer más sencilla nuestra vida común para que aparezca claramente en ella la presencia de Cristo?”

Tema 12.- APLICACIÓN A LOS NIVELES DE ACCIÓN

Nuestra tercera opción (**Optamos por un estilo de presencia en el mundo que responda, desde nuestro carisma, al desafío de los signos de los tiempos y lugares, como signo e instrumento de comunión con la humanidad**) nos presenta las siguientes exigencias:

1. tratar de vivir y secundar el plan de Dios ya en marcha en el mundo, saber leer los signos de los tiempos, promover la renovación del mundo que esa lectura implica, así como la renovación y revitalización constante de la misma Iglesia y de la Orden
2. tratar de vivir y promover, dentro y fuera de nuestra comunidad, relaciones de fe, esperanza y caridad; ser una “Iglesia doméstica”, imagen de la comunión trinitaria, que es el horizonte último de todas las relaciones humanas, interpersonales y sociales, en el amor y la verdad
3. tratar de vivir y promover una cultura de comunicación, de participación y dialogo, de solidaridad y corresponsabilidad, de fraternidad y comunicación de bienes entre personas, generaciones, razas, culturas, religiones, géneros...

Para que estos ejercicios espirituales no terminen en píos deseos sino con propósitos firmes para encaminarnos mejor en el proceso de crecimiento en la santidad comunitaria, OFRECEMOS:

- una hoja para formular aplicaciones concretas a nivel personal y comunitario de los principales temas expuestos
- los criterios de discernimiento sugeridos en el *Documento Espíritu Nuevo*.

Después de un tiempo de reflexión y trabajo personal, se reúnen por comunidad local para poner en común los propósitos que desean compartir.

Optamos por un estilo de presencia en el mundo que responda, desde nuestro carisma, al desafío de los signos de los tiempos y lugares, como signo e instrumento de comunión con la humanidad

A la luz de los temas expuestos durante estos ejercicios, y dentro del esquema práctico de los distintos niveles de acción del proyecto, te invito a formular un (o más) propósito para llevar a la práctica en esta etapa operativa del proyecto como persona y como comunidad local.

EXIGENCIAS	Exigencia 1. tratar de vivir y secundar el plan de Dios ya en marcha en el mundo, saber leer los signos de los tiempos, promover la renovación del mundo que esa lectura implica, así como la renovación y revitalización constante de la misma Iglesia y de la Orden	Exigencia 2. tratar de vivir y promover, dentro y fuera de nuestra comunidad, relaciones de fe, esperanza y caridad; ser una “Iglesia doméstica”, imagen de la comunión trinitaria, que es el horizonte último de todas las relaciones humanas, interpersonales y sociales, en el amor y la verdad	Exigencia 3. tratar de vivir y promover una cultura de comunicación, de participación y dialogo, de solidaridad y corresponsabilidad, de fraternidad y comunicación de bienes entre personas, generaciones, razas, culturas, religiones, géneros
I. Vida comunitaria			
II. Vida pastoral			
III. Formación inicial y permanente			
IV. Gobierno			
V. Espiritualidad y renovación			
VI. Administración de bienes			

LOS CRITERIOS DE DISCERNIMIENTO PARA PONER EN PRÁCTICA LOS PRINCIPIOS ILUMINADORES DE LA MISIÓN DE LA ORDEN EN AMÉRICA LATINA

1. Revisar nuestras obras y actividades pastorales para ver si responden a las necesidades reales del pueblo y a las exigencias de la Nueva evangelización.
2. Plantearnos con sinceridad y realismo la necesidad de realizar un proceso de inculturación dentro de la Orden.
5. Cada circunscripción debe sentirse comprometida con los marginados de su propio ambiente y debe evaluar sus apostolados para determinar si responden a las necesidades de la Iglesia hoy, y sobre todo a las necesidades de los pobres y marginados (Capítulo General 1995, Programa capitular, n. 23), superando las formas que puedan ser paternalistas.
6. Respetar y valorar las manifestaciones populares de la religiosidad, descubriendo y aprovechando en ellas su fuerza evangelizadora.
7. Hacer efectiva una opción por los jóvenes, desarrollando una pastoral juvenil desde los mismos jóvenes y con un lenguaje adecuado.
8. Aprender a mirar, más allá de la Orden y de la misma Iglesia, hacia el Reino de Dios ya presente en el mundo y que nos interpela desde los más pobres, evitando que conceptos como "las glorias históricas" o "el bien de la Orden" ocupen el centro de nuestra escala de valores.
9. Identificar, tanto en nuestra propia vida como en la sociedad, los "signos" actuales del Reinado de Dios y el pecado personal y social que se opone a él, actuando proféticamente ante ellos.
10. Actualizarnos teológicamente, en especial en relación con la eclesiología y la acción pastoral, desde la perspectiva del C. Vaticano II y el Magisterio latinoamericano.
11. Revisar nuestras obras y actividades pastorales para ver si promueven la creación de CEBs y otras formas de pertenencia a la Iglesia con auténtico sentido comunitario.
13. Considerar la manera de colaborar en apostolados entre distintas circunscripciones (Capítulo General 1995, Discurso programático, 22 - 23).
14. Revisar si la Comisión de Justicia y Paz está influyendo en la reflexión y acción de cada una de nuestras circunscripciones.
15. Fomentar la participación y el liderazgo de los laicos, incluso a nivel de decisión, en nuestras actividades pastorales.
16. Hacer una adecuada relectura de los votos de acuerdo a su sentido profético y liberador en el contexto latinoamericano.
17. Actualizar la teología de la vida religiosa que ofrecemos a nuestros formados en el período de formación inicial.
18. Elaborar programas periódicos y sistemáticos de Formación permanente que permitan descubrir el sentido profético y testimonial de nuestra consagración.
20. Denunciar y eliminar las incoherencias y abusos personales o comunitarios en la práctica de la perfecta comunión de bienes.
21. Revisar las obras y actividades pastorales para determinar si promueven el carisma agustiniano de comunidad, tanto entre los frailes como entre los laicos que participan en ellas (Capítulo General 1995, Programa capitular, 23 a.b.).
22. Fomentar los estudios agustinianos, especialmente conociendo lo publicado y reflexionado en AL.
23. "Considerar un cambio de los apostolados que no correspondan a las necesidades más urgentes de hoy. Es inútil hablar de nuevas fronteras si no está unido a la capacidad de un serio y valeroso discernimiento y

evaluación, con el fin de abandonar actividades menos significativas en favor de otras, y para dejar lugares menos importantes en favor de nuevas presencias" (Capítulo General 1995, Programa capitular, 23 b.).

24. Recuperar el espacio privilegiado de la interioridad en nuestra espiritualidad, propiciando espacios y tiempo de oración, reflexión y contemplación personal y comunitaria.
25. Fortalecer las relaciones interpersonales profundas (cfr. Doc. de Puebla, 730).
26. Animar la creatividad para propiciar una liturgia más inculturada y participativa en nuestras comunidades religiosas.
27. Potenciar los momentos comunitarios de oración y convivencia (asamblea o capítulo de la circunscripción, capítulo local, revisión de vida, días de retiro, retiros anuales...).
28. Asumir compromisos comunitarios que se puedan afrontar como proyecto común.
29. Conformar comunidades de al menos tres miembros, que hagan posible una convivencia fraterna.
30. Evitar actitudes de clericalismo, no estimulando ni aprovechando en beneficio propio las situaciones de privilegio que podamos tener frente a nuestro pueblo.
31. Promover comunitariamente las vocaciones a la vida agustiniana, de modo que todos los hermanos se sientan involucrados en su promoción y formación.
32. Colaborar en la formación inicial entre las diversas circunscripciones
33. Elaborar programas de Formación permanente en todas las circunscripciones o a nivel regional (v. gr. cursos de OALA), que incluyan temas de biblia, patrología, teología y realidad y teología latinoamericanas
34. Que las circunscripciones fomenten el intercambio de experiencias para que los formandos puedan tener una experiencia pastoral entre los más pobres (Capítulo General 1995, Programa capitular, 26 a)
35. Crear formas de lectura personal continua como medio de formación permanente.
36. Respetar el proceso comunitario de la toma de decisiones, tanto a nivel local como de la circunscripción, evitando autoritarismos, individualismos, falta de responsabilidad y participación.
37. Revitalizar la celebración y estructura de los capítulos locales.
41. Aceptar gustosamente actividades y servicios no remunerados o que no supongan grandes ingresos, pero que sean expresión de solidaridad social.
42. Estructurar la administración económica de cada circunscripción de forma transparente y más centralizada, en vista de una mayor comunión de bienes (Capítulo General 1995, Programa capitular, 5)
43. Observar la justicia social, que no siempre coincide con las disposiciones legales de cada país, en la contratación y remuneración del personal que labora en nuestras obras.
44. Facilitar a los jóvenes formandos el conocimiento y uso adecuado de los modernos medios de comunicación e informática.
45. Favorecer acciones que implican un sistema de información y consulta, reflexión, decisión, diálogo, programación y revisión.
46. Potenciar los medios existentes (boletines de circunscripciones...) para fomentar el proceso de renovación y revitalización de la Orden en AL.

ANEXOS

I

EL FUTURO DE LA ORDEN EN AMÉRICA LATINA y EL CARIBE

La **perspectiva cristiana** es siempre una perspectiva de futuro, desde la tensión escatológica del “ya, pero todavía no”, fundamentada en el Misterio pascual de Jesucristo y la tarea histórica de la construcción del Reino. La fe nos dice que el Evangelio tiene futuro, y la experiencia y la sociología parecieran decirnos que gran parte de ese futuro está hoy en lo que hemos venido llamando “Tercer mundo”, y de un modo especial en el “Continente de la esperanza” latinoamericano. La perspectiva de futuro en América Latina, implica siempre para el creyente un reto y un desafío. Exige leer los signos de los tiempos, docilidad a la obra del Espíritu, disponibilidad ante el plan de Dios, y capacidad de respuesta evangélica en cada momento histórico. Por ahí va sin duda el tema de la nueva evangelización, cuando se toma en serio y no se reduce a un fácil slogan.

El desafío principal por eso me parece que es, en este sentido, aceptar que **la vida y la acción de la Orden en América Latina debe plantearse consciente y coherentemente con perspectiva de futuro**. Lo que pareciera obvio, pero no lo es con frecuencia en la práctica: no es difícil reconocer con bastante frecuencia en nuestra realidad latinoamericana planteamientos básicamente fundamentados en el pasado (la historia, la gloria de la Orden, lo que siempre se hizo...) o limitados al presente (inmediatismo cerrado en los problemas o situaciones concretos de cada circunscripción...). El individualismo y el exagerado activismo –repetidamente señalados como los aspectos más negativos de la Orden en América Latina a través de todas las evaluaciones realizadas en los últimos años- son sin duda a la vez causa y consecuencia de esta carencia de perspectiva de futuro.

Sería deseable, en efecto, un mayor análisis y compromiso con los temas centrales de la realidad social y eclesial de América Latina, en los que de verdad se juega su futuro: globalización, narcotráfico, integración, desarrollo económico, modelos culturales, mundo indígena, laicado, comunidades de base, ministerios eclesiales, estructuras de iniciación, inculturación..., por no citar más que algunos y sin descender a problemas más concretos.

Seguramente, **es la hora de hacer un buen examen de conciencia, personal y colectivo**, a este respecto. Y, si somos sinceros, tendríamos que reconocer que en demasiados casos vivimos en América latina bastante al margen de estas realidades, despreocupados de ellas por ocuparnos en nuestras tareas, sin duda bienintencionadas pero repetidas desde hace muchos años sin un mínimo de creatividad, o sin la imprescindible evaluación seria y periódica.

Sólo así podría explicarse los criterios –poco actualizados por no decir inmobiliistas, y a veces incluso contrarios a la doctrina de la Iglesia...– que se pueden escuchar en las conversaciones más o menos informales de algunas de nuestras comunidades en América Latina sobre temas como el neoliberalismo, la violencia, la política, la justicia social, los derechos laborales, la teología, la Iglesia, la acción pastoral, la vida religiosa, las estructuras comunitarias, la espiritualidad.

A pesar de lo dicho hasta ahora, no quiero de ninguna manera transmitir una visión pesimista de la vida de la Orden en América Latina. Desde hace siglos, por la gracia de Dios y la generosidad de muchos hermanos, los Agustinos venimos desarrollando aquí una fructífera acción pastoral y social en los más diversos ámbitos, en ejemplar sintonía con las Iglesias locales, bendecida hoy además por el surgimiento de fraternidades seculares y vocaciones a la vida religiosa agustiniana. Y, lo que es más importante en la actualidad, con una creciente inquietud por la renovación y la revitalización de nuestra vida y acción; una realidad en la que, con luces y sombras por supuesto, se han dado pasos claros y es preciso reconocer el impacto positivo de OALA y del Proyecto de Revitalización.

La importancia de este Proyecto de vida y acción es evidente. Ya ha dado sus frutos, propiciando una dinámica de diálogo, reconciliación y comunión entre los Agustinos de América Latina, pero por supuesto no sin resistencias, deficiencias y dificultades. Desde hace dos años (“Vida nueva”, Bogotá, junio 2001) se encuentra en su **Etapa operativa, de decisiva importancia** para que la deseada renovación –a través

del Plan y los programas elaborados por cada Circunscripción- se haga realidad en cada uno de los 6 niveles o áreas de acción contempladas desde el principio en el proyecto:

- Vida comunitaria
- Acción pastoral (según obras y servicios)
- Formación (inicial y permanente)
- Gobierno
- Espiritualidad y renovación
- Administración económica.

Tampoco, por supuesto, el Proyecto Hipona-Corazón Nuevo tiene sentido al margen de otros proyectos de renovación a nivel eclesial y de toda la Orden. Desde su elaboración, el Proyecto se entendió como una respuesta concreta al desafío de la nueva evangelización, e intentó incorporar siempre procesos similares propuestos por la Orden, como el Documento Agustinos en la Iglesia para el mundo de hoy (CGI 1998), objeto de reflexión en los Ejercicios Espirituales para todas las Circunscripciones latinoamericanas. Actualmente, puede enriquecerse también con las propuestas del CGO 2001, de la Carta dirigida a toda la Orden en noviembre del año pasado (13-XI-2002), y del próximo Jubileo agustiniano 2004-2006.

Las urgencias principales o líneas básicas de cara al futuro de la Orden en América Latina podrían, en mi opinión, resumirse y concretarse más en torno a los siguientes temas:

CONVERSIÓN

Ya el Vaticano II insistió en que cualquier proyecto de renovación de la vida religiosa sería inútil sin fundamentarse en la fidelidad al seguimiento de Cristo desde la norma suprema del Evangelio (PC, 2 a). La renovación que busca el Proyecto Hipona es ante todo, en esta línea una renovación espiritual : de nuestra consagración a Dios en el seguimiento de Cristo. Se trata de un proceso de conversión, lo que explica a la vez las dificultades o resistencias surgidas y la necesidad de que se extienda a todas las dimensiones de nuestra vida:

conversión PERSONAL, desde nuestra experiencia de fe compartida y fortalecida por la oración, en actitud de interioridad y continua confrontación con la Palabra de Dios: una dimensión de la conversión que es tarea y responsabilidad de cada hermano, como persona y como creyente, pero que no puede darse por supuesta ni diluirse en el ámbito comunitario

conversión COMUNITARIA, como exigencia de nuestro carisma: desde la vivencia auténtica de la comunión fraterna, la perfecta vida común expresada en la comunión de bienes, las relaciones interpersonales sinceras y profundas, las adecuadas estructuras de participación y diálogo, la apertura comunitaria a la Iglesia local, el laicado, los jóvenes...Sigue siendo actual en este sentido la advertencia del Documento de Dublín: sin renovación comunitaria no solucionaremos ninguno de nuestros problemas!

conversión PASTORAL: una expresión acuñada precisamente en el ámbito latinoamericano (Conferencia de Santo Domingo) y que nos debe hacer pensar...Implica renovación de criterios, prácticas, actitudes, superando la rutina y la inercia pastoral, para crecer en la inquietud misionera, la disponibilidad frente a las necesidades de la Iglesia y la Nueva evangelización, la inserción en la pastoral orgánica .

B)

OPCIÓN PREFERENCIAL POR LOS POBRES

La situación de injusta pobreza, miseria, desigualdad y violación de los derechos humanos que continúa sufriendo la mayoría del pueblo latinoamericano ha sido señalada repetidamente y a todos los niveles eclesiásticos como el principal desafío para los creyentes en el Evangelio del amor, la justicia, la fraternidad y la paz. Ni la misión evangelizadora de la Iglesia ni el testimonio propio de la vida religiosa son posibles ni creíbles al margen de esta realidad. Exigen una opción preferencial por los pobres evangélica, firme e irrevocable, por usar palabras del Episcopado latinoamericano. Y no retórica, habría que añadir...

Desde el CGI de México (1982) se han multiplicado a todos los niveles y en todas las instancias de la Orden múltiples declaraciones en torno a la opción por los pobres. Gracias a Dios, acompañadas por el testimonio real, abnegado y ejemplar de muchos hermanos, también por supuesto en América Latina. Pero sería ilusorio no reconocer que nuestra conversión en este aspecto, como la de toda la Iglesia, no es aún suficiente. Y que también en América Latina podemos y debemos preguntarnos todavía si de verdad estamos convencidos de que no se puede servir a Dios y al dinero, si de verdad no debemos ser más sensibles al clamor de los pobres, si de verdad sabemos reconocer en su rostro a Cristo sufriente.

Casi todas las circunscripciones de América Latina tienen fondos de solidaridad. Algunas circunscripciones ya han respondido también a la invitación del Capítulo General de 2001 a pensar en el continente de África, ofreciendo un apoyo económico como signo de solidaridad. Aún así, sería conveniente preguntarnos si los gestos que hacemos son – como propone Jesús en el Evangelio – de lo que nos sobra, o si damos con generosidad y sacrificio desde nuestra pobreza. (Lc 21, 1-3).

C) FORMACIÓN

Este es otro punto clave, tantas veces comentado, y de especial urgencia ante la realidad latinoamericana. No es exagerado decir que el futuro de la Orden depende en gran parte de este aspecto formativo:

Fomación INICIAL, cuya adecuada estructuración y atención es desde luego un desafío y también una obligación de justicia frente a los candidatos latinoamericanos. Ha habido una seria inquietud y notables avances en este tema durante los últimos años, pero todavía persisten problemas y deficiencias de importancia: criterios de pastoral vocacional y de selección de candidatos, improvisación de personal y programas en la casa de formación, formadores sin interés o preparación, desatención de aspectos formativos concretos (humano y psicológico, agustiniano...).

El problema reviste particulares características si tenemos en cuenta la vinculación o dependencia de la mayoría de las Circunscripciones latinoamericanas respecto a las de otros países. Surge entonces una especie de círculo vicioso: las deficiencias reales de la formación en América Latina son invocadas como causa de que los candidatos sean enviados a formarse fuera, y esta política origina a la vez el que nunca se afronten ni resuelvan los problemas de la formación en América Latina... Sin "sacralizar" el tema de la inculturação ni ignorar las ventajas de un contacto con otras culturas y centros de estudio, no parece de recibo la fórmula de enviar sistemáticamente a todos los formandos (sean novicios o profesos, filósofos o teólogos) latinoamericanos de una Circunscripción a Europa o USA. Mucho menos si en el fondo la razón principal es la poco evangélica "ley del mínimo esfuerzo": es más fácil que organizar la formación en América Latina, cuesta menos (también económicamente) y resuelve de paso el problema de la escasez de alumnos en otros países. Es verdad, pero pienso que eso es actuar sin perspectiva de futuro... En el último encuentro de nuevos superiores (Roma, noviembre 2002), varios de los participantes propusieron la idea de crear un centro de estudios agustiniano en América Latina. ¿Podría ser este encuentro la oportunidad para avanzar con esa propuesta?

Formación PERMANENTE

"Formación permanente o frustración permanente", afirma gráficamente uno de los actuales especialistas en vida religiosa... El principal problema vocacional dentro de la misma vida religiosa, se ha dicho también, no es el de la falta de candidatos o el de su formación, sino el cultivo de la vocación de los hermanos ya profesos de solemnes.

En el documento del Capítulo General Ordinario de 2001, se afirma la urgencia de este aspecto de nuestra vida: "La renovación adecuada de los institutos religiosos depende principalmente de la formación de sus miembros' (PI 1) en dos niveles: formación inicial y permanente. En este momento, lo que más nos interesa es la última, que nos desafía 'a avivar continuamente nuestra vida espiritual', y 'a encontrar cada día un renovado sentido a la vida común y a la fraternidad, y remozar incansablemente nuestra misión de anunciar el Evangelio' (RI 119)... Todo instituto religioso, pues, tiene una grave responsabilidad en la programación, puesta a punto y constantemente revisión de un programa de formación permanente apropiado para todos sus miembros."(A1-A2).

He aquí por eso otro serio interrogante de cara al futuro de la Orden en América Latina. La mayoría de las Circunscripciones carece de programas de formación permanente, y las que dicen tenerlo reconocen que no funcionan o dejan mucho que desear... No tendrá esto ninguna relación con las crisis de muchos hermanos, incluso al poco tiempo de la profesión solemne o la ordenación?

D) COLABORACIÓN

En la Carta del 13 de noviembre de 2002, aludía ya también al exceso de individualismo y al abuso del "privilegio de nuestra diversidad" para negarnos a una mayor colaboración dentro de la Orden. El diagnóstico es válido también para América Latina y, en mi opinión, constituye una de las mayores muestras de falta de perspectiva de futuro que afecta a no pocos hermanos en América Latina.

También en este campo es preciso reconocer los avances conseguidos (noviciado y Unión en Brasil, teologado en Cochabamba, programa de formación de los tres vicariatos en Perú, noviciado en Barquisimeto, experiencias pastorales en misiones...), pero no podemos ignorar las dificultades,

resistencias y “capillismos” que aún subsisten. La actividad pastoral, la formación inicial y permanente, la espiritualidad agustiniana y –por qué no?- la economía son por ejemplo campos donde un mayor espíritu de fraternidad y mutua colaboración podría ser decisivo para el bien de la Orden en América Latina, ya en la realidad actual y más aún para un futuro cada vez más próximo. Todos conocemos seguramente casos y aspectos concretos en este sentido.

A modo de conclusión, es obvio señalar que los protagonistas y responsables directos del futuro de la Orden en América Latina son y serán evidentemente los mismos hermanos que viven y trabajan en ese Continente. Y cada vez más, por otra parte, los más jóvenes nacidos en el mismo continente (una perspectiva de futuro que tampoco podemos olvidar...).

Pero a veces la realidad se ve mejor con ayuda de otros ojos fuera de la misma realidad, y seguramente esto forma parte también del servicio que el Consejo General puede prestar, en este caso, a los Agustinos de América Latina, como ya lo ha hecho sin duda a través del Proyecto Hipona-Corazón nuevo, y como ya lo han hecho también OALA y algunos hermanos con visión y actitudes más “proféticas”.

Este encuentro “Vida siempre nova”, nos brinda sin duda la oportunidad de preguntarnos qué podemos y debemos hacer por el futuro de la Orden en América Latina. Y nos urge a trabajar para lograr pasos muy concretos, con proyectos factibles y eficaces, para fortalecer nuestra identidad, nuestra presencia y nuestro servicio en la Orden y la Iglesia.

Preguntas para la reflexión personal y comunitaria

¿Cuál de las urgencias principales identificadas por el Prior General te parece prioritario para nuestra circunscripción (o identifica otra urgencia no contemplada por el Prior General)

¿En qué aspecto de nuestra vida religiosa y de nuestra vida apostólica se detecta cambios positivos en los últimos 10 años?

II -ACTO PENITENCIAL-

I. RITOS INICIALES

- 1.- Canto de entrada.
- 2.- Saludo litúrgico e introducción del Presidente: **Gracia, misericordia y paz a vosotros de parte de Dios nuestro Padre y de Jesucristo, su Hijo nuestro Señor.**
- Amén.

El Presidente de la celebración se dirige a la asamblea con estas palabras u otras similares:

Hermanos: En este día el Señor nos invita a acoger su Proyecto sobre el Mundo, que El creó, y a comprometernos con él:

De la Constitución sobre la Iglesia en el Mundo Actual:

La Iglesia “está presente ya aquí en la tierra, formada por hombres, es decir, por miembros de la ciudad terrena, que tiene la vocación de formar en la propia historia del género humano la familia de los hijos de Dios, que ha de ir aumentando sin cesar hasta, la venida del Señor. Unida ciertamente por razón de los bienes eternos y enriquecida con ellos, esta familia ha sido «constituida y organizada por Cristo, como sociedad en este mundo» (lumen Gentium, I,8), y está dotada de los medios adecuados propios de una unión visible y social. De este forma la Iglesia, entidad social visible y comunidad espiritual, avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo, y su

razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios.

Esta compenetración de la ciudad terrena y de la ciudad eterna sólo puede percibirse por la fe; más ún, es un misterio permanente de la historia humana que se ver perturbado por el pecado hasta la plena revelación de la claridad de los hijos de Dios. Al buscar su propio fin de salvación, la Iglesia no sólo comunica la vida divina al hombre, sino que además difunde sobre el universo mundo en cierto modo, el reflejo de su luz, sobre todo curando y elevando la dignidad de la persona, consolidando la firmeza de la sociedad y dotando a la actividad diaria de la humanidad de un sentido y de una significación mucho más profundos. Cree la Iglesia que de esta manera, por medio de sus hijos y por medio de su entera comunidad, puede ofrecer gran ayuda para dar un sentido más humano al hombre y a su historia” (GS, IV, 40).

* Meditación en silencio.

3.- Celebrante: **Escucha, Señor, a tus hijos, que reconocen sus deficiencias en la acción y en la omisión. Que liberados por tu amor paterno, sepamos acoger tus designios y ser mediadores de tu amor hacia los hombres que amas como hijos en tu Hijo Jesucristo. Por J.N.S.- Amen.**

II. Liturgia de la Palabra

Posibles lecturas:

- = 1a Lectura: 2Cor. 5, 16-21.- En Cristo Dios reconcilió consigo al mundo...
- = Salmo responsorial: Salmo 8.- ¡Qué admirable es tu nombre en toda la tierra!
- = Evangelio: Jn.1, 1-4 y 10-14.- Nada de cuanto existe fué hecho sin Él. .
- = Homilía.

III.- EXAMEN DE CONCIENCIA.- Un lector puede sugerir algunas consideraciones para hacer un breve examen de conciencia.

* Meditación penitencial: Un lector proclama los siguientes textos de la Palabra, dejando unos breves momentos de silencio, para la reflexión personal, después de cada uno:

Lector: **Hermanos, revisemos y confrontemos nuestra vida a la luz de la Palabra:**

Dios ama al mundo

1.- “*El Hijo del Hombre no ha sido enviado para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por El*” (Jn. 3, 17 y 12, 47).

2.- “*Yo vine al mundo para decir lo que es la verdad. Y cuantos pertenecen a la verdad, me escuchan*” (Jn. 18, 37).

3.- “*Tanto amó Dios al mundo, que le envió a su Hijo Primogénito. Para que todo el que lo acepte no muera, sino que tenga vida eterna*” (Jn. 3,16)

Tenemos la misión de transformar el mundo

4.- “*Yo soy la luz del mundo. Quien me sigue no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida*” (Jn. 8, 12). ”*Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo*” (Jn. 9, 5)

5.- “*Padre, como Tú me enviaste al mundo, así yo también los envío al mundo*” (Jn. 17,18).

6.- “Ustedes son la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve insípida, ¿cómo recobrará el sabor?” (Mt. 5,13).- “Ustedes son la luz del mundo... Nadie enciende una lámpara para taparla con un cajón” (Mt. 5, 14-15).

7.- “Id por todo el mundo y anunciad la Buena Nueva a toda criatura” (Mc. 16, 15).

Dice la Iglesia:

8.- “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo... La Iglesia, por ello, se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia” (GS,1)

9.- “La misión de la Iglesia es religiosa y, por eso, plenamente humana” (GS 11).

10.- “La Iglesia Católica nada rechaza de lo que en otras religiones hay de verdadero y santo..., que no pocas veces reflejan el destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres” (Nostra Aetate, 2). Puebla añade: “La acción del Espíritu Santo llega aun a aquellos que no conocen a Jesucristo” (n. 208). “Tal acción de Dios se da también en el corazón de hombres que viven fuera del ámbito perceptible de la Iglesia” (n. 226).

Habla San Agustín

11.- “Lo que Dios pide de ti es que defiendas el derecho y amas la lealtad” (Ciud. Dios, X, 5).

12.- “Lo leído en el profeta (Is. 1, 11-17) se refería al hombre que buscaba con qué sacrificios aplacar a Dios. Se le comunicó que Dios no buscaba en él otra cosa que hiciese juicio y practicase la justicia... El trabajo en la viña del Señor es la justicia... El trabajo de Dios es la justicia” (Sermon 49, 1-2).

13.- “El amor al prójimo lleva consigo hacer bien, unas veces al cuerpo y otras al alma” (De Moribus Ecc. Cath., I, 27, 52).

14.- “Hombre soy y nada de lo humano me es ajeno” (Carta 155,14).

* Canto penitencial

IV.- PRECES PENITENCIALES

Sacerdote: Con el espíritu filial de Jesucristo, oremos al Padre, para que bendiga nuestros anhelos de renovación, y acoja nuestro compromiso de aliarnos con El para la Causa del Reino.

Lector:

1.- Padre bueno, que has amado de tal modo al mundo que le enviaste a tu Hijo Primogénito para encaminarlo a la Meta Feliz que Tú mismo le asignaste,

-Todos: Ayúdanos a acoger con gozo y generosidad el mandato de Cristo de ser sal, luz y fermento del mundo en que vivimos, para transformarlo de acuerdo a tu Proyecto.

***(O bien: Acoge, Padre, nuestra oración).**

2.- Tú que soñaste con una gran familia de hijos, en tu Hijo Amado Jesucristo, y decidiste para ello crear el mundo y la humanidad,

- *Danos ser creadores de fraternidad entre los hombres y tratar con espíritu fraternal, aun a aquellos que no nos reconocen como hermanos.*

3.- Tú que has querido poner tu felicidad, no en el obsequio de las ofrendas, sacrificios y servidumbre de los hombres, tu hijos, sino en que ellos forjen su felicidad en la unidad, la armonía, la solidaridad y la comunión fraternas,

- *Ayúdanos a ser testigos transparentes de tu Amor de Padre, y de amor y compromiso con todos los hombres.*

4.- Sabemos, Padre, que eres Tú el primero en lamentar las desigualdades, injusticias, egoísmos, discriminaciones y violencias del mundo que hemos construido; y el primero en suplicarnos que cambiemos de corazón,

- *Queremos ser mediadores de tu amor, poniendo nuestra parte para el logro de un mundo mejor y más humano.*

5.- Tu nos declaras, en tu Palabra Revelada, que no existe sino un sólo Dios y Padre de todos. Pero en tu nombre, cada religión de la tierra ha menoscambiado, odiado, rechazado y aun hecho la guerra a los que te nombran y te piensan de manera diferente.

- *Haznos instrumentos del amor, la paz y la concordia que proceden de Ti.*

6.- Tu Hijo, Jesucristo, amó a todos. Con predilección a los hijos pródigos y a las ovejas descarriadas para, desde el amor, volverlas a tus caminos.

- *Enséñanos a detestar siempre el pecado, pero amar siempre al pecador, que lleva en sí tu imagen y del que no quieras la muerte, sino que se convierta y viva.*

7.- Tú que acogiste paternalmente al extraviado Agustín, y lo colmaste de tu Espíritu, de cuya herencia somos depositarios particularmente los Agustinos,

- *Bendice a nuestra Orden Agustiniana para que sepa renovarse en ese mismo Espíritu, y siga enriqueciendo así al mundo y a la Iglesia.*

*Los participantes pueden añadir otras peticiones.

V.-ORACIÓN DE AGRADECIMIENTO

El Presidente invita a la Asamblea a agradecer al Señor por el don de la gracia recibida cantando el **Magníficat**.

Terminado el canto, el Presidente concluye la celebración con la siguiente oración:

Padre de misericordia y Dios de todo consuelo, que no quieras la muerte sino la conversión de los que andan fuera de camino; ayuda a tu pueblo para que vuelva a ti y viva. Concédenos escuchar siempre tu voz, dejarnos guiar por tu Santo Espíritu en el camino de la vida y, agradecidos por tu perdón, progresaremos en todo y siempre en la adhesión a Cristo tu Hijo que nos ha llamado a seguirle en el camino de los consejos evangélicos. El, que es Dios y vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

- Todos: Amén

.*El presidente invita a la asamblea a darse el signo de la paz, mientras se entona un canto apropiado.

VI. Ritos finales

5.- Invocación de reconciliación del sacerdote.- **Dios todopoderoso tiene misericordia de nosotros, perdona nuestros pecados y nos promete la vida eterna.**

- Amen.

6.- Expresión compartida de paz y reconciliación.

*Canto de acción de gracias

III

POSSIBLE MATERIAL COMPLEMENTARIO PARA LOS TEMAS DE LA SEGUNDA PARTE

NUESTRA PRESENCIA EN EL MUNDO

Tema 5.- COMO TESTIGOS Y TRASMIsoRES DEL EVANGELIO

Primera parte: Gaudium et Spes.

Segunda Parte : SAN AGUSTÍN Y LA EXPERIENCIA DE DIOS.

1.- UBICACIÓN DEL TEMA

La religiosidad de los seguidores de Jesucristo no puede reducirse a la fe en El, por profunda y sincera que sea, y al culto igualmente sincero a Dios en el templo y en la vida personal. Ha de convertirse en «luz, sal y fermento» para la transformación del mundo desde los valores del Evangelio: “**Id y evangelizad...**” ().

Nos encontramos, sin embargo, en un mundo (que llamamos «secularidad») en el que el interés por lo religioso disminuye, en la medida en que aumente el progreso, el confort y la cultura. En los países más desarrollados es evidente el aumento alarmante de la increencia o de la indiferencia religiosa. Y en los menos desarrollados, si bien se constata una religiosidad viva y dinámica, de todos modos de minorías, se teme disminuya a medida que van dando el paso al desarrollo.

Desde el ámbito de lo religioso, hemos tendido a explicar el hecho por la maldad del mundo; por el materialismo y hedonismo de la vida; por los ídolos que el mundo se ha ido creando, en sustitución de Dios. La explicación sería aceptable si no fuera tan frecuente el hecho de que en el mundo secular no faltan hombres y mujeres sinceros, honestos, íntegros y beneméritos por su relevante aporte al mejoramiento del mundo y, sin embargo, totalmente indiferentes a lo religioso o declaradamente ateos. El descrédito de la religión ha ido creciendo alarmantemente.

El Vaticano II, que hizo un significativo esfuerzo de diálogo con todos los hombres, creyentes y no creyentes, declara expresamente: “*Consciente de la gravedad de los problemas planteados por el ateísmo, y movida por el amor que siente a todos los hombres, la Iglesia juzga que los motivos del ateísmo deben ser objeto de serio y más profundo examen*” (GS 21). Y los motivos pueden estar, en buena parte, en la baja calidad religiosa de la globalidad de los creyentes: superficialidad, incoherencias, espiritualismo desencarnado, creencias sin arraigo, religión de simple cumplimiento. Es preciso reconocer que para multitud de cristianos, la religión no es más que un complemento para asegurarse «la otra vida», pero sus intereses, aspiraciones y anhelos se centran en ésta. No hay conexión ni continuidad alguna entre lo religioso y la vida real.

El año 1969, el escritor José M^a Gironella (-Cien españoles y Dios-), preguntó a cien españoles famosos si creían en Dios. Todos respondieron afirmativamente. Pero a la segunda pregunta: «Si habían tenido en su vida alguna experiencia religiosa significativa, todos respondieron que no.

Veinticinco años después (1995), volvió a hacer las mismas preguntas a otros cien españoles famosos. A la primera, aproximadamente la mitad respondieron que creían en Dios, y la otra mitad que no. En cambio, casi todos los que se declararon creyentes, respondieron que no habían tenido ninguna experiencia religiosa significativa. J.M. Aznar, católico reconocido, añadió: “Tampoco la espero, ni experimento desejo alguno de ella”.

La conclusión es clara: La generalidad de los cristianos viven un cristianismo de baja calidad. Tan de baja calidad que difícilmente resistirá a los embates de un secularismo creciente, como la misma encuesta ya insinúa. Karl Rahner concluye:

“El cristiano del futuro, o será un «místico», es decir, una persona que ha «experimentado» algo, o no será cristiano” (Rahner, Espiritualidad antigua y actual).

De ahí que el tema de la «experiencia de Dios» sea hoy de inaplazable urgencia.

2.- SAN AGUSTÍN Y LA EXPERIENCIA DE DIOS

La experiencia de Dios implica la superación de las simples creencias y prácticas religiosas para convertir la Fe en Vida. No en espacios recortados y aislados, sino que informe, ilumine y transforme todo nuestro vivir. Supone la convicción de que Dios no es simplemente objeto de creencia, sino que, en algún modo, es un hecho de experiencia: Encuentro vivencial y gozoso. Solamente entonces, el cristiano puede hablar de ser «testigo». Puede ser «testimonial», pues podrá hablar no ya de lo que «ha oído», sino de lo que ha visto y experimentado.

Es cierto que San Juan declara: “*A Dios nadie lo ha visto jamás*” (Jn. 1,18). Pero por otra parte, él mismo nos transmite las palabras de Cristo: “*Quien me ha visto a mi ha visto al Padre, que me ha enviado*” (Jn. 14,45). En algún modo, Dios puede ser visto y experimentado.

La monja Paulina escribió una carta a San Agustín preguntándole si era posible ver a Dios en alguna forma. Y San Agustín le responde con una larga carta (la 147), en la que le dice: “*Preguntas si Dios puede ser visto. Respondo: Puede...La veracísima Escritura dice: “Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios”*” (Carta 147, 37). Y pasa a explicar ampliamente de qué modo podemos ver y encontrar a Dios, en esta vida. En síntesis: El Espíritu Santo es el secreto. Y lo vemos, no con los ojos del cuerpo, o de la imaginación, sino «*con la mirada interior del corazón*» (Serm.264,2).

3.- VEMOS Y ENCONTRAMOS A DIOS EN EL ESPÍRITU SANTO

San Agustín, autor de la teología trinitaria, nos explica las funciones específicas de cada una de las Tres Personas divinas, en nuestra propia vida. Una de las múltiples imágenes trinitarias con la que define lo que Dios es en nosotros es ésta: «Esse – Intelligere – Vivere»: Ser- Entender y Amar (De Trin. XV, 6, 10):

- = En Dios, el Padre, «**creemos**».
- = Por el Hijo, el Verbo de Dios, «**entendemos**» lo que es Dios.
- = En el Espíritu Santo, «**vivimos**» la realidad de Dios.

El Dios Trinitario suscita, pues, en nuestra vida, una triple respuesta: «Credere – Intelligere – Sapere»: «Creer-entender-saborear». «Saborear» (gustar, gozar) es el verbo latino del que se deriva «sapientia=sabiduría». Porque “el verdadero sabio es el que vive unido a Dios” (De Ord. II, 2,6).

En el Espíritu Santo, Dios no es un Dios lejano, sino un «**Dios-en-nosotros**». Ya desde el momento de la creación, Dios puso en el hombre algo de su Espíritu: “*Inhaló en él su espíritu de vida*” (Gen. 2,7). Y a través de nuestro espíritu, Dios sigue presente y actuante en nosotros por el Espíritu Santo: “*El Espíritu Santo interpela a los hombres, urgiéndoles a lo que deben hacer, y prometiéndoles lo que deben esperar. El mismo inflama nuestra mente con los anhelos del apremio, para que estemos dispuestos a realizar por amor lo mandado, más bien que por temor a lo que nos desagrada*” (Serm.16,1). -“*Cuando el Espíritu habita, llena, rige, actúa, El aparta del mal, impulsa hacia el bien, hace suave la justicia, para que el hombre se entregue a hacer lo bueno, no por temor, sino por amor a lo recto*” (Serm.72A,2).

La presencia y acción de Dios, en el Espíritu Santo, es pues un hecho de experiencia (y no sólo de creencia): Cuando un ser humano, sea quien sea, orienta su vida hacia el bien, lo noble y lo justo, “no por temor, sino por amor a lo recto”, nos encontramos ante la presencia y acción secretas del Espíritu de Dios. Por eso Agustín no duda en afirmar: “*Si se dan virtudes verdaderas entre los justos que viven en la ley natural y agradan a Dios viviendo en la fe, esa fe es sin duda la fe de Cristo*” (C. Jul. IV, 3,25). Y aquí Agustín insinúa una clara distinción entre fe y creencias, como la declaró Cristo en el caso de la pagana cananea y del centurión romano: “*¡Oh mujer, grande es tu fe!*” (Mt. 15,21,28); “*De verdad os digo que no he encontrado tanta fe en Israel*” (Mt. 8, 5-13).

4.- LA PRESENCIA DISFRAZADA DE DIOS ENTRE NOSOTROS

Aclara Agustín que a Dios no es posible verlo directamente y “*en su misma esencia*” (De Trin. II, 15,26). No es perceptible para los sentidos corporales; hace falta otra clase de «mirada»: la “*mirada interior del corazón*”, que percibe el misterio que todo está revelando: “*¿Quieres ver a Dios? Purifica tu mente; purifica tu corazón. Haz puro tu OJO INTERIOR, para que puedas, en cuanto te es dable, alcanzarle. Porque, aunque no seamos Dios, podremos, aun en este mundo, VERLE*”.(Serm.117,15).

Sin embargo, el Dios de Jesucristo es el Dios de las mediaciones y descubrimos su presencia y acción en y a través de hechos, experiencias y personas, que nuestros sentidos bien perciben: *El Espíritu "se dice el ENVIADO, porque estando oculto a los ojos de los mortales, en su naturaleza espiritual, sin embargo se manifiesta en forma corpórea...Se hace, en el tiempo, a modo de creatura y se manifiesta visiblemente"* (De Trin.II,5,10). “*Nos consta, entonces, que Dios se manifiesta por medio de alguna forma creada, y no por su misma esencia*” (De Trinit.II,15,26). Es la presencia disfrazada de Dios. “*Si me preguntas cómo se dice que es invisible, si puede ser visto cuando quiere y como quiere. En efecto, muchos lo vieron, no como El es, sino en la apariencia en que quiso aparecer*” (Carta 147,37).

La «visión-encuentro-experiencia» directas de Cristo, Hijo de Dios, fue temporal y privilegio de quienes lo conocieron. Pero Jesús fue preparando a los suyos para aprender a descubrirle y descubrir a Dios en la «presencia disfrazada en el Espíritu Santo: El Espíritu del Padre y del Hijo. Presencia disfrazada, porque ya no se le encuentra en la «aparición» (teofanía), sino en la «manifestación» (epifanía), a través del hombre mismo y de la vida. Es un Dios que actúa y se manifiesta, no desde fuera, sino desde la interioridad humana.

Y así, Jesús reconoce y declara la presencia y acción ocultas del Espíritu de Dios:

- = En un samaritano hereje, que se compadece y solidariza con un judío asaltado por bandidos (Lc. 10, 30-37).
- = En una cananea pagana, a la que anima: "Oh mujer, grande es tu fe" (Mt.15, 21-28).
- = En un centurión gentil del que declara: □"De verdad no he encontrado una fe tan grande entre los creyentes" (Mt.8, 5-13).
- = En los pobres, enfermos y necesitados, tenidos por la religiosidad de su tiempo como «pecadores», porque ignoraban la Torah, y no la cumplían fielmente.
- = En el samaritano leproso, sanado junto a otros nueve, y único que regresó a agradecerlo (Lc. 17,11-19).
- = En una mujer prostituta, que se le acerca con amor y veneración (Lc. 7, 36-49).
- = En los que son sensibles y solidarios con los que sufren (hambrientos, enfermos, presos y harapientos, advirtiendo de su sorpresa cuando, al final, Él los invite: "Venid, benditos de mi Padre: Porque tuve hambre y me dísteis de comer...,etc." (Mt. 25,35-36).

Y la paradoja y «escándalo» para la religiosidad judía es que muchas veces Jesús parece descubrir más fácilmente esa presencia y acción secretas del Espíritu de Dios en gente despreciable y aun pecadora, que en los mismos que se tienen por «justos».

La denuncia de Jesús está clara: Muchos, de tanto mirar al Dios lejano del cielo, no logran verlo cuando lo tienen delante de sus ojos. Y es que el Dios revelado en Jesucristo es un Dios de «mediaciones»: se hace presente y actúa a través de situaciones, acontecimientos y personas. Muchos se empeñan en encontrar a un Dios «en estado puro», incontaminado, a buen recaudo de las pequeñeces humanas; y por ese camino corren el riesgo de no encontrar sino los «fantasmas» de Dios que construyen en su propia imaginación.

Jesús resucita de entre los muertos. Y sus discípulos no le ven ya como le veían antes. No obstante El sigue haciéndoles sentir su presencia, en modos raros que les desconciertan y les hacen titubear. Pero Él sigue su entrenamiento para que aprendan a descubrirlo:

- = En un hortelano, como María Magdalena (Jn. 20, 10-18).
- = En un caminante común , como los discípulos de Emaús (Lc. 24,13ss).
- = En un fantasma sobre el lago, como algunos otros discípulos (Mt. 14,26).
- = En un «señorito» que, desde la orilla del lago gritó a los discípulos pescadores, si habían pescado algo durante la noche (Jn. 21, 4ss).

No obstante, parece que el entrenamiento tardó en ser exitoso. Porque Pedro y otros discípulos no salían de su asombro cuando comprobaron que un grupo de paganos, no bautizados, manifestaban tener el Espíritu Santo (Hech.10, 25-44).

Es la presencia disfrazada de Dios entre nosotros: Cuando expresamos lo mejor y más noble de nuestro corazón (amor, sensibilidad, solidaridad, honestidad, sinceridad, verdad...), o cuando vemos esa misma nobleza en los demás, nos encontramos ante la acción escondida del el Dios-Amor que se está manifestando.

Cuando nos encontramos:

- = con gestos humanos admirablemente nobles;
- = con actos de servicio a los demás, generosos y desinteresados y aun heroicos;
- = con reveladoras sensibilidades hacia aquellos que sufren;
- = con sonrisas estimuladoras y manos extendidas hacia aquellos que flaquean;
- = con vidas que se gastan por el bien de los demás;
- = con vidas sacrificadas por salvar las de otros;
- = con gritos proféticos en defensa de la justicia, la vida y la verdad;
- = con mil gestos generosos de amor, fraternidad, solidaridad y de perdón,

nos encontramos cara a cara, con la presencia y acción de Dios, cuyo Espíritu nos apremia, desde lo más profundo de nuestro ser, a amar como Dios ama.

San Agustín urge a abrir bien los ojos, para descubrir esta presencia disfrazada de Dios, que no vemos porque nuestra mirada no va más allá del disfraz: *"Aunque ya en el cielo, Cristo sigue padeciendo aquí...Cuando padece su Cuerpo, El mismo ha dicho que padece...También en nuestro cuerpo, la cabeza está*

encima, y los pies en la tierra. Sin embargo, cuando te dan un pisotón, ¿no dice la cabeza "me estás pisando"? Nadie ha pisado la cabeza ni la lengua: están arriba a buen recaudo; nada malo les ha sucedido. Sin embargo, porque de la cabeza a los pies reina la unidad, la lengua no se desentiende, sino que dice: -Me has pisado! Así Cristo..." (Serm.137,1-2)

5.- DE LA APARICIÓN (TEOFANÍA) A LA MANIFESTACIÓN (EPIFANÍA)

San Agustín pone en guardia, así mismo. Contra la tendencia de muchos creyentes a buscar a Dios en visiones y apariciones; en lo espectacular y en el milagro, mientras se vuelven ciegos para descubrirlo en el milagro de la vida:

"Te dió voces el profeta: No queráis ser como el caballo y el mulo, sin inteligencia... Las cotidianas maravillas de Dios habían perdido su valor, no por vulgares, sino por continuas...No tienes admiración sino por lo extraordinario. Pero, ¿hay menos grandiosidad en lo cotidiano? Pasmáronse los hombres de que Cristo diera de comer a tantos miles con sólo cinco panes, y no les asombra que se cubra el suelo de mieses, con unos pocos granos. Vieron los hombres trocada en vino el agua, y enmudecieron atónitos. Mas ¿no se hace vino el agua de la lluvia pasando por las raíces de la vid?" (Serm.126,3-4).

Es necesario corregir la dirección de nuestra mirada y dirigirla adonde Dios se está realmente manifestando: en la interioridad tanto propia, como de los demás:

"¿Dónde está tu Dios? Dentro está Dios: espiritualmente está dentro; espiritualmente es exelso. No con intervalos de espacio, como por distancias locales más altas. Si hubieran de buscarse estas alturas, las aves nos ganarían volando hacia Dios... Todo lo que corporalmente sientas de Dios es un error...Si el alma no se trasciende a sí misma y su modo de ser, no verá que Dios es "lo que está siendo" (In ps.130,12).

Hemos admirar, sin embargo, «la infinita discreción del Espíritu de Dios» que, siendo El quien secretamente mueve el corazón del hombre, deja la impresión de que es el mismo hombre el autor de cuanto hace. Hay gestos humanos que nos emocionan y estremecen, pero no acertamos a visualizar que nos encontramos ante el milagro de la presencia y acción secretas del Espíritu de Dios. El problema está en nuestra «mirada». El encuentro o experiencia de Dios no es que ocurre en unos y no en otros; es algo que está ahí, y todos en algún modo percibimos, pero con mirada diferente: unos solo lo ven en su realidad superficial; otros perciben la acción secreta del Espíritu que a todos nos apremia.

- España es actualmente un país muy secularizado. No obstante me sorprende siempre la sensibilidad del pueblo español ante las víctimas de la violencia y los que sufren. Mientras esto escribo, leo una noticia, que se ha venido repitiendo en multitud de ocasiones: «Miles de españoles se concentraron este lunes al mediodía frente a los ayuntamientos de sus localidades durante cinco minutos silenciosos en protesta por el último atentado de ETA, en el que fallecieron dos policías el pasado viernes en la localidad navarra de Sangüesa». Esa sensibilidad y solidaridad desinteresada, manifestación de lo mejor y más noble que hay en el corazón humano, revela la acción secreta del Espíritu de Dios, que apremia a cada uno al amor, la concordia y la paz.

Habría que hablar de la mirada pagana de muchos cristianos: esa mirada superficial e intrascendente que, cuando mira a la tierra, sólo ve «lo terreno»; y cuando mira a los hombres, sólo ve «lo humano». Resulta paradógico que sean las personas religiosas las primeras creyentes en «lo profano»: lo totalmente vacío de Dios y que nada tiene que ver con Dios. Se encuentra a Dios sabiendo mirar a los hombres y a la vida (-a todo lo profano-) con «mirada religiosa»: la que no se queda en las apariencias, sino que alcanza el «misterio».

El tema es de capital importancia cuando hablamos del «Encuentro con Dios», o de la «Experiencia de Dios». Pues sólo puede encontrarlo realmente el que sabe descubrir al Dios de la Vida, en la vida misma, vista con mirada trascendente. Y sólo quien sabe mirar es capaz de admirar, y estremecerse ante el misterio, y adorar.

6.- TESTIGOS DE JESUCRISTO

“Seréis mis testigos”, fue el mandato de Cristo para sus Seguidores. Nadie, sin embargo, puede ser testigo de lo que no ha visto o experimentado directamente. No podemos ser testigos de Dios, pensando en el Padre, el Dios Altísimo, porque *“A Dios nadie lo ha visto jamás”*, nos dice San Juan. Nadie puede ser hoy testigo de Jesús de Nazaret, recordándole y pensando en El, porque no lo hemos conocido como sus contemporáneos. Sólo podemos ser testigos del Padre y del Hijo, en el Espíritu, *“Dios-en-nosotros”*, porque de El sí podemos tener experiencia directa: *“Existe, pues, una interior MANIFESTACIÓN DE DIOS, que los impíos desconocen absolutamente; y para ellos no hay manifestación del Padre y del Espíritu Santo, aunque pudieron ver la del Hijo, pero solamente en la carne, que no es aquella otra, ni pueden tenerla siempre sino por corto tiempo”* (In Joan.Ev.tr.76,2).

Estamos de continuo ante la presencia y acción del Espíritu de Dios.- El verdadero encuentro con Dios y experiencia de su Espíritu nada tiene que ver con fenómenos visuales, o experiencias emotivas. Proceden, más bien, de la calidad de la mirada y de la sensibilidad del corazón, para vislumbrar su presencia y acción allí donde El actúa y se manifiesta: en el hombre mismo. Para ello, necesitamos mirar adentro: a la interioridad de cada persona, para captar lo mejor y más noble que hay en el corazón: anhelos y esperanzas, ilusiones, esfuerzos, gozos y temores, amores y decepciones.

1) Al encuentro con el Espíritu, en nosotros mismos.- Tenemos que estar atentos y sensibilizarnos, en primer lugar, para la acción secreta del Espíritu en nuestra propia vida: Descubrir el “paso de Dios” por nuestra propia historia personal, en la que tantas veces Dios ha escrito derecho en líneas torcidas, y ha hecho el milagro de que el mal, a la postre, redunde en nuestro bien. Atentos a sus apremios, impulsos y llamadas; a la insatisfacción e inquietud que provoca en nosotros cuando nos desviamos del camino; a los logros y satisfacciones, que El ha hecho posibles, dandonos la impresión de que son logros nuestros.

2) Al encuentro con el Espíritu en cada uno de los que nos rodean.- Somos demasiado susceptibles ante los fallos de los otros, pero demasiado poco sensibles para sus bellezas: para sus afectos y su capacidad de entrega; para sus gestos nobles; para sus afanes y anhelos de superación; para sus luchas, decepciones y esperanzas. En definitiva, para esa llama viva, que arde titubeante en el misterio interior de cada uno. Cuando sabemos mirar, todo ser humano provoca en nosotros una doble actitud: Admiración, por el don y posibilidades latentes que hay en él; Compasión, por su capacidad de defeción.

Nuestra mirada contemplativa, debería hacer objeto de su contemplación, en primer lugar, a cada uno de los hermanos, con los que se vive.

3) Al encuentro con el Espíritu en los gestos humanos más nobles.- Nadie cuestiona esta afirmación: “¡Cuánta maldad hay en el mundo!”. Pero no es menos verdadera esta otra: “Cuánta belleza hay en el mundo”. Más precisamente: “¡Cuánta belleza hay en el corazón humano!”.

Seguramente no hay una sola persona que no se haya emocionado muchas veces ante gestos humanos de una belleza admirable. Y todos ellos revelan el milagro del Espíritu:

= **Una anciana, bondadosa y cordial** con los niños de la aldea, que la adoran, que pasea frecuentemente por la playa para recoger latas y vidrios con los que varias veces los niños se han herido, mientras juegan en la playa.

= **Un novio**, que tras de oír el diagnóstico de que su novia quedará definitivamente paralítica e inválida, la pide allí mismo en matrimonio.

= **Un caballero** (español), que al ver agredidas a las señoritas japonesas por unos delincuentes, sale valientemente en su defensa, resultando él mismo muerto.

= **Un joven magreví**, en Barcelona (año 2001), que habiendo encontrado en un parque una carpeta con abundante dinero en efectivo y cheques, se dirige de inmediato a un puesto de policía para buscar al dueño.

= **Una dama argentina**, que en mayo del 2003, colabora organizando las ropas y medicinas recibidas en ayuda de los damnificados por la inundación de la ciudad de Santa Fe, encuentra en un vestidito una cartera con cinco mil dólares, y logra dar con la dueña (una doctora), a la que se los devuelve gozosamente.

= **Dos campesinos hermanos**, mexicanos, que al ser detenido el sacerdote (agustino), y ellos mismos, en su propia casa, (guerra de los Cristeros), se niegan a aceptar su libertad, mientras no liberan al “padrecito”, y son fusilados con él.

= **Unas agustinas misioneras en Argelia** que, pese a las recomendaciones insistentes de todos para que abandonen su misión, se niegan a abandonar a sus niños, sus ancianos y su pueblo árabe, pese a que ven seriamente amenazadas sus vidas. Y dos mueren asesinadas.

= **Un matrimonio norteamericano** que lucha 15 años por sacar adelante a su hijita, nacida totalmente inválida, logrando hacerla valerse por sí misma, y dedicar el resto de su vida a dirigir en un centro a los padres que están en similar situación.

= **Un Mijael Rabin**, ministro de Israel, que por defender la paz y el diálogo, cae muerto a manos de los que odian la paz y quieren la guerra.

Si supiéramos «mirar», todos podríamos concluir en mil situaciones de nuestra vida: «El Espíritu de Dios está aquí». Estoy ante El y me llama. ¿Estaré dispuesto a la respuesta? Pero, para ello, habremos de proceder a «la liberación de Dios»: Dejar de enclaustrarlo en lugares y espacios bien definidos, dejando el resto de la vida, vacío de Dios.

7.- CONCLUSIÓN

El cristiano no es tanto el que tiene en exclusiva el Espíritu de Dios, sino aquel que, teniéndolo, es capaz de descubrirlo aun en muchos no cristianos. Si hemos entendido a Jesucristo, sus seguidores no podremos por menos que ser «ecuménicos».

Y esta convicción amplía ilimitadamente el campo de nuestro encuentro con Dios y de nuestra «experiencia religiosa». Porque, en multitud de ocasiones habremos de inclinarnos reverentemente ante comportamientos humanos que hacen patente un hecho incuestionable: «La mano de Dios está aquí». Sin que importe de qué denominación religiosa, a aun de ninguna, sea su protagonista.

La luz de Cristo no deja lugar a ambigüedades. Si Él no titubeó en declarar ante una mujer y un centurión paganos: “Oh mujer, grande es tu fe”; “De verdad les digo que no he encontrado una fe tan grande entre los creyentes de Israel”, lo mismo podríamos decir nosotros:

- = de un Martin Luther King, que da su vida en su campaña por la igualdad, la paz y la concordia entre todos los hombres;
- = de un Gandhi, que consagra su vida a lograr, por la vía del diálogo y la «no-violencia» la libertad de los pueblos.
- = de tantos seres humanos que nos sorprenden y alegran por su dedicación desinteresada al bien de los demás; por su sensibilidad hacia los que sufren; por sus gestos de integridad y honestidad a toda prueba.

Necesitamos recuperar nuestra capacidad de «admiración» ante todo lo noble y bello que encontramos entre los seres humanos. Porque toda verdad, bondad y belleza son reflejo de la infinita Verdad, Bondad y Belleza que es Dios. San Agustín es enfático en ello:

- = **“El cristiano bueno y verdadero ha de entender que la verdad, dondequiera que se encuentre, pertenece a su Señor”** (De Doct. C., II, 19, 28).
- = **“El Verbo de Dios baña a todos con su rocío”** (Sermón 4,31).
- = **“No hay doctrina falsa que no oculte un mensaje de verdad”** (Quaest. Evang., II, 40,2).

Y los documentos de la Iglesia no son menos explícitos:

- = **“La acción del Espíritu Santo llega aun aquellos que no conocen a Jesucristo”** (Puebla, n. 208).
- = **“Tal acción de Dios se da también en el corazón de hombres que viven fuera del ámbito perceptible de la Iglesia”** (Puebla, n. 226).

No todos creen en las manifestaciones de Dios en actos religiosos, apariciones, milagros o revelaciones. Pero todo el mundo cree espontáneamente en la bondad, solidaridad, concordia, honestidad, humanismo, gestos desinteresados de amor a los demás, sacrificio de la propia vida por salvar las de los otros. Son frutos del Espíritu (ver Gal. 5, 22ss), que llamamos «valores evangélicos».

Sólo es cristiano quien aspira a tener un corazón tan grande como el de Cristo.

Tema 6.- COMO IGLESIA

Primera Parte: **Gaudium et Spes** (Ver exposiciones temas 1 al 4).

Segunda Parte: **RELIGIÓN Y MUNDO, SEGÚN SAN AGUSTÍN**

1.- RELIGIÓN Y FE EN LA VISIÓN DE AGUSTÍN

San Agustín aborda el tema de la religión y sus implicaciones principalmente en dos obras: Sobre la Verdadera Religión y La Ciudad de Dios. Sienta su concepto de religión, en base a una doble etimología:

- = La religión es la «re-elección» (opción) que hombre hace de Dios después de haberle perdido: *"Eligiéndole a El, o mejor, reeliigiéndole, pues le habíamos perdido por negligencia; reeliigiéndole a El, de donde procede el hombre de «religión», tendemos a El por amor para descansar cuando lleguemos"* (Ciud. Dios, X, III).
- = La religión es la «religación», o vinculación, del hombre con Dios: *"la religión nos religa (religet) al Unico Omnipotente Dios..."* (De Vera R., 55, 113). *"Ellos (los ángeles) nos ayudan a elevarnos a Dios y, religando nuestras almas con Dios («Ei uni religantes animas nostras»), de donde se origina la palabra «religión», nos limpian de todo extravío y superstición"* (De Vera Rel., 55, 111). En las Retractaciones, manifiesta su preferencia por esta etimología (Retr. I,13,9).

Y al precisar el objetivo de la Religión, Agustín se ajusta al sentir generalizado, incluso entre los filósofos paganos, el culto a Dios: *"La misma palabra «religión» no parece significar con precisión un culto cualquiera, sino el culto de Dios"* (C.Dios, X,I,3). Y este culto es de «latría» (latreia): *"que en las Sagradas Escrituras se como como «servidumbre»...* La palabra griega «latreia» se traduce en latín por servidumbre, pero prestada a solo Dios" (Ciud. Dios, X, I, 2-3). Este culto sólo se debe a Dios, nunca a criatura alguna: ni a los ángeles, ni a los hombres, y menos a los demonios.

Hasta aquí, nada original nos aporta Agustín: No hace sino seguir el uso generalizado del término «religión», incluso desde la tradición politeísta. Prosigue ahora su reflexión a partir de su fe y experiencia religiosa y aborda el tema de **qué es lo que ha de buscar el hombre en su culto-servicio a Dios**. Y aquí sí revisa luminosamente el rumbo que la religión cristiana fue tomando a lo largo de los siglos, incluso en el diseño mismo de la religiosidad práctica: Ofrecemos culto (alabanzas, ofrendas, sacrificios)al Dios, Señor Todopoderoso, para conseguir sus favores, y tenerlo de nuestra parte y ganarnos su benevolencia en orden a la salvación eterna. Proyectamos aquí un antropomorfismo burdo: Es lo que hacemos con los importantes de la tierra cuando buscamos tenerlos a nuestra disposición: halagarlos y hacerles llegar algún regalo.

Agustín no duda en tildar a los que así piensan de «necios»: *"Dijo (el salmo 50, 18-19) que Dios no quería sacrificios, al modo como los necios piensan: que los quiere para buscar satisfacción..., como deleitables para sí mismo"* (CD X, V). El culto que damos a Dios no es para hacer más feliz a Dios, sino para ser felices los propios seres humanos: *"Para que el hombre supiese amarse se le puso delante la meta, adonde tenía que dirigir todo lo que hacía, para ser feliz. U esa meta es unirse a Dios"* (Ib. X,III). *"Reeliigiéndole a El, de donde viene el hombre de «religión», tendemos a El por amor para descansar cuando lleguemos; y de este modo somos felices, porque en aquella meta alcanzamos la perfección"* (Ib. X, III).

Agustín no ignora que la expresión «culto-cultivar», no la aplicamos sólo a Dios, sino también a las cosas y a los hombres: El agricultor, el colono cultiva, da culto a su campo; el débil cultiva, trabaja, da culto al poderoso para tenerlo a su favor (cf. Ciud. D., X, I, 2). Pero sería ingenuo aplicar similar significado a Dios: *"Hemos de estar convencidos de que Dios no necesita no sólo del ganado, ni del cualquier otra cosa corruptible o terrena, pero ni siquiera de la justicia del hombre; y todo aquello con que se da culto a Dios cede en provecho*

“del hombre, no de Dios. Como nadie pensará que favorece a la fuente, cuando bebe, o a la luz, cuando ve” (CD X,V).

Parece Agustín ser muy consciente de que los malentendidos acerca de el culto a Dios son tendencia común en la religiosidad, pues es exageradamente reiterativo en el tema, en varias de sus obras. Y así ora en sus Confesiones:

“Tú, Señor, no tenías necesidad de mi, no era yo un bien con el que Tú pudieras ser ayudado; o con el que te pudiera servir, como si te hubieras fatigado; o fuera menor tu poder si carecieras de mi obsequio. No necesitas que te dé culto, como se cultiva la tierra, para no quedar inculto, si no te cultivara; antes bien, he de servirte y cultivarte para que me venga la dicha de Tí, de quien me viene la capacidad de ser dichoso” (Conf.XIII,1,1; II,2)

Textos en el mismo sentido encontramos en Coment., al salmo 65, 19; Sobre la Verd. Rel., 14,28; Com., al Ev. De San Juan, 11,5, etc.

2.- EL DIOS A QUIEN SERVIMOS

Por otra parte, desmiente Agustín la tendencia muy común a considerar que es Dios el Señor Todopoderoso y difícil, cuya misericordia hayamos de conquistar con nuestros rezos, alabanzas, ofrendas y sacrificios. Es decir, con nuestros méritos. No es ese el Dios que Cristo nos revela. Sino el Dios, Amor y Padre, que toma la iniciativa amándonos y buscando nuestro bien, no porque lo merezcamos, sino a pesar de no merecerlo. Es el Dios de la gratuidad. Y hace Agustín una rica exposición de este nuevo rostro del Dios de Jesucristo, que corrige las frecuentes inversiones que se hacen en la religiosidad. Veamos algunos aspectos:

a) En primer lugar, Dios no nos ama porque seamos buenos. Por el contrario, si somos buenos es porque Dios nos ama, acogemos su amor y su amor nos potencia para amar. ”*Nos ama Dios porque le amamos a El, o más bien nosotros podemos amarle, porque El nos ama? Responda el Evangelista en su Carta: “Nosotros le amamos porque El nos ha amado primero”* (I Jn. 4, 10). *“Nosotros hemos llegado a amar, porque hemos sido amados”* (In Jo. Ev. 102, 5). *“Cuando Dios premia nuestros méritos, lo que está premiando son sus dones”* (Carta 194, 5, 19; ver también Serm. 174,4).

b) En consecuencia, Cuando la vida del hombre se torna vacía, infeliz y problemática, Dios no es el problema, porque El jamás abandona a nadie. El problema está en la falta de RESPUESTA del hombre al don de Dios. Dios es fiel.

Dios no abandona ni desampara nunca a nadie: *“Si estás en tinieblas, no es porque la luz se haya apartado de tí, sino porque tú te has apartado de la luz. Así como la piedra no tiene calor por su propia virtud, sino que ha de recibirla del Sol o del fuego, y se enfriá o se calienta según se acerque o se aparte de él, así tú, si te apartas de Dios, ten enfriás, y si te acercas a El, te calientas”* (In ps. 91, 6). *“Cuando te apartas del fuego, el fuego permanece caliente, pero tú te enfriás. Si te alejas de la luz, la luz permanece resplandeciente, pero tú quedas en tinieblas”*. Así ocurre con Dios (Serm. 170, 11).

Agustín lo reconoce, agradecido, en su propia historia personal: - *“Yo andaba fuera y fuera te buscaba; pero Tú estabas dentro...Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo”* (Conf. X, 27, 38). *“Reconozco que me llegó tu compasión cuando aún no te confesaba...Pues Tú eras más interior a mí mismo que yo mismo, y más elevado que lo más noble mio”* (Ibid. III, 6, 11).

c) Una segunda consecuencia es que si Dios no nos ama porque seamos buenos, tampoco deja de amarnos cuando no lo somos. *“El pecador huye y, en su ceguera, choca contigo, que no te desentiendes de ninguna de tus criaturas...Así pues, que el pecador cambie y te busque, porque Tú no desamparas a nadie, aun cuando ellos desertaron de Tí. Que se conviertan, porque ya estás en sus corazones”* (Conf. V, 2, 2). *“Cuando perdimos a Dios, es porque nuestro alejamiento, no por su ausencia”* (In ps. 6, 5).

d) Y, por fin, Aunque enfatizamos la necesidad de servir a Dios que, en sí mismo, no necesita de nuestros servicios, en realidad es Dios quien se pone de continuo al servicio de los hombres, por

apremio de su amor. En realidad es Dios el que cultiva, da culto al hombre: “*Dios no necesita de nuestro servicio. Pero nosotros sí necesitamos estar bajo su protección para que nos trabaje y custodie. Sólo El es verdadero Señor, porque no le servimos para su utilidad, sino la nuestra. Pero El nos sirve, no con cosas, sino con la donación de sí mismo, que es la suma utilidad y salud*” (De Gen. Ad litt. VIII, 11, 24). “Yo, Señor, no me levanté el primero para ir a Ti. Fuiste Tú quien viniste a mí para levantarme. (In ps. 58, 1, 9).

Esta visión de cosas choca hoy –lo sé por experiencia- a muchos creyentes cristianos. No es eso lo que refleja la religiosidad corriente, ni siquiera el diseño y orientación de las simbologías y formulaciones litúrgicas. Lo que significa que nos hemos alejado bastante de San Agustín.

3.- ENTONCES ¿CUÁL ES EL CULTO-SERVICIO QUE DIOS ESPERA DEL HOMBRE?

Dedica Agustín amplias páginas del mismo Libro X la Ciudad de Dios a exponer el sentido del culto a Dios, y por lo mismo de la religión. En síntesis, el servicio que Dios espera del hombre no es nunca a favor de Dios, sino del mismo que le sirve y de los demás seres humanos. Decimos hoy: «La Causa de Dios es la Causa del hombre». Hecho difícilmente comprensible si seguimos concibiendo a Dios en categorías de «Poder, Señorío, Majestad»; lógico, si miramos a Dios en categorías de «Padre»: Lo que el padre quiere es que sus hijos se ayuden y se entiendan.

Para Agustín el culto religioso, en cuanto dirigido a Dios tiene valor sacramental. En el sacramento una cosa es el signo -«signum»- y otra la realidad significada -«res»- (La Doct Crist. I,2,2). El culto dirigido a Dios tiene valor de «signo»; en cuanto proyectado a la vida misma de los hombres, es la realidad significa por el signo: *Los sacrificios hechos por los antepasados... no significaban otra cosa que lo que se realiza en nosotros para unirnos a Dios y conducir al mismo fin a nuestro prójimo. El sacrificio visible, pues, es el sacramento o signo sagrado del sacrificio invisible*”. Y cianto a Miqueas: “*Lo que Dios espera de ti es que defiendas el derecho y ames la lealtad*” (Ciud Dios, X,V).

Recurre Agustín tanto a Cristo como a la tradición profética (omitimos ésta). Cristo resume toda la Ley en el amor a Dios y al prójimo: “*Cuantas prescripciones divinas, tan variadas, se lean sobre los sacrificios en el ministerio del tabernáculo o del templo, tienden a significar el amor de Dios y del prójimo; como está escrito: «De estos mandamientos penden la Ley entera y los Profetas»*” (Ciud., de Dios, X, V). Bien entendidas tres cosas:

- a) **Que el amor al prójimo tiene prioridad práctica:** “*el amor a Dios es lo primero que se nos manda, y el amor al prójimo lo primero que se ha de practicar... El amor al prójimo limpia los ojos para ver a Dios*” (Com, al Ev. San Juan, 17,8).
- b) **Que cuando se habla del prójimo se entienden todos los seres humanos, sin exclusión:** “El que mandó a los hombres amar al prójimo no excluyó de este precepto a ninguno de los hombres” (la Doct. Cristiana, XXX, 31). “*Todo hombre es prójimo –próximo- de todo hombre*” (Com, ps. 118, 8,2).
- c) **Que amar al prójimo no ha de ser puramente afectivo sino efectivo:** “*El amor al prójimo lleva consigo hacer bien, unas veces al cuerpo y otras al alma*” (Com, Ev. S. Juan, I, 26,50).

La religión cristiana es culto a Jesucristo. Pero Jesucristo después de su ascensión no es ya Jesús de Nazaret: Es el «Cristo Total», cuya cabeza está en el cielo, y ya no sufre, pero sus miembros están en la tierra, y sigue sufriendo en ellos. “*Cuando te dan un pisotón, ¿no dice tu cabeza: ¡me estás pisando! Nadie ha pisado tu lengua ni tu cabeza; están arriba, a buen recaudo; nada malo les ha sucedido. Pero, porque de la cabeza a los pies reina la unidad, la lengua no se ha desentendido, sino que dice: ¡me estás pisando! Así Cristo, la Cabeza a quien nadie pisa, dijo: «tuve hambre y me disteis de comer...»*” (Serm. 137, 1-2; cfr. Ciud, Dios, X,6).

El Dios bíblico y de Jesucristo es el Dios de la «Alianza». Quiso «aliarse» con el hombre, no buscando algo para Sí, sino para llevar a feliz término su Proyecto Creador y Humano. Lo que implica la alianza de los hombres entre sí: *“El verdadero sacrificio es toda obra hecha para unirnos a Dios en santa alianza, es decir, referido a la meta de aquel bien que puede hacernos de verdad felices”* (Ciud. Dios, X, VI).

4.- RELIGIÓN Y MUNDO HOY

Hoy podemos afirmar con satisfacción que existe en nuestra Iglesia, y muy particularmente en la Latinoamericana, una conciencia de compromiso con el mundo y con los hombres. Hemos llenado una importante etapa histórica, en la que tanto la alta jerarquía con sus documentos e intervenciones, como muchos sacerdotes y religiosos, con sus opciones por los más necesitados y por la justicia, y numerosos movimientos y grupos parroquiales con su compromiso activo, han dejado patente que no basta con rezar, alabar y dar culto a Dios, en el templo.

Pero seguimos corriendo un riesgo: que lo religioso y lo humano, «religión y vida» igualmente asumidos, sean todavía como dos mundos independientes, ninguno de los cuales hay que descuidar, pero sin evidente conexión y continuidad entre sí. Primero Dios, y luego «también», como simple añadidura, el prójimo. En la práctica, seguimos manteniendo una frontera divisoria bastante definida: los actos religiosos, la eucaristía, los sacramentos, son actos religiosos: de cara a Dios. Y otra cosa muy diferente son las reuniones de grupos comprometidos que, programan, en una sala parroquial, sus actividades de cara al mundo. A lo más, se invita al final de la misa, como en un apéndice, a que los fieles se sumen a determinados programas sociales, de solidaridad o beneficencia.

Si esta disociación se mantiene, ocurrirá lo que de hecho ocurre con frecuencia: que los que desarrollan un gran estusiasmo por lo religioso, lo hacen a expensas de su interés por lo humano; y los que se entregan con pasión a compromisos humanos, marginan más y más su interés por lo religioso. Vale aquí también la frase de Cristo: “No es posible servir a dos señores” (Mt. 6,24); en nuestro caso, a los intereses de Dios y a los intereses del hombre, por igual. Porque uno de los dos acaba en desinterés, o al menos en minusvaloración. La disociación queda patente a veces en detalles:

= En un colegio agustiniano de España, pude constatar la sorpresa de unos cuantos colegiales, que llevaban varios años en el colegio, al enterarse que el profesor de matemáticas N.N., era fraile. Ni sus palabras, ni sus actitudes, ni su talante habían dejado entrever para esos alumnos, su condición religiosa.

= Algo semejante ha ocurrido con muchos sacerdotes o religiosos, seriamente comprometidos en la causa de los pobres y de la justicia. Tanto muchos creyentes, como autoridades políticas e incluso miembros de la Jerarquía, no lograron ver la relación entre su fe y condición religiosa y su compromiso humano, sino sólo «comunistas». El problema puede estar tanto en los ojos de los que miran, como en la expresión de los mirados.

La originalidad de San Agustín, que todavía hoy suena a novedad, es que no existen dos intereses (los de Dios y los del hombre), sino un solo interés: El de Dios por los hombres. Su reflexión teológica marca una relación de continuidad, secuencia y unidad entre lo religioso y lo humano; todavía insuficientemente interiorizadas por la globalidad de los creyentes. Implicaría, incluso, un rediseño de nuestras celebraciones religiosas y litúrgicas, más centradas en «decir cosas a Dios» y «pedir a Dios que haga» que en «escuchar a Dios», enterarnos de lo que El nos pide a nosotros y espera de nosotros y comprometernos en ello. Reforma que muchos teólogos están urgiendo.

Tema 7.- COMO RELIGIOSOS AGUSTINOS

Primera parte: Gaudium et Spes

Segunda Parte : FE Y COMPROMISO HUMANO EN LA VIDA SACERDOTAL Y RELIGIOSA

1.- LA CONVERSIÓN DEL MUNDO Y LA RE-CONVERSIÓN AL MUNDO DE SAN AGUSTÍN

San Agustín vivió los primeros 33 años de su vida de cara al mundo y con una vida centrada en los afanes y quehaceres del mundo. En concreto en su profesión de Oratoria, en la que fue escalando grados hasta alcanzar el más alto: el de la Cátedra Imperial de «Rétor»(año 384). Cuando, al fin, encuentra y abraza la fe de Cristo, se desinteresa totalmente de las cosas del mundo y renuncia incluso de inmediato a su cátedra imperial (año 386). Dos años más tarde (388), funda su primer monasterio en Tagaste, con un objetivo bien definido: **“Buscar en amistosa concordia (con sus amigos) el conocimiento de Dios y del alma”**. Es un monasterio de orientación contemplativa para vivir de cara a Dios y de espaldas al mundo del que tan lamentable experiencia conserva.

Ese ideal, entusiastamente acariciado, le durará muy poco, apenas tres años. Pues el 391 es literalmente arrastrado ante el obispo Valerio, por el pueblo de Hipona, para ser ordenado sacerdote, pese a su shock y a sus lágrimas. Y toda su orientación de vida queda trastocada: ahora se verá obligado a vivir de cara al pueblo, no sólo para ocuparse de sus «almas», sino de toda clase de problemas y asuntos humanos, como veremos más tarde. Andando el tiempo, él mismo revisará su primer ideal y visión de cosas, buscando el justo equilibrio entre el «otium sanctum» (contemplación) y el «negotium justum» (compromisos de este mundo): **“No debe uno estar tan libre de ocupaciones que no piense, en medio de su mismo ocio, en la utilidad del prójimo, ni tan ocupado que ya no busque la contemplación de Dios. El amor a la verdad busca el ocio santo; y la urgencia de la caridad la debida ocupación (negocio justo)”** (Ciud Dios, XIX, 19). Contemplación de Dios y compromiso humano.

2.- RELIGIOSIDAD Y COMPROMISO HUMANO EN EL MINISTERIO PASTORAL DE AGUSTÍN

En el tema anterior expusimos la continuidad y conexión inseparable que, para Agustín, existe entre el culto y la calidad de la vida humana, toda ella. Aquí queremos mirar a su praxis como sacerdote y obispo. Conviene recordar que en la Iglesia del Norte de África, en tiempo de Agustín, una diócesis era más pequeña que multitud de parroquias de hoy. Cada ciudad importante tiene su obispo, a veces dos (uno donatista). Las diócesis no pasaban de, de ordinario de 30 o 40 kms. de superficie. El concepto de obispo, como el que preside muchas parroquias, sin implicarse en ninguna, no coincide con el que tenemos hoy: el obispo ejercía prácticamente las funciones de «párroco», junto con unos cuantos sacerdotes, como hoy muchos párrocos con sus coadjutores. Sabemos que en el año 424, Hipona tiene tres sacerdotes y seis diáconos (cfr. A.G. Hamman, La Vida Cotidiana en África del Norte en tiempos de Agustín).

Como sacerdote-obispo, Agustín cuida por supuesto de la vida espiritual de sus fieles en las celebraciones religiosas, predicación y administración de sacramentos. Pero no es esto lo que más tiempo le lleva en su ministerio de Pastor. San Posidio refiere que se pasaba frecuentemente toda la mañana en el «Secretarium», y a veces todo el día y en ayunas, atendiendo problemas y conflictos: un hombre me calumnia o me persigue; un esclavo se me ha escapado; mi cuñado o mi hermano quieren robarme la herencia; mi mujer se ha ido con otro, etc., etc. (Posidio, Vida de S. Agustín, 19).

Por otra parte, debido al «derecho de asilo», entonces en vigencia, Agustín ha de asumir la protección y responsabilidad de quienes se refugian en su iglesia. No puede permanecer indiferente ante las injusticias cometidas, sea con alguno de sus fieles o con extraños, en cuya defensa se le ve con frecuencia en los tribunales. Cosa que algunos ven con malestar y él debe defenderse: **“A menudo se dice: ¡Se fue a ver a la autoridad!”**

¿Acaso es lugar para un obispo? Sabéis, sin embargo, que son vuestras necesidades las que nos obligan a ir donde no queremos. Debemos estar al acecho, ponernos en la puerta para esperar la entrada de pequeños y grandes; debemos hacer antesala y nos reciben a duras penas. ¡Cuántas humillaciones! Debemos suplicar para conseguir una gracia y muchas veces volvemos con las manos vacías..." (Sermón 302, 17).

Agustín, excelente escritor, esgrime su pluma para acudir en defensa de los oprimidos, en multitud de sus cartas:

- = En una ocasión en defensa de la niña huérfana, Florentina, su protegida, ante las presiones de un muchacho, por lo demás pagano, de que se le entregue en matrimonio, contra la voluntad de la muchacha (cuatro cartas: 252-2559).
- = Otra vez es en defensa de su asilado Fascio, presionado a pagar sus deudas, con dinero que no tiene, bajo amenaza de tortura (Carta 268).
- = Sale al paso de la injusticia del negrero Rómulo, que cobra por segunda vez a sus colonos los impuestos, haciendo caso omiso del hecho de que ya los pagaron a su capataz (Carta 247).
- = Reclama ante su colega obispo Auxilio, por el anatema que lanzó toda la familia del noble Clasiciano, porque éste rogó al obispo que no protegiera a los colonos que se refugiaron en su iglesia, violando un juramento de fidelidad (cartas 250-250A).
- = Dirige varias cartas a las autoridades y jueces, amonestando al humanismo con los reos; a no dejarse llevar por el espíritu de venganza y aun a evitar su condena a muerte (Cartas 100, 133, 134).

Pero no solamente asume Agustín estos compromisos, al margen, o como complemento, de su ministerio «religioso». Es en las mismas celebraciones religiosas, en su predicación, donde Agustín insta a sus fieles a ser coherentes con su Fe, y comprometerse en la causa de la justicia y de los pobres. Los sermones de Agustín no son simplemente «piadosos»: abocan de continuo al compromiso con la vida y desarrollan, desde la fe, una profunda antropología:

- = Habla reiteradamente de la injusta distribución de las riquezas y sus causas, y de la urgencia de que los que las tienen, distribuyan entre los necesitados: “*Lo que tienes de superfluo, es necesario a los pobres*” (serm. 39, 6 y 61,12). “*Las grandes riquezas de los cristianos son las necesidades de los pobres Cuando se poseen bienes superfluos se poseen bienes ajenos*” (Com al ps. 147,12; serm. 302,8). El tema es reiterativo en sus sermones.
- = El mismo socorre a los necesitados en la medida de sus fuerzas, y aun vende los vasos sagrados para atender agobios (Posidio, Vida de Ag., 24).
- = Urge de continuo a sus fieles a la solidaridad con los pobres “*Dad, pues, a los pobres. Lo ruego, lo mando, lo impongo...*” (serm. 61,13).
- = Subraya la incoherencia entre la Fe religiosa y la insensibilidad humana: “*Lo leido en el profeta (Is. 1, 11-17), se refería al hombre que buscaba con qué sacrificios aplacar a Dios. Se le comunicó que Dios no buscaba en él otra cosa que hiciese juicio y practicase la justicia... El trabajo en aquella viña del Señor es la justicia*” (serm. 49, 1-2).
- = Recurre al ejemplo de Cristo que, siendo rico, quiso hacerse pobre por nosotros y vivió entre los pobres. Ahora Cristo sigue sufriendo en el pobre: Socorrer a los pobres, miembros de Cristo es socorrerle a El, que es su Cabeza y está presente y necesitado entre ellos (serm. 53 A, 6; 236,3).

En su ministerio de Pastor, Agustín es coherente con su principio: “La caridad (urgida por Cristo) exige atender unas veces al alma y otras veces al cuerpo de nuestro prójimo” (Com, Ev. S. Juan, I, 26,50). No es posible amar solamente las «almas» de los seres humanos: Cualquier hombre que se está muriendo de hambre mandaría a paseo, con enojo, a quien se acercase a él únicamente interesado por su alma. La Gaudium et Spes se ha hecho eco de este sentir agustiniano cuando afirma: “*Es la persona del hombre (todo él, cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad) la que hay que salvar. Es la sociedad humana la que hay que renovar*” (GS 3).

La praxis de Agustín, sacerdote y obispo, trasladada a nuestros días, todavía suena a innovación y produce un cierto malestar. Pero la pretensión de marcar una frontera definida entre lo sagrado, a lo que ha de dedicarse el sacerdote, y lo profano, que es tarea del mundo y de los laicos, a la luz de Agustín, presenta una incoherencia seria: Si, según Agustín, la celebración religiosa del culto a Dios, tiene carácter de «signo»,

mientras la realidad significada está en la vida, en el compromiso con los hombres, ¿cómo es posible hablar de la excelencia del sacerdocio, antepuesta a los laicos? ¿Puede ser más excelente celebrar «signos» que vivir la realidad a que apuntan esos signos? Suena como afirmar que es más excelente presidir y promover el culto a la bandera de la patria, que implicarse en construir la concordia de los ciudadanos de la patria. Podría responderse que Dios no es una simple bandera; pero sí un Dios presente y actuante en la vida de los hombres, más aún que en el templo.

Se reconoce hoy que “la teología nunca dejó de implicar una cierta concepción del hombre. Los Padres griegos y latinos, San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura, profesaron una antropología (brotada de su fe cristiana). Pero hoy esa antropología de latente ha pasado a ser patente; de referida a Dios se ha vuelto independiente... El hombre adulto ha eclipsado a Dios Padre...” (J. Chevalier, Diccionarios, Las Religiones, p. 438). El colmo es que los mismos seguidores de Cristo apoyemos esa disociación.

3.- IMPLICACIONES PRÁCTICAS PARA NUESTRO MINISTERIO PASTORAL

Visualizamos en Agustín un excelente Pastor, entregado y cercano a sus fieles, tanto para procurarles el sustento espiritual, como para preocuparse por sus problemas humanos. Estos nunca llamaron a Agustín «El Padre Agustín». Aunque posteriormente se le llamó «Padre de la Iglesia», y «Doctor». Doctor por la altura o profundidad de su teología. Padre, sobre todo, como Pastor, por el amor y gratuitad de su entrega a sus ovejas: “*Mi preocupación es vuestra edificación y mi gozo vuestra salud; salud tanto temporal como eterna*” (serm. 319 A). “*Vosotros sois toda mi ambición, mi honor, mi gozo; toda mi herencia y toda mi gloria*” (sermón 17,2).

En etapa ya bastante avanzada de la Vida Religiosa, comenzó a denominarse al sacerdote religioso como «Padre». En los últimos tiempos se ha ampliado también al sacerdote diocesano. Constituye un desafío y una meta. Cristo amonesta: “*No llaméis padre a nadie sobre la tierra, pues uno solo es vuestro Padre: el que está en el cielo*” (Mt.23,9). El hecho de ser llamados «padres» sólo tiene una justificación y un significado: Ser mediación y espejo del amor paternal de Dios a sus hijos los hombres. Cristo fue el reflejo exacto del Padre (“Quien me ve a mí ve al Padre”), y su amor no pudo limitarse al bien de «las almas».

Nuestra imagen de «Padres» degenerará en burda caricatura si, como sacerdotes, ponemos todo nuestro celo en que nuestros fieles asisten a misa, reciban los sacramentos, las parejas se casen por la Iglesia, y los jóvenes se confirmen, mientras permanecemos indiferentes y al margen, por sistema, ante situaciones problemáticas, desgracias, opresiones o evidentes injusticias de que son víctimas personas o familias de nuestra parroquia. En muchas ocasiones, nada podremos hacer personalmente, pero el sacerdote –«el Padre»- habría de ser el primero en manifestar su cercanía y solidaridad con los mismos.

Pero está en juego también la orientación de la religiosidad que presidimos. Tanto en nuestras reuniones de grupos, como en la misma predicación, hemos de hacer patente el inseparable vínculo «Fe y Vida». Fe en Dios y compromiso consecuente con los hombres. Los sermones y escritos de Agustín podemos calificarlos igualmente de una «teología antropológica», o de una »antropología teológica». Ambas cosas resultan inseparables para Agustín.

En nuestras homilías encendemos la «Luz» de la Palabra de Dios, para ayudar a comprender lo que Dios pide y espera de los hombres, no sólo en el ámbito espiritual-individual, sino también en su interrelación humana a todos los niveles. Siempre corremos el riesgo de dar vueltas y vueltas en torno a la luz (Palabra Bíblica), sin proyectarla realmente a los interrogantes y problemas de las realidades humanas, que ha de iluminar. En otras palabras, es fácil quedarse en una simple explicación de la Palabra Bíblica, referida de ordinario a hechos, experiencias y personas de un pasado remoto, y con tópicos religiosos que poco dicen al hombre actual, sin incidir apenas en la realidades, tanto personales como sociales, que ha de iluminar hoy. La metodología habitual de un buen predicador -como lo fue Agustín-, es detectar primero a que realidades de nuestra vida actual están apuntando determinadas lecturas bíblicas, tomar conciencia detenidamente de esas realidades y su problemática, y exponer, por fin, las respuestas de la Palabra a esos interrogantes.

Hay todavía demasiadas homilías simplemente «piadosas». Pero que nada, o muy poco, aportan para orientar la vida real de los que escuchan. Así lo indicó la triple encuesta llevada a cabo entre jóvenes, por la Fundación Española Santa María, con la pregunta: “¿Oye usted en la iglesia algo verdaderamente valioso para orientar la propia vida?. En la primera encuesta (1989), sólo el 16% escucha algo valioso; en la segunda (1994), solo el 7.5%; en la tercera (1999) , nada más que el 2.7%. Entonces, ¿qué oyen?